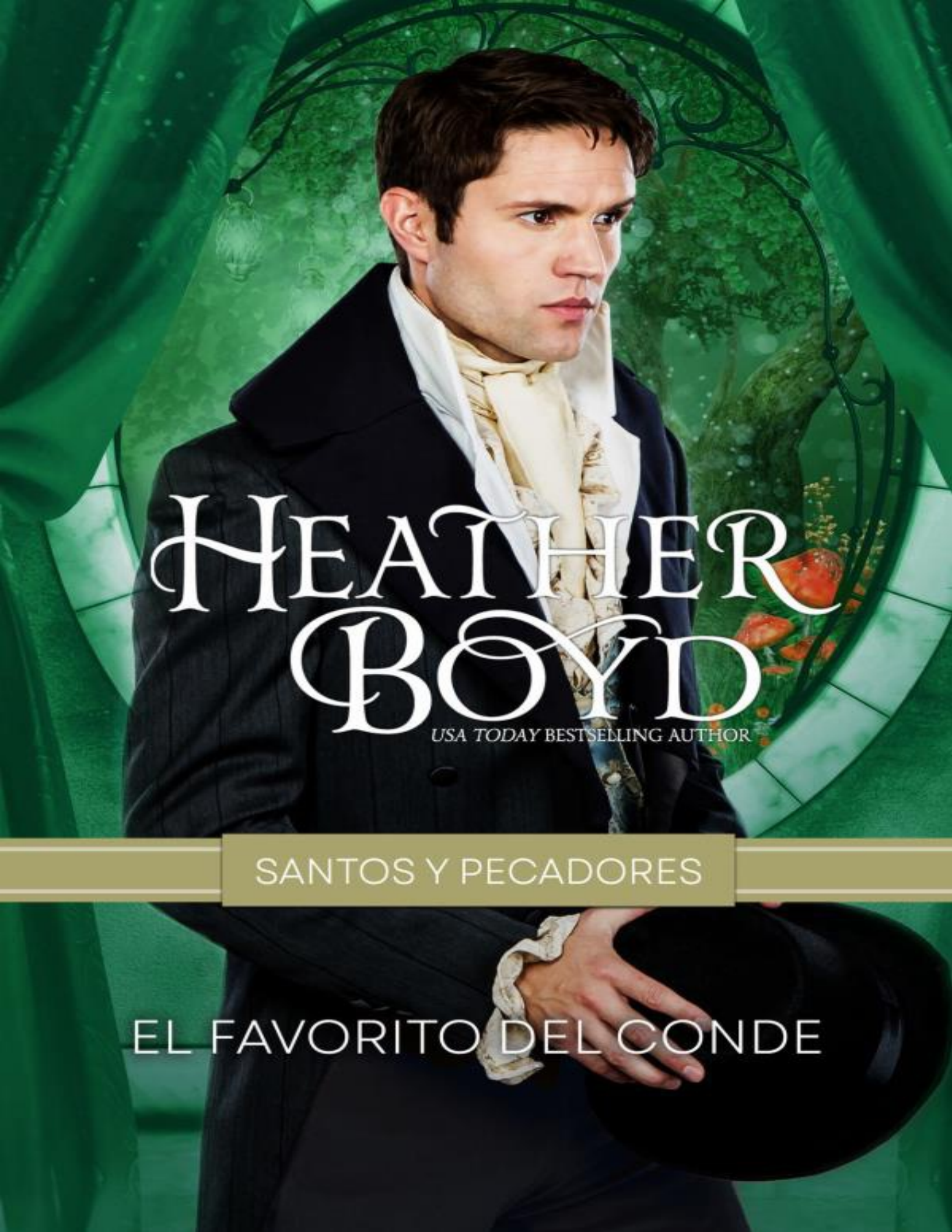

HEATHER BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SANTOS Y PECADORES
EL FAVORITO DEL CONDE

EL FAVORITO DEL CONDE

SANTOS Y PECADORES
LIBRO 3

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

Adam Croft frunció el ceño al hombre que caminaba a su lado por la iglesia.

—Estás sonriendo con suficiencia.

—¿Lo estoy, Lord Rafferty? —preguntó Gideon Whitfield, y luego, aún sonriendo, aceptó las felicitaciones por su próxima boda con la hija menor del Duque de Stapleton. El anuncio había encantado enormemente a la congregación, y el duque también parecía muy complacido. La ceremonia no se llevaría a cabo en la capilla del pueblo sino en la casa cercana del duque.

—Definitivamente estás regodeándote —observó Adam mientras avanzaban entre la multitud. Saludó con un gesto a los miembros de la congregación que reconocía como locales. Adam asistía con poca frecuencia a los servicios dominicales, pero había tenido que venir a ver esto. No todos los días un soltero tan empedernido se enamoraba.

Le dio un codazo a Whitfield en las costillas cuando el hombre continuó sonriendo.

—Cualquiera pensaría que estás feliz por el anuncio de hoy.

Whitfield rio entonces.

—Bueno, me voy a casar con la criatura más extraordinaria que existe, así que sí; supongo que podría estar un poco feliz.

Adam no se molestó en ocultar que puso los ojos en blanco.

—Sigues diciendo eso.

—Solo tienes que culparte a ti mismo. Por poner en mi cabeza la idea de que no era demasiado viejo para hacer una pareja.

—Las ideas ya estaban en tu cabeza. Solo estabas tratando de no pensar en ella de esa manera —se jactó Adam. Whitfield había sido bastante idiota, y no había hecho nada para avanzar en su causa respecto a su admiración por Lady Jessica, pero de nuevo, todos los hombres eran tontos cuando se enamoraban. Adam ciertamente lo había sido la primera vez.

Salieron al sol, y Whitfield suspiró.

—Ahí está mi ángel. ¿Me disculpa, Lord Rafferty?

Los ojos de Adam se dirigieron a través del césped donde un grupo de damas estaban charlando juntas. Lady Jessica Westfall era una muchacha burbujeante y muy popular. Su felicidad transparente era casi vergonzosa de ver mientras daba la bienvenida a su prometido a su lado. Lady Jessica actuaba como si hubieran estado separados durante semanas en lugar del paso del tiempo requerido para un sermón aburrido y un breve anuncio.

La pareja estaba obviamente enamorada. Adam estaba complacido. No le desearía un matrimonio sin amor a nadie.

Adam se apartó de la pareja pronta a casarse, y sus ojos cayeron sobre la siguiente dama en la

fila detrás de ellos. La señora Rebecca Warner, la hija del duque y viuda, revoloteaba alrededor de su hermana menor, nada inusual en eso, pero hoy había una pequeña sonrisa indulgente jugando en sus labios. La señora Warner rara vez sonreía a alguien, y Adam realmente pensó que podría aprobar a Whitfield para su hermana.

Siendo algo más alto que la mayoría —su madre frecuentemente se refería a él como el Monte Rafferty— Adam se movió para pararse ligeramente detrás de la señora Warner y fuera del camino. La señora Warner lo reconoció con un leve giro de su cabeza en su dirección.

Él eligió hablar primero.

—Bien, señora Warner.

Ella se giró un poco más, y su sonrisa desapareció.

—¿Bien qué, Lord Rafferty?

¿Tenía que explicarlo? Adam sonrió.

—¿Qué piensa sobre esta pareja formando un matrimonio entonces?

Sus ojos volvieron a la feliz pareja, y su expresión se volvió una de intensa satisfacción.

—No podría imaginar un mejor resultado.

Whitfield debe haberla escuchado porque se inclinó ante su futura cuñada.

—Gracias, señora Warner —murmuró Whitfield—. Todavía estoy asombrado por mi buena fortuna.

—Fue el destino —exclamó Lady Jessica, haciendo que la piel de Whitfield se enrojeciera con el comienzo de un rubor. Lady Jessica sonrió a Adam repentinamente—. Se quedará, ¿verdad, milord? ¿Hasta la boda? Queremos que todos nuestros amigos estén presentes en nuestro día feliz.

—Estaré presente el día de la boda, pero tenía la intención de partir hacia casa mañana —le dijo. Tenía una hija en casa que le escribía cartas, llenas de recriminaciones por su ausencia y la ocasional amenaza a medias de huir con los gitanos. Su hija tenía bastante imaginación para tener solo diez años, pero sus amenazas eran vacías. Sin embargo, no iba a poner a prueba esa teoría. Su madre había sido una criatura impulsiva en muchos aspectos.

Lady Jessica se volvió hacia su prometido.

—¡Oh, debe quedarse! ¿No debería, Giddy? Lord Rafferty puede hacerle compañía a Padre ahora.

Adam miró por encima de la multitud y encontró al Duque de Stapleton con bastante facilidad. Su gracia había tomado una esposa después de Navidad y ya había un bebé en su vientre. Y la señora Warner había vuelto a casa a principios de este año. Normalmente no regresaba a la finca hasta junio. Su gracia difícilmente carecería de compañía cuando había tantos alrededor.

—¿Stapleton realmente necesita distracción?

—La necesita. —Whitfield se liberó de su prometida y vino a pararse a su lado—. Está casando a su última hija, y me estoy empezando a asustar de lo que tiene planeado para el desayuno de bodas —confió Whitfield en un susurro.

—Debes esperar discursos y adulación y una abundancia de brindis por la feliz pareja —bromeó Adam.

—Eso es solo el comienzo, me temo. Stapleton se le ha metido en la cabeza organizar una fiesta en la casa. Una grande. Aparentemente, todos vienen.

—Ya veo —Adam se frotó la mandíbula. Por "todos", Adam asumió que eso significaba todos los hijos del duque, nietos, primos, tías y demás. Podría ser una multitud bastante ruidosa, de hecho. Si estaba a punto de comenzar una fiesta en la casa de tal magnitud, Adam ciertamente

quería quedarse para ella—. Si mal no recuerdo, también hubo una gran fiesta para Fanny cuando se casó.

Whitfield se inclinó más cerca.

—Había asumido erróneamente que se había sacado las ganas de tales celebraciones elaboradas de su sistema cuando no celebró una para la boda de la señora Warner.

Adam lo había olvidado, pero asintió hacia Lady Jessica.

—La menor es su favorita.

Whitfield hizo un sonido de descontento y Adam casi se rio de la difícil situación del pobre hombre. Whitfield prefería la tranquilidad, pero casarse con la familia del Duque de Stapleton no iba a comenzar pacíficamente. Verse rodeado por la bulliciosa familia del duque, y también por miembros exaltados de la alta sociedad, seguramente desconcertaría a Whitfield. Le dio una palmada en el hombro a su amigo con solicitud.

—Sobrevivirás.

—Un verdadero amigo se quedaría para apoyarme —refunfuñó Gideon—. Cuando te cases de nuevo no olvidaré tu actitud de hoy.

Adam rio. Era viudo, dejado para criar solo a una encantadora hija. Sin embargo, Ava no podía heredar su título o propiedad. Adam tendría que casarse por segunda vez y esperar de nuevo un hijo varón y heredero que lo sucediera.

—Las bodas son un asunto angustioso. Veré qué puedo hacer para quedarme.

Los carruajes comenzaron a llegar frente al patio de la iglesia, y Whitfield se apresuró a recoger a su futura novia. El carruaje del duque se llenó rápidamente, y cuando se alejó sin Adam, descubrió que tendría que compartir el siguiente carruaje de vuelta a Stapleton Manor solo con la compañía de la señora Warner. Hizo una mueca. Ella todavía estaba hablando con las mujeres mayores y no había notado que los demás se habían ido sin avisarle.

Se acercó a ella para ofrecerle su brazo. —Señora Warner. El último carruaje está listo para llevarnos de vuelta a la mansión.

Ella asintió y se despidió de la señora Hawthorne y sus hijas antes de volverse hacia él. —Gracias.

La señora Warner puso su mano en el brazo de Adam y él la ayudó a subir al carruaje, para luego unirse a ella, sentándose en el banco opuesto.

El cochero cerró la puerta y guardó el estribo. —Parece que tenemos un día encantador para un paseo en carruaje —murmuró.

—Esas nubes sugieren que estamos a punto de ser empapados por la lluvia —dijo Rebecca Warner mientras se ajustaba el chal sobre los hombros—. Tan rápido como pueda, señor Porter —llamó.

La señora Warner era algo pesimista y nunca se había encariñado con él. Siempre mencionaba alguna carencia, real o imaginaria. Casi nunca sonreía. —Cada día trae un desafío —le aconsejó Adam—. Prefiero ver el lado positivo y esperar lo mejor en todo.

Finalmente, ella levantó la mirada hacia él. —En efecto.

Los rasgos de la señora Warner eran comunes, aunque bonitos, y la forma en que miraba a un hombre podía ser un poco desconcertante a veces. Era la más reservada de toda la familia del duque y la más modesta, prefiriendo colores sencillos y escotes altos que ocultaban sus encantos. Adam encontraba extrañamente reconfortante estar cerca de ella. Siempre había sabido lo que ella pensaba de él. Era transparente en su desagrado y desaprobación de las cosas que él decía solo para provocarla.

Se quitó el sombrero una vez que el pueblo quedó suficientemente atrás y se pasó una mano

por el cabello oscuro y ondulado. La iglesia se había vuelto sofocante antes de que los sermones llegaran a la mitad. Disfrutaba la sensación del viento en su cabello, más aún cuando vio su expresión de desaprobación. —Así que Whitfield y su hermana... ¿Usted también lo vio venir?

Sus labios se apretaron un momento antes de hablar, pero sus ojos estaban fijos en el sombrero de él, que había arrojado descuidadamente en el banco, y luego en su cabello. —No. ¿Usted sí?

—Sospeché una cierta inclinación por su parte hace algún tiempo —confesó, notando que la velocidad del carruaje había aumentado para cumplir con la exigencia de la señora Warner de un rápido regreso a Stapleton—. Pensé que todo era en vano hasta que ella regresó de Londres soltera.

Los labios de la señora Warner hicieron un mohín por un momento. Puso su mano en el costado del carruaje para prepararse para la próxima curva cerrada en el puente. —Sí, las opiniones cambian con las nuevas experiencias.

—Y la ausencia hace que el corazón se vuelva más cariñoso. —Adam separó más los pies en el suelo. Tensándose también en preparación para la curva—. Espero...

Al momento siguiente, Adam escuchó un fuerte crujido y fue lanzado hacia un lado cuando el carruaje comenzó a inclinarse.

Su acompañante gritó, y él se apresuró a aferrarse al esbelto cuerpo de la señora Warner, ya que parecía estar en mayor peligro de caer del carruaje. —La tengo.

Ese lado del carruaje se hundió aún más mientras el vehículo crujía y gemía.

Vagamente, Adam era consciente de los cocheros maldiciendo a su alrededor y los caballos entrando en pánico. Adam rápidamente se orientó. Claramente, el carruaje podría volcarse si los caballos no podían arrastrarlos a un lugar seguro. Había una pendiente pronunciada hacia el arroyo en ese punto en particular y la gravedad los arrastraría a la muerte si no se hacía algo pronto.

Apretó su agarre sobre la señora Warner y miró por encima de su hombro. —¿Qué demonios?

—Hemos perdido una rueda, milord. ¿Están heridos?

—Solo nuestro orgullo, señor Porter —se quejó la señora Warner, pero sorprendentemente permaneció sin resistirse en sus brazos.

Pero si el carruaje se volcaba, serían aplastados. —¡Sáquela ahora! —ordenó Adam.

La puerta lateral se abrió de golpe sobre ellos y los hombres extendieron las manos hacia la señora Warner. Dado que la pendiente sería empinada para una mujer con faldas largas que entorpecerían sus pies, Adam puso sus manos en la parte trasera de la señora Warner y empujó con fuerza.

La tela se rasgó, pero la señora Warner prácticamente voló hacia arriba y salió a salvo, esperaba él.

—Dénos sus manos también, milord —gritó Porter, pero entonces el carruaje se deslizó un poco más—. Lo estamos perdiendo.

El carruaje era demasiado pesado en este ángulo, y solo se volvería más pesado. —¡Al diablo con esto! ¡Salven a los caballos! —gritó.

Adam agarró el borde alto del carruaje y se lanzó hacia afuera.

El carruaje se hundió repentinamente debajo de él, y estaba cayendo.

Adam aterrizó boca abajo en la pendiente y se deslizó unos metros antes de poder detenerse. Debajo de él, los sonidos de la madera astillándose cesaron abruptamente. No se atrevió a mirar. Trepó por la pendiente hasta la cima antes de soltar un tembloroso suspiro y mirar a su alrededor.

Los caballos estaban desenganchados pero aún en pánico, pisoteando alrededor de los mozos mientras luchaban por calmarlos. Todos los mozos parecían estar presentes.

Porter se apresuró a ayudarlo a levantarse y a sacudirle la ropa. —¿Está bien, milord?

Adam asintió, buscando a Rebecca Warner. Ella parecía ilesa a primera vista. —Bueno, eso fue emocionante.

El ceño de la señora Warner se arrugó mientras se apretaba más el chal estampado sobre los hombros. —Usted me salvó.

Él asintió. —¿Qué más debería haber hecho, señora Warner?

Su ceño se profundizó aún más. —Gracias.

Él hizo una reverencia galante, pero luego se arrepintió inmediatamente del gesto cuando el mundo giró. —Maldita sea.

Los ojos de la dama se abrieron de sorpresa. —¿Disculpe?

—Perdóneme. —Adam se dominó y luego cojeó hacia los mozos para mirar hacia abajo el desastre. El carruaje había quedado bastante destruido por la caída, posiblemente sin reparación —. Espero que su gracia no estuviera demasiado encariñado con ese carruaje en particular.

—Desafortunadamente lo estaba, milord —murmuró Porter, con la gorra en la mano. Algunos de los escombros quedaron atrapados en la corriente y los vieron flotar lejos en silencio.

La vista desde esa altura comenzó a inquietar a Adam, así que dio un paso atrás desde el borde. Se sintió inmediatamente mejor. —¿Alguno de los caballos está herido?

—No, milord. Todos parecen estar en orden. Solo un poco excitados todavía.

—Bien. Envíe a los hombres y los caballos de vuelta a los establos con la noticia. El duque querrá saber sobre esto lo antes posible.

Porter frunció el ceño. —¿Qué hay de usted y la señora Warner?

—Volveré caminando. —Se volvió hacia Rebecca para su decisión.

—Caminaré con él —acordó ella muy rápidamente.

La cabeza de Adam comenzó a palpitar cuando Rebecca se puso a su lado. Se alejaron del camino de grava para caminar por la ruta más directa a través de los exuberantes jardines. A pocos metros del camino, Adam necesitó limpiarse la frente.

Siguió caminando, agradecido cuando entraron en la sombra de los altos olmos, pero maldita sea si no se sentía bien. —Creo que ambos merecemos un trago después de eso. Maldición, hace calor hoy.

—No, no lo está —comentó ella con preocupación. Se paró frente a él y tuvo que detenerse o chocaría con ella—. Tiene la cara húmeda.

—No está húmeda, señora. Estoy sudando como un maldito cerdo en un horno —refunfuñó él.

Su expresión, antes preocupada, se tornó instantáneamente en una de fastidio.

—Significan lo mismo. Una forma es educada. La otra no.

Adam sacudió la cabeza ante su crítica y lo lamentó de inmediato. Se tambaleó hasta el tronco del árbol más cercano hasta que la sensación de inestabilidad dejó de hacer que el jardín se balanceara ante sus ojos.

—Maldita sea.

—Quizás debería descansar aquí un momento.

—No soy un niño para que me mimen —insistió, pero su idea *era* tentadora. Se pasó una mano por la cara y se apoyó en el árbol—. Oí rasgarse una tela cuando la sacaron del carruaje. ¿No está herida, verdad?

Ella se llevó la mano a la costura del hombro de su vestido de forma protectora, y él notó que

su chal estaba bien ajustado alrededor de sus hombros.

—Mi vestido sufrió algunos daños que serán fáciles de reparar. Podría haber sido mucho peor si usted me hubiera dejado caer.

—Tuvimos suerte —le aseguró. Mucha suerte. Si la señora Warner hubiera exigido que se empleara la capota del carruaje para protegerlos de la lluvia que tontamente temía, puede que ninguno de los dos hubiera llegado a salvo. Si hubieran viajado más rápido...

Adam se estremeció. La cabeza le palpitaba y se llevó la mano al lugar, pero solo empeoró las cosas. Retiró la mano de golpe, mirando fijamente los dedos que ahora estaban ensangrentados.

—¡Que me lleve el diablo!

La señora Warner se apresuró a quitarse los guantes y alcanzó la cabeza de Adam.

—Déjeme ver.

—Usted es demasiado pequeña para ver la parte superior de mi cabeza —Adam hizo un balance de sí mismo. No se sentía nada estable, así que se deslizó hasta quedar sentado y estiró sus largas piernas.

Ella hizo un sonido de desaprobación con la lengua y se arrodilló a su lado para mirarle a los ojos.

—Está herido, peor de lo que quiere admitir.

Sus suaves ojos verdes estaban llenos de verdadera preocupación, algo que nunca esperó ver en su rostro.

—Bueno, eso es decepcionante.

—¿Decepcionante? —Rebecca inmediatamente comenzó a buscar la herida entre su cabello, y él eligió imaginar que era una caricia sensual hasta que ella volvió a hablar—. Tiene un corte en la cabeza que ha sangrado. Dios mío, podría haber muerto.

—Siempre mirando el lado positivo —murmuró, y luego notó lo cerca que estaba la dama de su cuerpo. Inhaló lentamente, deleitándose con este inesperado y raro placer. La señora Warner nunca había sido del tipo amistoso—. Huele usted bien.

—Por favor, Rafferty —le reprendió. De repente, deslizó la mano dentro de su abrigo, rebuscó en sus bolsillos y comenzó a secarle la cabeza con el pañuelo que encontró allí—. No es momento de preocuparse por mi perfume.

—Como usted dice, podría haber muerto. Parece un momento apropiado para notar las pequeñas cosas de la vida que me agradan —Sintió dolor y siseó. Ansioso por una distracción, bajó la mirada hacia su hombro, ahora desnudo del chal, que se había caído sin que la dama lo notara. La prenda respetable que Rebecca había llevado a la iglesia, tan elegante y modesta, lo era menos ahora gracias al accidente. La lucha por salir del carruaje parecía haber rasgado la costura, y su piel pálida se veía muy suave y atractiva. Enroscó los dedos en la falda de su vestido y la sostuvo—. Encantador.

Ella se echó hacia atrás para mirarle a los ojos de nuevo, y luego bajó la mirada hacia su puño.

—¿Qué está haciendo?

¿Qué estaba haciendo? Adam no tenía idea, pero no estaba dispuesto a detenerse.

—No puedo caminar de vuelta a la mansión todavía —admitió—. Háble me.

—Quédese ahí sentado en silencio.

—Nunca he sido bueno estando callado o quieto, ¿sabe? —Soltó el vestido y levantó una mano. Rozó con los nudillos la parte exterior de su pierna, pasando por su cadera y cruzando hasta su vientre. Sí, ella estaba resultando ser una buena distracción de su lesión—. Ni siendo

bueno.

La señora Warner tomó aire, sorprendida.

—¡Rafferty!

Él se esforzó por encontrar su mirada, más divertido por su indignación que amonestado, e intentó ignorar una horrible sensación que le revolvía el estómago. No vomitaría en su presencia.

—Adoro enredarme con mujeres vivaces. Siempre son tan bonitas y correctas por fuera. Pero por dentro... ahí podría yacer toda la maldad que un hombre pudiera desear. ¿Alguna vez ha cedido a la tentación desde que enviudó?

CAPÍTULO DOS

—No. Definitivamente no —siseó Rebecca, totalmente conmocionada por la insinuación del conde de Rafferty—. Jamás lo haría.

—Qué lástima —murmuró él—. Creo que usted y yo podríamos divertirnos mucho juntos.

—Bueno. No creo que...

Rafferty gimió.

—¿Qué ocurre ahora?

Lord Rafferty no respondió, y entonces ella le miró el rostro con atención, sobrecogida por el miedo. Su cara normalmente expresiva perdió toda animación, y rápidamente le desató la corbata y le puso los dedos en la garganta caliente. Había golpeado el suelo con mucha fuerza. Rebecca encontró su pulso fácilmente y contó los latidos mientras su propio corazón se calmaba de nuevo.

Su pecho subía y bajaba con cada respiración, lo cual era algo tranquilizador. Solo se había desmayado. —Típico de usted tener la última palabra —refunfuñó Rebecca. Le miró con el ceño fruncido—. Despierte, milord.

Al no obtener respuesta, Rebecca levantó la mano y, haciendo una mueca, le dio un ligero golpe en la mejilla.

El conde no movió ni un músculo, así que intentó despertarlo con otro golpe. El golpe más fuerte le sacudió la cabeza y, quizás disfrutándolo demasiado, le abofeteó por tercera vez.

Cuando él siguió ignorando su existencia en favor de permanecer inconsciente, Rebecca se removió para arrodillarse más cómodamente e inspeccionó su herida con más detalle. Razonó que si estaba inconsciente, no sentiría dolor por su exploración.

El corte era preocupante, pero afortunadamente sangraba muy poco. Después de limpiar la suciedad que podía ver en la herida, serían necesarios unos cuantos puntos para dejarlo como nuevo. Lord Rafferty tendría dolor de cabeza durante unos días, pero no sentiría el dolor por mucho tiempo dada la forma en que solía beber.

Le agarró la barbilla con suavidad y le giró el rostro hacia ella. —Nunca debería haber sugerido volver a casa caminando cuando estaba herido —refunfuñó—. Por favor, despierte.

No debilitaba a un hombre mostrar que necesitaba ayuda de vez en cuando. Demostraba que eran tan humanos como cualquier mujer. Sin embargo, Rafferty había antepuesto la seguridad de ella a la suya propia, y ella le debía una gratitud que nunca podría pagar. Por eso, Rebecca se sentía obligada a preocuparse por su salud.

Soltó su rostro lentamente, acariciando su mejilla recién afeitada con un toque suave. —No se atreva a morir antes de que regrese. Si no puede caminar por su propio pie, tendré que buscar ayuda para usted.

Se puso de pie y miró alrededor. Podía volver al camino de grava, pero sin duda los mozos de cuadra todavía estarían informando del accidente a los de la mansión. Tampoco parecía haber nadie en esta parte de la finca de su padre en ese momento. Molesta por la probabilidad de tener que caminar mucho y dejar solo a Rafferty, se volvió brevemente. Tendría la última palabra, la oyera él o no.

—Lord Rafferty, me gustaría informarle de que no aprecio su comportamiento hacia mí. Usted coquetea, obviamente bromea a mi costa y solo lo hace para humillarme. —Se irguió—. Por favor, deje de sonreírme con esa suficiencia también. Ambos sabemos que no podría decir en serio ni una palabra de todo eso. Si alguna vez quisiera un amante —y no estoy diciendo que haya considerado tal cosa—, sería más discreta de lo que usted sabe ser. No estoy tan sola como para caer en los brazos de cualquiera. Después de la humillación que me causó Warner, liándose con esa sirvienta, convirtiéndome en el hazmerreír de mi propia casa, y luego muriendo, no confío en ningún hombre aparte de los de mi familia, y quizás el señor Whitfield, ya que pronto será familia. Usted y yo siempre estaremos en desacuerdo.

Frunció el ceño ante esa incómoda verdad. Rafferty a menudo visitaba Stapleton Manor para ver a su padre, y ahora ella también estaría allí. Aunque nadie se había dado cuenta todavía de que sus circunstancias habían cambiado.

Recorrió con la mirada las largas extremidades y el ancho pecho de Rafferty. Sus pulmones seguían llenándose con tranquilizadora regularidad bajo un horrible chaleco de seda, uno de muchos en su guardarropa, supuso. —Además, no me gustan sus chalecos. Son todos horrendos, como el que lleva hoy sin duda lo es. Por qué sigue vistiéndose como un pavo real presumido a su edad está más allá de mi comprensión. ¿No le importa que su reputación sufra por la naturaleza chillona de su ropa? Supongo que no debe importarle. Si tuviera esposa, ella le diría que hieren la vista.

Rebecca respiró hondo y luego apretó los labios. Quizás eran más palabras de las que había pensado decirle nunca a Lord Rafferty, pero se sentía mejor por haber dicho cosas que normalmente se habría guardado para sí misma.

Se aseguró de cubrir su hombro desnudo con el chal y, pensándolo mejor, se lo ató diagonalmente sobre el cuerpo para preservar su modestia. —Traeré ayuda —prometió mientras se alejaba a paso ligero.

Después de una rápida caminata directamente hacia la mansión a través de la avenida de árboles altos, vio a su padre corriendo hacia ella. Le hizo señas, y él cambió de rumbo para interceptarla. —¿Qué ha sido de Rafferty?

—Está herido.

Su padre gimió. —¿Qué le has hecho?

Ella miró a su padre con asombro. —Yo no le he hecho daño. Debe haberse golpeado la cabeza cuando se lanzó fuera del carruaje.

Los ojos de su padre se agrandaron, y le agarró las manos, volteándolas para inspeccionarlas. La sangre de Rafferty estaba en las puntas de sus dedos. —¡Dios mío!, ¿estás sangrando?

—No. Es de Rafferty. —Asintió—. También se ha desmayado. Sospecho que estaba mareado en el lugar del accidente pero se negó a pedir la ayuda que necesitaba. No despierta por más que lo intento.

—Eso no es bueno —advirtió el duque innecesariamente—. ¿Dónde lo has dejado?

—No muy lejos —prometió, volviéndose en esa dirección—. Rafferty está sentado bajo un árbol al final de la avenida.

Volvieron, pero su padre rápidamente la dejó atrás y llegó primero a donde estaba Rafferty.

Se arrodilló a su lado. Rebecca llegó cuando el duque levantaba la mano para golpear con la palma la mejilla de Rafferty.

—Ya intenté eso —murmuró ella.

Su padre lo hizo de todos modos. —Despierta, hombre.

Rafferty se enderezó de repente. —¿Por qué ha sido eso?

—Se desmayó —le informó ella al conde.

—Ciertamente no me desmayé. Simplemente estaba descansando los ojos.

—Oh, sí que se desmayó —insistió Rebecca.

—Vamos, vamos, Becca. No es momento de discutir —Padre agarró mejor el brazo de Rafferty y tiró—. Póngase de pie, milord.

Rafferty se tambaleó hasta alcanzar sus seis pies y quién sabe cuántas pulgadas de altura, y luego se llevó una mano a la cabeza, con una expresión de dolor en el rostro.

—Maldita sea, ahora escuece. Vaya que sí.

—Guardar silencio podría mantener el dolor a raya —aconsejó Rebecca mientras recogía los guantes que había descartado antes. Rafferty maldecía demasiado.

Rafferty resopló.

—Por supuesto que usted recomendaría eso.

El conde pasó un brazo sobre los hombros del duque. Eran casi de la misma altura y parecían moverse con facilidad juntos por la avenida.

Cuando la mansión apareció a la vista, Rebecca exhaló un suspiro de alivio al estar de vuelta en casa.

En la puerta, un lacayo se acercó, pero sus ojos estaban muy abiertos al mirarla. Se interesó por su salud y, una vez asegurado de que no había sufrido daño alguno, sacó una carta.

—Esto llegó hoy temprano por mensajero especial.

Al leer el nombre del remitente, se llenó de aprensión. Rebecca guardó la carta en el bolsillo antes de que su padre se diera cuenta.

—Gracias.

El lacayo bajó la mirada al suelo.

—¿Debo enviar a su doncella para que la atienda, señora?

—Sí, por favor. Además, ¿puedes llevarle a Lord Rafferty su requerimiento habitual? Vino blanco para esta hora del día.

—Muy bien, señora —el hombre se apresuró a marcharse, mirando una vez por encima del hombro.

—¡Señora Warner!

Ella levantó la vista al oír la llamada del duque. Él y Rafferty se habían detenido a mitad de la escalera y ambos la miraban. Rafferty ahora sonreía.

—¿Sí?

—Tal vez debería retirarse a su habitación para cambiarse. Inmediatamente.

Ella miró hacia abajo y vio que su ropa interior estaba a la vista. Su rostro se acaloró y rápidamente se subió el vestido y se ató el chal sobre sí misma.

—Lo haré.

Agarrando el hombro de su vestido arruinado, subió apresuradamente la escalera hasta llegar a donde estaban los caballeros. Rafferty ya no sonreía; estaba sudando de nuevo, como si el esfuerzo del movimiento fuera más de lo que podía soportar. Aunque no quería preocuparse, no pudo evitar sentir que debería estar inquieta por él. La había salvado.

Rebecca se puso a su paso, acompañó a Rafferty a salvo hasta su dormitorio y luego se

apresuró hacia el suyo. Una vez allí, llamó a una doncella y se acercó al espejo.

—¡Oh!

Se llevó las manos a la cabeza y gimió. Su vestido parecía como si hubiera estado corriendo salvajemente durante días, y su cabello, su corona de gloria, ¡parecía un nido de pájaros! Encontró los pocos alfileres que quedaban y pasó los dedos por su cabello hasta que se detuvo por los nudos. Abatida por haber sido vista con un aspecto menos que perfecto fuera de su dormitorio, se dirigió a la palangana para limpiarse los dedos de la sangre de Rafferty. Luego se sentó en su tocador para esperar la ayuda de su doncella.

Fue una espera corta. Nancy llegó muy rápidamente, pero sus ojos se abrieron de par en par al verla.

—Oh, señora, ¡acabo de escuchar la terrible noticia! ¿Está herida?

Su muñeca parecía un poco sensible, pero estaba segura de que la molestia pasaría para mañana.

—Estoy bien, pero mi cabello y mi vestido no sobrevivieron ilesos. ¿Puedes ayudarme?

—Con gusto —le aseguró Nancy y comenzó a hacer su magia.

Arregló el largo cabello de Rebecca, recogiéndolo en un moño suelto, y le quitó el vestido dañado con la promesa de que estaría reparado para el anochecer. Ayudó a Rebecca a ponerse un nuevo vestido de día y zapatillas frescas.

Rebecca despidió a la doncella antes de leer su carta.

Gracias al cielo que lo había hecho, porque el contenido no era agradable.

Su amiga, la señora Charlotte Benning, afirmaba tener noticias sumamente buenas para compartir. La viuda pronto viajaría a Bath y se quedaría allí durante el mes de agosto. Rebecca estaba invitada a unirse a ella si no tenía otros compromisos.

Rebecca dobló la carta y la guardó en un cajón para responderla más tarde.

La última estancia de Rebecca en Bath había sido unas vacaciones incómodas que preferiría no repetir. Charlotte Benning había llegado inesperadamente a la puerta de Rebecca y afirmó que su alquiler vacacional se había cancelado. Con tan poco tiempo y sin encontrar otro alojamiento aceptable, Charlotte le había pedido quedarse con Rebecca. Rebecca se había sentido obligada a aceptar debido a sus años de amistad, pero pronto llegó a arrepentirse.

Charlotte había sido una compañera divertida al principio de su estancia, pero menos después de una semana. En Bath, habían surgido gastos adicionales de vida debido a Charlotte, gastos mucho más allá de las expectativas o el presupuesto de Rebecca en ese momento. Charlotte había tardado desesperantemente en ofrecer pagar su parte.

Durante la temporada más reciente también, Charlotte había continuado aprovechándose de la amabilidad de Rebecca y de su bolsillo.

Rebecca era viuda pero no rica. Los ingresos de su pensión de viudedad solo llegaban hasta cierto punto. Había estado muy feliz de usar a su familia como excusa para evitar a la mujer desde entonces.

Rebecca escribiría una respuesta esta noche, agradeciendo a Charlotte por la invitación pero explicando su intención de permanecer en Stapleton en el futuro previsible.

Además, la necesitaban aquí al menos hasta que comenzara el nuevo año.

Rebecca salió de su habitación y se dirigió por el pasillo, solo para detenerse abruptamente ante las vulgares blasfemias que inflamaban el aire.

Preocupada, se apresuró a ver qué ocurría. Los sirvientes estaban merodeando fuera de la habitación de Lord Rafferty, escuchando a escondidas y riéndose entre ellos.

Rebecca les lanzó una mirada fulminante mientras se dirigía a su puerta, y ellos sabiamente

huyeron de vuelta a sus tareas.

—Por favor, milord. Solo quédese quieto un momento —suplicaba el ama de llaves de Stapleton.

—¿Un momento? Ya han sido tres malditos momentos largos —se quejó Rafferty—, y dice que aún no ha terminado de clavarme esa aguja en el cráneo.

—Pero...

Rebecca entró en la habitación, notando que solo estaba presente la señora Brown para atender la herida del conde. Le lanzó una mirada severa. —Le ruego que cuide su lenguaje, milord. Está en presencia de damas respetables.

Su mirada la recorrió audazmente y un color enojado inundó sus mejillas. —¿Dónde demonios ha estado?

Ella negó con la cabeza ante su pregunta y se encontró con la mirada del ama de llaves. —Debo disculparme por Lord Rafferty, señora Brown. Parece haber perdido sus modales en el accidente.

La mujer asintió, pero Rebecca sospechaba que la señora Brown estaba bastante molesta e intentaba no demostrarlo. Se acercó al ama de llaves, ansiosa por ofrecerle su apoyo y protección. La señora Brown era una sirvienta indispensable para Stapleton Manor, Rebecca había dependido de ella desde que era una niña, y no le gustaba que pudiera sentirse amenazada por un conde enojado, incluso si estaba herido. —¿Cómo va el trabajo con él?

—Casi he terminado, señora. Una puntada más, lo juro.

Rebecca se volvió hacia Lord Rafferty y examinó la herida en la cabeza del conde. Con esta luz, después de haber sido limpiada y medio suturada, apenas parecía muy seria ahora. Lord Rafferty estaba siendo difícil, pero la herida realmente necesitaba una puntada más. Sus labios se curvaron mientras captaba la mirada del ama de llaves. —¿Está segura de que no deberían ser dos puntadas?

Rafferty comenzó a farfullar y protestar.

Los ojos del ama de llaves se abrieron con alarma ante la perspectiva, pero luego la señora Brown miró la herida de nuevo. —¿Realmente cree que necesita dos más?

—No, una maldita puntada más bastará y luego lárguense de mi habitación —ordenó Rafferty groseramente.

Rebecca chasqueó la lengua. —Solo está haciendo su trabajo, milord. Estoy segura de que quiere que la herida sane limpiamente. Vaya, sería muy vergonzoso tener un bulto fruncido en su cabeza.

Rafferty cerró los ojos con un suspiro. —Mujer cruel.

Rebecca le guiñó un ojo al ama de llaves y vio que la mujer por fin se relajaba. —Puede comenzar de nuevo.

La mano de Rafferty salió disparada y agarró la muñeca de Rebecca. —Usted se quedará.

Aunque no tenía motivos para quedarse excepto para proteger al ama de llaves de más abuso verbal, complació al conde. Le dio unas palmaditas en la mano con solicitud. —Ha sido usted un conde muy valiente.

El ama de llaves casi se ahogó con una risa, pero luego se dedicó a la última puntada que el conde necesitaba. El agarre de Rafferty en la mano de Rebecca permaneció dolorosamente apretado durante todo el proceso.

—Bien hecho —murmuró Rebecca cuando Brown había terminado.

—Gracias, señora. —El ama de llaves se alejó rápidamente de la cama—. En unos días, examinaré la herida de nuevo y decidiré cuándo quitar los puntos.

—Excelente. Gracias.

El ama de llaves sonrió rápidamente y se marchó, cerrando la puerta velozmente tras ella.

Rafferty exhaló lentamente, y su agarre en la muñeca de Rebecca se aflojó. —¿Realmente se ve bien?

Rebecca se frotó la muñeca hormigueante mientras examinaba los puntos de nuevo, notando que el cabello del conde estaba enmarañado con sangre en algunos lugares. Su cabello y cejas deberían limpiarse un poco antes de que alguien más lo viera. Fue a buscar un paño húmedo y luego tomó su peine. —No había necesidad de ser tan difícil. La señora Brown ha atendido muchas heridas, y esta sanará bien siempre que no se infecte. Nadie ha muerto aún bajo su cuidado, se lo aseguro.

Rafferty la miró entrecerrando los ojos y luego miró el peine. —¿Qué pretende hacer con eso?

—Tiene sangre en la cara y en el cabello. —Rebecca sonrió tensamente y comenzó a limpiar cuidadosamente su piel ensangrentada, y luego su cabello. El derrame no estaba muy extendido, así que solo fue cuestión de momentos antes de que estuviera satisfecha. Una vez que la sangre fue removida, Rebecca peinó cuidadosamente su cabello oscuro en ondas agradables.

Él la miró cuando había terminado. —¿Le molestaría mi muerte?

—No tengo idea. ¿Por qué lo pregunta?

Sonrió suavemente. —En la avenida, después del accidente, usted dijo que no quería que muriera.

Ella se quedó boquiabierta. —Usted se desmayó.

—No.

Si Rafferty había escuchado su súplica de que no muriera, entonces posiblemente había escuchado todo: su diatriba sobre él y las decepciones de su vida también.

Él movió las cejas, lo que ella tomó como confirmación.

¡Oh, era astuto! Con la cara ardiendo, apretó la mandíbula un momento antes de hablar con forzada cortesía. —¿Por qué fingiría desmayarse?

—Cerré los ojos porque el mundo giraba, y los mantuve cerrados para combatir una oleada de náuseas. No estaba en condiciones de conversar con una dama de su delicada sensibilidad. Para ser honesto, estaba desesperado por decir lo que realmente tenía en mente en ese momento.

—Dígame.

Se encogió de hombros. —Me gustaría aclarar un malentendido entre nosotros. Lo que usted dijo sobre mí, antes de que llegara su padre, es bastante incorrecto.

—Nunca debería haber escuchado nada de eso —se quejó ella—. Si fuera un caballero, habría hecho saber que estaba consciente.

—Si hubiera parecido despierto, dudo que alguna vez hubiera sido tan franca. —Le guiñó un ojo—. No le tengo la más mínima lástima. Simplemente me gusta el desafío de meterme bajo su piel. Para que conste, en mi opinión, cualquier hombre que le dé la espalda a su esposa legítima es un idiota. Si fuera mía, ya estaría en esta cama conmigo.

Ella abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Incluso en su lamentable estado, él solo pensaba en los placeres de la carne. —Increíble.

—Puedo ver que mi confesión la ha perturbado, pero no me disculparé por ser franco. Puede que no tenga otra oportunidad de serlo, así que por favor tenga paciencia conmigo. Tenemos suerte de estar vivos, y no tengo intención de perder otro momento preocupándome por ofender sus delicadas sensibilidades. —Se sentó lentamente—. Usted es una mujer atractiva, y creo que en realidad sí le agrado.

—No me agrada. Yo... —Él empezó a levantarse y ella lo sujetó—. ¿Adónde va? Quédese en esa cama, milord.

—Ojalá me dijeras eso cuando mi salud mejore —señaló al otro lado de la habitación mientras se recostaba de nuevo—. Me gustaría un poco de vino para aliviar el dolor. Por favor.

Rebecca negó con la cabeza. Rafferty estaba ebrio más a menudo que sobrio. Unas copas y podría olvidarse de ella y de esta conversación impropia. —Le traeré una copa.

—Gracias. Podría besar a quien envió esa botella.

Rebecca se atragantó. Puede que ella hubiera enviado el vino, pero no quería besarlo. La afición excesiva de Rafferty por los licores era algo que Rebecca desaprobaba completamente. Sin embargo, hoy se sentía un poco más comprensiva de lo habitual. Recibir puntos nunca era agradable.

Le sirvió una medida, y cuando él se la bebió de un trago, fue a buscar la botella y le rellenó la copa. —Debería llamar a su ayuda de cámara para que lo atienda.

—Lo mandé a paseo. Es un experto en sacar brillo a mis botas y almidonar corbatas, pero es inútil para las dolencias. Además, siempre anda pisando fuerte por mis aposentos. Me duele demasiado la cabeza como para soportar eso.

—Cuide su lenguaje, milord —Rebecca suspiró, dándose cuenta de que por el momento, ella era todo lo que tenía el conde—. ¿Qué más puedo traerle?

—Ahora que lo menciona... —los ojos de Rafferty se iluminaron con entusiasmo. Cuando su mano extendida rozó la cadera de ella, Rebecca lo esquivó con facilidad.

—Eso no —le reprendió, sacudiendo la cabeza con exasperación—. ¿No puede pensar en otra cosa?

—Naturalmente, soy un hombre —se rió suavemente y bebió el resto de su segunda copa—. Parece que hay demasiada luz aquí.

Rebecca se acercó a los altos ventanales y cerró las cortinas, sumiendo la habitación en casi total oscuridad. Una vez que sus ojos se adaptaron, volvió junto al conde. —¿Algo más?

—La botella —admitió en voz baja—. Tráigamela.

Ella cogió la botella de nuevo, pero Rafferty no dejó que le rellenara la copa.

Suspiró y extendió la mano. —Aprecio su ayuda más de lo que las palabras pueden expresar, pero no necesita verme en mi peor momento. Debería irse. La cabeza me está matando.

—Muy bien —miró la botella y de mala gana se la entregó—. ¿Quiere que le envíe otra también?

Él no bebió de inmediato, pero tampoco la miró de nuevo. —Probablemente debería. Gracias.

Ella asintió, apreciando su contención en su presencia. —¿Necesita que alguien se quede con usted, para hacerle compañía?

—No, gracias —la mirada de Rafferty se dirigió hacia ella, y una tímida sonrisa torció sus labios—. Me conformaré con mi imaginación y el recuerdo de su tierna preocupación para consolarme.

Rebecca levantó las manos. —Oh, es usted imposible.

Él rápidamente atrapó una y se la llevó a los labios. —¿Se da cuenta de que mi difunta esposa me habría dejado completamente al cuidado de los sirvientes, si aún estuviera viva hoy?

Rebecca parpadeó mientras Rafferty le besaba el dorso de la mano. —Seguramente no —jadeó, con la respiración agitada.

Rafferty sonrió con picardía mientras la soltaba. —No sería la primera en sorprenderse por eso. Pensé que la mayoría de las esposas eran iguales hasta hace poco.

—Creía que la suya había sido un matrimonio por amor —admitió ella—. Todos lo creíamos.

—Eso es lo que mi difunta esposa quería que todos pensaran —confesó, apartando la mirada —. Le encantaba la atención y la envidia de otras mujeres, así que cuando hablaba de nuestro matrimonio, siempre era con un considerable embellecimiento de su parte en él.

Lady Rafferty había parecido una esposa ideal, y Rafferty un marido devoto. Al parecer, Rebecca se había equivocado. —Usted no la amaba.

—La adoré hasta el final —dijo, tan quedamente que Rebecca se estremeció. Sonaba tan triste, y ella estaba tratando de pensar en una respuesta cuando él levantó la mirada—. Váyase ahora y déjeme embriagarme en privado.

—Por supuesto —hizo una reverencia a Lord Rafferty—. Milord.

Él se inclinó en su dirección. —Pero vuelva cuando me sienta mejor, y podremos continuar nuestra conversación. ¿A usted también le desagrada dormir sola?

—Sí —dijo sin pensar, y el rostro de Rebecca se encendió de vergüenza. Eso había sido demasiado atrevido. Ella no hablaba así, ni discutía los remordimientos que albergaba con nadie.

Se dirigió hacia la puerta con piernas que de repente ya no estaban firmes.

En el umbral, Rebecca miró hacia atrás una vez, solo para encontrar a Rafferty observándola atentamente. Ella le saludó con los dedos como una tonta enamorada y luego huyó al pasillo.

Una vez fuera, y segura de que estaba sola, sacudió la cabeza. Lord Rafferty era un coqueto peor de lo que jamás había imaginado; incluso herido, todo de lo que podía hablar era de los placeres de la carne.

Pero lo que realmente no tenía explicación era que aún podía sentir el roce de sus labios en su piel incluso ahora.

CAPÍTULO TRES

Adam pasó la tarde bebiendo, agudamente consciente de que el martilleo en su cabeza acentuaba un recién descubierto temor por su propia mortalidad. Podría haber muerto hoy. Y habría muerto sin un heredero, además. Quizás era hora de considerar seriamente su futuro.

Era hora de volver a casarse.

Adam no podía confiar su futuro al destino. Incluso Whitfield sabía que él sería el próximo hombre en caer en la trampa del matrimonio. Aparte de la sucesión, también estaba su hija a considerar. Adam no podía dejar a Ava sola en el mundo, a merced de la bondad de parientes lejanos cuando heredaran todo lo que debería haber ido a un hijo.

Adam se reclinó y cerró los ojos. Había esperado, no, había contado con casarse por amor nuevamente. Su primera esposa le había atraído desde el momento en que posó sus ojos en su dulce rostro. Le había pedido su mano a las pocas semanas de ese primer encuentro y nunca se había arrepentido de su decisión impulsiva.

Abrió los ojos y miró alrededor de su habitación vacía. Si el amor romántico le estaba vedado, Adam debía elegir con la cabeza. Pero, ¿qué cualidades deseaba en una segunda esposa?

Las respuestas llegaron rápidamente. La dama con la que se casaría debía tener las conexiones familiares adecuadas, inteligencia, obviamente, un temperamento dulce y dócil, y sobre todo, debían ser compatibles en el dormitorio. Alguien más cercana a su edad también sería aceptable. Las jovencitas risueñas recién llegadas al mercado matrimonial eran un suplicio para conversar. No querría acostarse con una.

También quería a alguien que pudiera llegar a preocuparse por él algún día.

Una dama a la que pudiera bromear.

De repente sonrió, recordando el día bajo una luz completamente diferente.

Adam había coqueteado con Rebecca Warner hoy y había sobrevivido para hacerlo de nuevo. Ella se había quejado, por supuesto, pero aun así había mostrado una verdadera preocupación por su bienestar. También había disfrutado enormemente ser el centro de atención de la mujer, incluso si la paz entre ellos no podía durar. Rebecca había dejado claro en muchas ocasiones que no lo aprobaba. Como esposa, Rebecca Warner sería insoportable. Nunca tendría un momento de paz.

Adam levantó la mano hacia su cabeza y cuidadosamente palpó entre su cabello buscando la herida. Debía haberse golpeado la cabeza más fuerte de lo que sospechaba para estar considerando a Rebecca como algo más que alguien a quien molestar de vez en cuando.

Si estuviera verdaderamente borracho, fuera de sí por la bebida, nunca consideraría el esfuerzo que tomaría ganar la buena opinión de Rebecca Warner por ninguna razón.

No, Rebecca Warner nunca le serviría como esposa. Probablemente tampoco debería perseguirla como amante. Rebecca era definitivamente del tipo de mujer que se casa primero y besa después. No caería fácilmente en sus brazos.

Arrojó la botella a un lado con frustración.

No, Adam necesitaba una esposa, no una amante. Necesitaba un hijo que heredara Gable Park y su fortuna. En unos pocos años, también estaría presentando a Ava en el mercado matrimonial. Necesitaría ayuda para eso, así que, por supuesto, una esposa ayudaría con la tarea.

Sonó un golpe en la puerta, y levantó la mirada lentamente, casi emocionado de que la señora Warner pudiera haber regresado para revisarlo, pero descubrió a su padre en su lugar. Se sintió profundamente decepcionado por eso.

El Duque de Stapleton esperaba en la puerta abierta, con una sonrisa lista en su rostro.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —Adam se enderezó cuando notó que el duque tenía una botella fresca en la mano—. ¿Es ron, por casualidad?

—En efecto —murmuró el duque mientras descorchaba la botella, y Adam captó el aroma un momento después.

—Gracias —Adam necesitaba una bebida más fuerte para sobrellevar la larga y solitaria noche que le esperaba. Se había estado compadeciendo de sí mismo desde el accidente. Y desde la confesión de Adam a Rebecca sobre la naturaleza voluble de su difunta esposa, se había vuelto imprudentemente nostálgico también. Extrañaba estar casado, incluso si su unión no había sido ideal al final. Se alegró de la distracción que traía una nueva botella, y su anfitrión también—. Las botellas de vino dulce que enviaste antes han cumplido su función, y estoy listo para continuar.

El duque frunció el ceño.

—Yo no envié ningún vino.

—Ah, bueno, quien fuera conoce bien mis gustos.

El duque sonrió y le entregó una copa recién llenada.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Estaré como nuevo muy pronto.

—Bien.

Adam sorbió la bebida más fuerte lentamente, saboreando el gusto. Con unos cuantos de estos, los pensamientos de lo que se había hecho pasar pronto serían desterrados de su mente esta noche. El mercado matrimonial no era un picnic, y estaría regresando para la temporada para examinar a las damas disponibles cada año hasta que hubiera elegido una esposa. Stapleton lo había tenido bendecidamente fácil.

—Así que se hizo el anuncio, pero ¿realmente has hecho las paces con la decisión de tu hija menor?

El duque frunció el ceño y se acercó a la ventana para mirar hacia afuera.

—Al final me dio poca elección.

—¿Y Whitfield? ¿Realmente lo has perdonado?

El duque continuó mirando por la ventana y no respondió.

Adam balanceó las piernas fuera de la cama y se puso de pie lentamente. Estaba muy complacido de que el mundo estuviera estable de nuevo porque había tenido tanto reposo como podía tolerar por un día.

Se arrastró hacia la ventana para ver qué mantenía la atención del duque.

Afuera en el césped, a la vista de todos en la mansión, Whitfield y su futura novia parecían

estar manteniendo una conversación fascinante mientras el sol se ponía. Adam recordaba esos dulces momentos con cariño. Tomarse de las manos, robarse besos, y los encuentros discretos posteriores que hacían que enamorarse fuera tan fácil. Para él, esos días embriagadores no habían durado mucho más allá del primer año.

—Nadie puede evitar de quién se enamora.

—Es un ajuste —el duque miró a Adam y asintió—. Pero no hay vuelta atrás ahora. Además, ¿qué importa si estoy feliz o no?

Adam se encogió de hombros.

—Quería asegurarme de que todo estuviera bien antes de pedir un favor.

El duque entrecerró los ojos.

—¿Qué tipo de favor?

—He estado lejos de casa demasiado tiempo, y si voy a quedarme hasta que ocurra la boda, me gustaría mandar a buscar a mi hija para que se una a mí aquí.

Las cejas del duque se alzaron. —Ella siempre es bienvenida a visitar cuando vienes. Debería haberlo mencionado antes.

—Bien. Ava ha tenido poco que ver con la sociedad, y ya es hora de que conozca a tus nietos. La boda parece un momento oportuno para que todos se familiaricen con ella.

El duque rió suavemente. —Y la echas de menos.

—En efecto. Tanto como tú extrañarás a tus hijas cuando todas te dejen.

—Bueno, habrá otro niño para el invierno, así que imagino que nunca estaré solo de nuevo en los próximos veinte años. —El duque sonrió—. Cuantos más, mejor, siempre digo.

Complacido de que la llegada de Ava no fuera una molestia, consideró la próxima reunión familiar. Los Westfall eran una familia numerosa con muchas ramas en todos los rincones de Inglaterra e Irlanda. Adam aún no había conocido ni a la mitad de ellos, y eso que conocía a la familia desde hacía unos veinte años. —¿Cuántos vendrán a quedarse para la boda?

—Un buen número, pero ninguno del grupo irlandés, por supuesto. Nunca llegarían tan rápido como mi hija desea casarse, pero estoy seguro de que lo entenderán.

—¿Pero tu heredero viene con sus hijos?

—Más le vale a Milo traerlos esta vez. Sin duda Samuel viene con los gemelos, así que desafortunadamente, Lady Ava tendrá que lidiar con lo peor de mi descendencia. Aún no estoy seguro sobre los otros invitados.

Se decía que los gemelos de Lord Samuel eran difíciles de manejar, un par de rebeldes en ciernes. —Estoy seguro de que ella podrá manejarlo.

Pero Adam se preocupaba mucho por su hija de todos modos. No tenía a nadie más que sirvientes para guiarla hasta que él se casara de nuevo. Su influencia no era lo mismo que tener una madre que le aconsejara cómo ser una dama apropiada.

—Es difícil no preocuparse por tus hijos, especialmente cuando son testarudos —admitió el duque.

Adam lo consideró. —Ava no es testaruda. Todavía no, al menos.

—Dale tiempo y aprecia estos días despreocupados. —Su gracia se rió entre dientes—. Es cuando está en sociedad y más adelante que perderás mucho sueño por ella.

—¿Lady Jessica te preocupaba tanto?

—Todas me preocupan.

Adam rió suavemente y se inclinó un poco hacia un lado, enganchando su dedo en el cuello de su abrigo descartado. —Supongo que es natural que los padres se preocupen, sin importar la edad de sus hijos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —demandó el duque de repente.

—¿Qué parece? Me estoy vistiendo.

El duque tomó el abrigo de Adam de sus dedos. —No vas a salir de esta habitación.

—Sí lo haré. Le debo una carta a mi hija, pero no tengo nada con qué escribirla aquí. Voy a la biblioteca, y luego creo que podría encontrar una silla cómoda para beber toda la noche.

Inesperadamente, el duque ayudó a Adam a ponerse el abrigo como si fuera un ayuda de cámara. —Conozco la habitación perfecta para ti. Tranquila, apartada. Estaré encantado de unirme a ti más tarde.

—Gracias, pero no será necesario. —De repente se le ocurrió que si se casara de nuevo, su nueva esposa podría haber estado con él mientras bebía para ahogar el dolor. O tal vez si estuviera casado, no querría beber tanto.

Adam recogió la botella de ron y la colocó bajo su brazo. —Guíe el camino, su gracia.

A mitad de camino por las escaleras, se encontraron con la duquesa, que se dirigía a sus propias habitaciones. Era evidente que el duque y la duquesa se gustaban. Cuando el duque prometió seguirla una vez que Adam estuviera instalado, y luego la observó alejarse, Adam reprimió una risa.

—¿Cómo lo hiciste? Olvidar que una vez tuviste una vida con alguien más.

El duque alzó una ceja. —Un segundo matrimonio no es menos que el primero. Se necesita valor para considerar tal cambio, pero realmente no tenía nada que perder. Me enamoré de nuevo sin dolor, te lo aseguro.

Adam sonrió ante la forma en que el duque describió la agitación de tomar una esposa. Las discusiones, los compromisos que deben hacerse. No todos los matrimonios se vivían pacíficamente. —Siempre pensé que el matrimonio consistía en encontrar a alguien a quien quisieras molestar por el resto de tu vida.

El duque estalló en carcajadas y señaló hacia la parte trasera de la mansión, en lugar de la biblioteca. —Esa es una manera única de decirlo.

Adam se frotó la mandíbula. El duque se había casado con la dama de compañía de su hija, la señora Gillian Thorpe, después de más de medio año de conocerse. Su gracia no tenía fortuna ni conexiones elevadas de las que hablar en ese momento. Si no hubiera estado empleada aquí, la pareja quizás nunca se hubiera conocido o casado. Tenía que haber una razón detrás de su repentina decisión de volver a casarse. —La proximidad, supongo, ayudó en tu búsqueda.

El duque sonrió, con un toque de victoria pícara en su expresión. —Por supuesto. ¿De qué otra manera puede un hombre que busca esposa capturar su atención si nunca está cerca de ella?

La persecución a menudo era la mitad de la diversión, pero la recompensa siempre era dulce. —Lo tendré en cuenta.

—Ayudó que tuviéramos algo de interés mutuo de lo que hablar desde el principio.

—¿Como qué?

—Mi hija.

Adam rió suavemente. —Resulta que yo tengo una de esas. Ella también podría necesitar algo de cuidado maternal, sospecho.

—Te daré solo un consejo sobre hacer un segundo matrimonio. Asegúrate de que a tu hija le agrade la dama a quien piensas entregar tu corazón. Cuando no es así, causa una fricción incómoda en la familia.

Había sospechado que podría necesitar la aprobación de Ava, y era una razón por la que dudaba en comenzar una búsqueda. Encontrar una mujer que agradara tanto a él como a su familia no era tarea fácil. Una tía favorita suya se había negado a hablarle desde el día de su

primer matrimonio hasta que su difunta esposa fue enterrada. En el caso del duque, Adam tenía una buena idea de dónde provenía probablemente la fricción en la familia. —Estás hablando de la señora Warner.

—¿Por qué dices eso?

—Es difícil no notar que la pareja nunca se habla. Definitivamente hay frialdad cuando están en la misma habitación.

El duque frunció el ceño oscuramente.

—A Rebecca no le gustan los cambios.

Adam, en realidad, había entendido la reacción de Rebecca ante el matrimonio porque, al principio, él también se había cuestionado la sabiduría de la elección del duque. Sin embargo, después de pasar más tiempo con la pareja, Adam ya no veía nada malo en la unión. La nueva duquesa era más tímida que la anterior, pero siempre extremadamente cortés con todos. Era obvio que amaba a su segundo esposo, lo cual realmente era todo lo que debería importar al final. Mantener ese amor, hacer que sobreviviera al primer año de felicidad, nunca era fácil, sin embargo.

—Ella lo aceptará con el tiempo.

—Rebecca y Fanny no se hablaron durante dos años cuando se casaron. Tengo pocas esperanzas de una aceptación rápida en mi caso. Rebecca idolatraba a su madre.

Adam arqueó una ceja sorprendido, pero estaban en la entrada de un pequeño y acogedor salón detrás de la escalera principal, así que se contuvo. Entró, ansioso por escribir su carta convocando a su única hija para que se uniera a él en la fiesta que se avecinaba.

—Deberías tener todo lo que necesitas en esta habitación —prometió el duque—. Estoy seguro de que a mi hija no le importará compartir dadas las circunstancias.

Adam se congeló, con una mano a centímetros del cierre del escritorio.

—¿Con cuál hija estoy compartiendo la habitación?

—Esta es la habitación que Rebecca prefiere usar, pero estoy seguro de que está ocupada en otro lugar ahora mismo. Probablemente ni se dará cuenta.

Probablemente sí lo notaría. Adam se guardó sus sospechas mientras se despedía del duque.

Adam escribió una breve carta a su hija aconsejándole que empacara sus mejores vestidos para la fiesta en la casa. Una vez redactado su mensaje, selló la carta con la cera azul que encontró en el escritorio y la agitó hasta que se secó. Mientras esperaba, notó una pequeña colección de papeles a un lado del escritorio.

Curioso, acercó una hoja hacia él y encontró una lista de gastos, meticulosamente guardada en una letra tan enmarañada que tuvo que entrecerrar los ojos para leerla. Las páginas le recordaron la conmoción de sumar los gastos de su difunta esposa cada trimestre. No extrañaba esas discusiones, ni sus intentos de evasión cuando él le pedía educadamente que no arruinara la finca por el afán de impresionar a sus amigos y familia.

Volvió a colocar la hoja donde la había encontrado y se puso de pie.

—Pensé que estabas descansando —dijo Rebecca de repente.

Él se quedó quieto y luego se dio la vuelta.

—Aún lo estoy. Pero deseaba un cambio de escenario.

—Las mejores vistas están por las ventanas. —Miró detrás de él hacia el escritorio, arqueando una ceja—. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Necesitaba escribir una carta.

Su frente se arrugó.

—¿Has terminado de escribirla?

—Sí —murmuró, recogiendo su carta y agitándola en el aire para mostrársela—. Solo necesito llamar a un sirviente para que la entregue en Gable Park.

Rebecca asintió.

—Si me disculpas, necesito recuperar algo mío del escritorio, y luego me iré de nuevo.

Adam rápidamente agarró su botella de ron y se apartó del camino.

Mientras Rebecca se inclinaba sobre el escritorio, revolviendo papeles, su miembro se animó cuando ella pareció menear su trasero en su dirección. No lo había hecho a propósito, por supuesto, pero Adam no podía apartar la mirada. Rebecca Warner era una moza bien formada, agradable de sostener. Su cabello castaño lustroso —bastante largo, sospechaba— estaba elegantemente recogido en la parte posterior de su cabeza. Tenía una cintura estrecha, lo sabía por el accidente del carruaje, y un generoso par de senos que imaginaba llenarían sus manos perfectamente.

Miró hacia el techo y maldijo suavemente.

—Debo estar loco —murmuró.

—¿Qué fue eso, milord?

—Oh, nada. —Adam metió un dedo en su cuello para aflojar su corbatín. Se dio la vuelta para mirar por la ventana más cercana, también, en un intento de calmar su ardor—. Solo estaba pensando en voz alta.

—¿Sobre la vista?

Sobre *ella*. Rebecca Warner atraía su atención, y no solo hoy. Cuanto más altiva actuaba, más atractiva le parecía, y más quería molestarla también. Temía estar volviéndose obsesionado con la idea de llevarla a la cama. Hacerlo sería una empresa delicada. Nunca había oído de otro caballero que lo hubiera logrado, o siquiera intentado, de hecho. Sería quizás el segundo valiente en ganar el honor de acostarse con ella, si tuviera éxito. ¿Tal vez el hombre más afortunado aún vivo?

—Las vistas en Stapleton son bastante hermosas.

—En efecto. Padre está muy orgulloso de los jardines.

Se volvió lentamente y dejó la botella a un lado. Notó que el atractivo de la dama no disminuía por su respuesta fáctica. No daba ningún aliento a un hombre en absoluto, y a él ni siquiera le importaba. No era de extrañar que no se hubiera vuelto a casar. Tenía un excelente linaje y difícilmente era indigente, aunque no conocía su situación con certeza. Aun así, la hija de un duque debería haber sido buscada como esposa mucho antes de ahora.

Adam esperaba ser rechazado si intentaba seducirla, pero el diablo en él no dejaba de susurrarle al oído que la persistencia a menudo ganaba el día. Rebecca era viuda desde hacía algunos años. Recordaba haber oído sobre la infidelidad de su esposo, acostándose con una sirvienta a sus espaldas, causando un escándalo embarazoso. Rebecca probablemente vivía una vida moral en respuesta a eso, y sospechaba que podría ser por eso que aún permanecía viuda.

Adam creía que no tendría problemas para complacerla en la cama si ella le extendiera una invitación. Pero, ¿lo haría alguna vez? Rebecca era sin duda un desafío, y él no había tenido uno digno en mucho tiempo.

Mantuvo su mirada hasta que ella pareció inquietarse.

—No son solo los jardines lo que admiro aquí.

Sus labios se entreabrieron ligeramente, pero luego su frente se arrugó de nuevo.

—¿Estás ebrio?

—Oh, absolutamente —prometió sin vergüenza—. Y tengo la intención de permanecer así por el resto de la noche, señora.

—Típico de ti. —Ella lo miró con censura en su mirada, antes de volver a sus papeles. Los recogió con un gruñido descontento.

A Adam no le importaba cuando Rebecca señalaba sus defectos. A menudo estaba ebrio. El duque era un excelente anfitrión y animaba a sus compañeros a excederse. O al menos así había sido antes de su segundo matrimonio. Rebecca ciertamente había notado su entusiasta participación en ocasiones pasadas y fruncía el ceño constantemente por ello. Para acercarse a esta dama, o a cualquier dama, quizás necesitaría reducir ciertos placeres en los que solía confiar para curar su soledad. Un pequeño sacrificio. ¿Qué daño haría intentar complacerla solo una vez?

Como la delicadeza nunca había sido su estilo, optó por no andarse con rodeos ahora sobre sus intenciones.

—Te lo digo solo para que estés prevenida y no esperes demasiado de mí en este momento. No rendiría al máximo en tal estado.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué razón podría tener yo para preocuparme por tu rendimiento? No tocas ningún instrumento.

—Podría sentirme tentado a tocar tu cuerpo, si me invitaras —se acercó más a ella, disfrutando del desafío que presentaba y de su expresión de asombro.

Los ojos de Rebecca se abrieron de par en par cuando él se acercó, pero no retrocedió ni lo perdió de vista ni por un momento.

—Me has confundido con otra persona.

—Imposible, señora —se detuvo a centímetros de ella e inhaló profundamente. El familiar aroma de su perfume le hizo cosquillas en la nariz. Era refrescantemente predecible—. Podrías invitarme a tu cama mañana por la noche.

Sus labios se entreabrieron, pero no emitió sonido alguno.

Percibiendo una oportunidad, extendió una mano y rozó con sus dedos la suave mejilla de ella. Parecía congelada en su lugar. Él solo había esperado una reacción: que ella se alejara. Como permaneció quieta, Adam inclinó un poco más la cabeza.

Cuando ella siguió sin moverse, sonrió.

—Sabía que te gustaba.

Una delicada mano se posó en su pecho y lo empujó con fuerza.

—¡Eh, apestas a alcohol!

Él asintió, pero maldijo el inoportuno momento de su decisión de intentar besarla hoy. De no ser por el olor a bebida en su aliento, podría haber recibido esa invitación.

—Te prometo que la próxima vez no será así.

CAPÍTULO CUATRO

Las personas enamoradas podían ser tan tontas, y la prueba prácticamente bailaba al lado de Rebecca.

—Oh, Rebecca, tenías tanta razón en que él recapacitaría —exclamó Jessica una vez más.

—En efecto, así fue. Whitfield es perfecto para ti —Rebecca suspiró profundamente mientras se dirigían al salón de la duquesa. Había tanto que hacer para la boda próxima, pero su mente no lograba concentrarse. Todavía se sentía un poco conmocionada por los acontecimientos del día anterior.

Primero, casi había sido arrojada de un carruaje. Podría haber muerto o resultado gravemente herida.

Y segundo, posiblemente el suceso más alarmante de toda su vida, el Conde de Rafferty había intentado besarla.

Rebecca no era el tipo de mujer que inspiraba a los bribones o a la que los seductores intentaban encantar con regularidad. De hecho, hacía bastante tiempo que no sospechaba que algún caballero de su conocimiento la considerara para tal dudoso honor. Que fuera Lord Rafferty, un hombre del que Rebecca no aprobaba, era aún más desconcertante, al igual que su reacción hacia él. Le avergonzaba decir que estaba tan aturdida por su comportamiento que había tardado demasiado en rechazar sus avances. Afortunadamente, el penetrante aroma a licor la había envuelto cuando él se inclinó, recordándole exactamente por qué no confiaba en él.

Los hombres siempre hacían tonterías cuando estaban ebrios, y con suerte no recordaría nada de ello hoy para hacer incómodo su próximo encuentro.

Jessica se adelantó y giró en círculo.

—Oh, nunca imaginé que podría amar a alguien tanto como amo a mi Gideon.

—Eso dijiste ayer camino a la iglesia, y esta mañana en el desayuno, y ahora de nuevo aquí —Rebecca miró a su hermana con cansancio mientras la alcanzaba. Empezaba a preguntarse si Jessica hablaría de la perfecta naturaleza del señor Whitfield de la mañana a la noche por el resto de su vida—. Quizás un poco menos de efusividad sería apropiado.

Jessica se aferró a su brazo y se rio de su reproche.

—¿Soy insoportable?

—Solo un poco —Rebecca siempre se había asombrado de lo fácil que era la vida de Jessica. La mala suerte parecía seguir a Rebecca últimamente como una plaga. Pero todos se preocupaban de que Jessica fuera feliz, y era casi imposible guardarle rencor—. Te perdonaré si me dices que por fin has decidido la fecha exacta en que te casarás.

—Sí, hemos decidido el seis de mayo. Padre cree que tendremos una licencia especial para

entonces. Si dejamos unos días de margen por si hay retrasos debido al mal tiempo, la fecha parece la más razonable.

Y bendita sea, pronto también. Rebecca hizo un rápido cálculo mental de las distancias que sus hermanos debían recorrer y asintió. Habría justo el tiempo suficiente para que solo la familia inmediata asistiera.

—Ya he preparado un itinerario inicial para el día.

—¿Se lo mostraste a Madre?

—La duquesa estaba conmigo cuando redacté el plan inicial. Ella aún lo tiene.

Jessica la miró de reojo.

—Tú y Mamá se están llevando mejor ahora.

—Supongo que sí —Rebecca suspiró, sin embargo. No había forma de escapar al hecho de que su padre, generalmente sensato, se había casado con una sirvienta de origen común que había empleado recientemente. No había nada que hacer al respecto ahora. Había un bebé en el vientre de la duquesa. Rebecca tenía que aceptar el cambio por el bien del niño y de la familia.

Rebecca podría no aprobar completamente a la nueva Duquesa de Stapleton todavía, pero hasta ahora la mujer no había causado ninguna vergüenza o escándalo para la familia, que había sido su temor inicial. Su gracia parecía estar abierta a sugerencias sobre cómo debían hacerse las cosas, lo cual era un alivio. Rebecca había esperado una batalla por una docena de pequeñas cosas, pero hasta ahora todo iba bien.

Jessica golpeó la puerta del salón de la duquesa y esperó una respuesta antes de abrirla de par en par.

Rebecca se quedó boquiabierta de sorpresa por lo que encontraron y rápidamente apartó la mirada. Jessica, sin embargo, simplemente entró.

Rebecca se arriesgó a echar otro vistazo. Su padre estaba en el sofá, y la duquesa estaba recostada contra él. Se veían cómodos. Íntimos. El duque debería haberles dicho a ambas que volvieran en otro momento.

—Pensé que tendría que enviar a otro par de sirvientes a buscarlas —se quejó su padre.

—Estábamos dando un paseo juntas —se apresuró a decir Jessica mientras se dejaba caer en una silla cerca de su padre.

Rebecca vaciló y permaneció de pie.

—Si los estamos molestando ahora, podemos volver más tarde.

—No, no. Ahora estará bien —su padre señaló una silla, y Rebecca se sentó rápidamente.

La duquesa entrecerró los ojos mirándola.

—¿Estás segura de que no te lastimaste en el accidente?

—Sí.

—Entonces, ¿qué le pasa a tu muñeca? Has estado favoreciéndola desde el accidente.

Rebecca miró sus manos y vio la forma en que se estaba sosteniendo. Parecía que la duquesa era más observadora que la propia familia de Rebecca.

—No es nada por lo que haya que hacer un alboroto.

Su padre se puso de pie rápidamente y le tendió la mano.

—Déjame verte, Rebecca.

Ignorar la petición de su padre era imposible, así que puso su mano en la de él.

Rebecca no había querido hablar del accidente ni de esos pocos momentos en los que había estado en peligro de perder la vida. Si hubiera caído, el carruaje la habría aplastado, y al conde también.

Su padre manipuló suavemente su muñeca, y ella hizo una mueca cuando la dobló de una

manera que le causó dolor.

—Solo está distendida, su gracia. Lord Rafferty me agarró para devolverme a la seguridad, al igual que los mozos que me ayudaron a salir del carruaje. Estoy segura de que para mañana, cualquier molestia habrá desaparecido.

Los ojos de su padre se abrieron de par en par.

—Deberías haber hecho que el ama de llaves la examinara.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola. Además, la lesión de Lord Rafferty era mucho más grave y merecía toda la atención —frunció los labios. El hombre le había salvado la vida y luego había intentado seducirla estando ebrio. Las buenas maneras dictaban que al menos preguntara por él una vez. Como máximo—. ¿Cómo está Rafferty hoy?

—Bien. Bien. Rafferty no ha sufrido ningún daño permanente —su padre se encogió de hombros—. Desayunó abundantemente conmigo más temprano y se ha ido a visitar a Whitfield.

—Deberías habernos dicho que estabas herida —refunfuñó Jessica—. Podría haberte sido útil anoche, y en su lugar me dejaste parlotear sobre Gideon.

Que la mimaran nunca había sido agradable. Por eso Rebecca no había mencionado su lesión. Había aprendido bien la lección en su infancia. Cuando Rebecca era más joven, su padre la confinaba en cama por mucho menos. —Le prometo que estoy lo suficientemente bien —murmuró antes de mirar a su padre—. Usted quería escuchar sobre los planes para la boda.

—En efecto. —Alcanzó una hoja de papel doblada y se la entregó—. Y he anotado algunas ideas iniciales para las celebraciones.

Rebecca estudió la caligrafía desordenada de su padre, y sus ojos se abrieron ante sus inesperadas peticiones. Se hundió en su silla. Tragó saliva ante las tonterías escritas. —¿Quiere que todo esto esté organizado para el día seis?

—Podemos posponer un poco la boda. —Señaló la página—. Hay más al dorso.

Rebecca volteó la página y vio una larga lista de nombres. —¿Quiere invitar también a todas estas personas?

—Sí.

Rebecca se humedeció los labios e intercambió una larga mirada con su hermana. La futura novia parecía decepcionada, por el retraso, pensó, más que por la lista de invitados. Como novia, seguramente a Jessica le interesaba más reclamar al novio que una gran fiesta. —Discúlpeme, padre, pero esto es... demasiado.

—¿Crees que debería hacer menos por tu hermana?

En efecto, lo creía. Su padre tenía tendencia a la extravagancia en lo que concernía a sus diversiones. El costo de esta boda arruinaría a una familia menos adinerada. Rebecca no había permitido que se hiciera tanto alboroto innecesario cuando ella se había casado. —En el tiempo que tenemos antes de la fecha en que Jessica y Gideon esperan casarse, sería imposible organizar siquiera la mitad.

Su padre le arrebató la lista y miró sus notas. Una línea de preocupación apareció instantáneamente entre sus cejas. —¿Qué sugieres que se elimine?

Tres cuartas partes de la lista, para empezar. Rebecca consideró cuál podría ser el gasto más obviamente innecesario. —Bueno, no creo que sea necesario tener dos orquestas tocando el día de la boda.

—Pensé que podríamos organizar un baile y tener dos tocando a la vez, una afuera en el jardín y la otra adentro como de costumbre. Sería muy agradable para los invitados.

—¿Puedo ver la lista, Nicolas? —preguntó de repente la duquesa con voz firme.

El duque obedientemente se la entregó y luego se hundió junto a su esposa.

Rebecca contuvo la respiración mientras la nueva duquesa leía los deseos de su marido. Los ojos de la mujer se abrieron lentamente. ¿Era esta la primera vez que también oía hablar de estas tonterías?

La duquesa se enderezó después de voltear la página. —De verdad, querido. La señora Warner tiene razón. Tomaría medio año organizar la mayoría de esto correctamente. Dudo que Jessica quisiera esperar tanto para su día feliz. El día seis es un tiempo perfectamente razonable para esperar para casarse con una licencia especial.

¿Iba a ser su gracia la inesperada aliada de Rebecca en esto?

—Pero...

La duquesa puso una mano restrictiva en el muslo de su marido. —Déjamelo a mí. Estoy segura de que tu hija y yo podremos encontrar una manera de celebrar el día de la boda de Jessica y Gideon sin arruinar a la familia.

El duque frunció el ceño de nuevo. —Quería quedarme y ayudar.

Su gracia sonrió en respuesta. —Y lo has hecho. Completar los arreglos para una fiesta en casa debería ser mi responsabilidad.

—Sí, pero esto es una boda. No has estado bien, y pensé...

—Estoy mejor ahora, y es hora de que empiece a cumplir con mi deber.

—Sabes que no me importa...

La duquesa puso un dedo sobre los labios del duque. —Yo me encargaré de esto.

—Bueno, de acuerdo. Si estás segura de que no me necesitas.

—No para esto —murmuró, agitando la hoja—. Organizaremos la boda más hermosa posible para Jessica. Lo prometo. Ve. Estoy segura de que tienes asuntos más urgentes en la finca que preocuparte por mí.

—Me casé contigo para cuidarte —prometió antes de besarle la frente. El duque se puso de pie y respiró hondo—. Prometí reunirme pronto con el caballerizo mayor.

—No deberías hacerlo esperar.

El padre besó a su nueva esposa para despedirse y luego se marchó a grandes zancadas.

La duquesa bajó los ojos para leer la lista de nuevo. —¿Una entrada flanqueada por corderos con corbatines? Jamás permitiría eso.

—Yo tuve uno de mascota —confesó Jessica a la duquesa—. Solía vestirlo y sacarlo a pasear.

—Como un perro —murmuró Rebecca suavemente.

—¿Malabaristas con cristal, gitanos para bendecir el matrimonio? —La duquesa se cubrió los labios, pero no disminuyó el sonido de su risa—. Oh, vaya. Bueno, tampoco podemos permitir eso.

—Pero...

—No, Jessica —dijo su gracia, con un tono ligeramente más duro del que solía usar—. Si quieres corderos de mascota en tu boda, tendrás que apelar a tu prometido para que los busque y los vista. Gideon es tolerante, pero dudo mucho que te complazca en eso tampoco.

—Era divertido —protestó Jessica.

—Quizás cuando eras niña, pero ahora no. —La duquesa sonrió a Rebecca y le entregó la lista—. Algunas de las ideas de mi marido son posibles, pero no convirtamos una boda en una feria de pueblo. Elimina las sugerencias más costosas y extravagantes, pero asegúrate de que la fecha de la boda se fije para el día seis.

Rebecca se dirigió a un escritorio y transfirió las peticiones más discretas de su padre a su propia lista. —Manejable. Pero apenas. Tampoco habría habido suficiente espacio en la mansión

para todos los invitados que padre quería invitar inicialmente.

—No siempre es tan práctico como podríamos esperar —se lamentó la duquesa.

Rebecca estuvo de acuerdo. La boda la mantendría completamente ocupada durante más de una semana. Aun así, se frotó la frente anticipando el dolor de cabeza que vendría con todo esto.

—Lo siento mucho, pero realmente necesito tu ayuda con esto —murmuró la duquesa a su lado.

—Estaré encantada de encargarme de esto por usted. —Miró a la duquesa—. Vamos a necesitar un espacio privado para organizar esta boda. ¿Podría trasladar todo al salón que uso durante la próxima semana más o menos? Podemos reunirnos allí cada día para discutir el progreso y tomar decisiones.

—Todo lo que necesites es tuyo —Su Excelencia hizo una mueca—. También estoy segura de que no necesitamos invitar a tu padre al principio si prefieres que no se le incluya en nuestras discusiones. Nicolas puede ser un poco excesivo.

—Tengo toda una vida de familiaridad con los excesos de mi padre —le informó.

—Bien —la duquesa volvió a su silla y de repente gimió—. Si no les importa, señora Warner, Jessica, necesito estar sola por un rato.

—¿Se siente mal de nuevo? —preguntó Jessica.

Rebecca se puso de pie de un salto y apresuró a su hermana hacia la puerta. —Hablar de sentirse mal inevitablemente hace que eso suceda —le recordó a su hermana—. ¿Podrías buscar la dirección de tu costurera y traérmela? Necesitaremos escribirle sobre tu ajuar.

Rebecca cerró la puerta justo cuando la duquesa de repente sacó una palangana que había estado escondida debajo del sofá y vomitó en ella. Rebecca tocó la campanilla para llamar a un sirviente y luego se movió para abrir una ventana y que entrara aire fresco. Cuando se volvió, la duquesa se había desplomado en una silla, jadeando. Rebecca fue a buscar un vaso de agua y lo dejó a su lado.

—No se lo digas —suplicó la duquesa mientras se secaba la frente—. Solo hará más alboroto e intentará convencerme de que vuelva a la cama.

Rebecca se sorprendió por su petición, pero accedió fácilmente a guardar el secreto. Si la duquesa no quería que su marido estuviera cerca, ¿quién era Rebecca para discutir? —Siempre se preocupa demasiado.

La ama de llaves misma acudió apresuradamente a responder al llamado.

Mientras la señora Brown atendía a la duquesa, Rebecca observó a la mujer con la que se había casado su padre. Había perdido peso desde que se conocieron, probablemente debido al bebé. Aunque la salud de la duquesa no era asunto suyo, le hizo una petición al ama de llaves antes de salir de la habitación. —¿Podría pedirle a la cocinera que hornee pan plano con un poco de miel mezclada para que la duquesa pueda picotear?

—Por supuesto —el ama de llaves asintió con entusiasmo y se apresuró a cumplir su pedido.

—Mi cuñada jura que funciona —le explicó a la duquesa.

—Gracias. Estoy dispuesta a probar cualquier cosa para que estas náuseas se detengan.

—Oh, no evitará que vomite, pero la alimentará un poco más.

—Tenía tantas esperanzas de encontrar una cura —admitió la duquesa con una risa cansada —. Debería saberlo, pero ¿deberíamos añadir a la familia de tu marido a la lista de invitados de la boda?

Rebecca negó rápidamente con la cabeza. No le tenían aprecio. Se habían puesto del lado de Warner cuando se supo de su aventura con el ama de llaves. Habían culpado a Rebecca por sus acciones, acusándola de abandonar su matrimonio y a su marido. De empujarlo a los únicos

brazos que lo acogían. Eran bastante ridículos porque eso no era correcto. —No estamos en los mejores términos.

—Puedo simpatizar con eso —La duquesa suspiró—. Cuando se supo que me había casado tan bien, recibí una carta de súplica de la familia de mi difunto marido.

Rebecca no se sorprendió. —¿Les dio mucho?

—Les di lo que ellos me dieron a *mí* cuando Thorpe murió. Cinco chelines, y luego les recordé su petición de que nunca volviera a contactarlos.

A pesar de su reticencia a que le agradara la duquesa, Rebecca aprobó totalmente. Quizás no fueran tan diferentes después de todo. —Una buena respuesta.

Se dio la vuelta y extendió los papeles sobre la mesa.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte ahí?

—Por ahora, nada, Su Excelencia. Pero más tarde habrá mucho de qué hablar y que usted apruebe. Descanse ahora —sugirió Rebecca con suavidad. Puede que nunca amara a la duquesa como lo hacían sus hermanas, pero no le deseaba grandes males—. Duerma si puede mientras mi padre está fuera. Solo el tiempo hará que el bebé deje de afectarla.

—Lo intentaré, pero es tan difícil estar ociosa. Nunca he sido muy buena para no hacer nada.

—Yo soy igual.

La duquesa guardó silencio. Después de diez minutos, Rebecca se giró en su silla para mirar a la mujer que su padre ahora amaba. La duquesa se había quedado profundamente dormida, con los brazos alrededor de un pequeño cojín, pero la curva redondeada de su vientre donde yacía el niño era clara. Dormida, Gillian Westfall parecía... no exactamente la villana que Rebecca una vez pensó que podría llegar a ser.

Sería una duquesa adecuada si continuaba hablando en contra de los gastos excesivos del duque. Padre era generoso con aquellos a quienes amaba, pero hasta ahora parecía que la duquesa era sensata y podía detenerlo.

Rebecca estudió la lista que su padre le había dado, horrorizada por la extravagancia que inicialmente había querido. ¿Acaso no pensaba en el futuro? Era su responsabilidad pasar la propiedad a su heredero en las mejores condiciones posibles.

¿Y qué hay de este próximo hijo por venir? Si nacía un varón, habría que darle una educación, los atavíos de un caballero y una asignación saludable. Si hubiera otra hija, la niña requeriría una dote. Padre siempre había sido demasiado generoso con su descendencia, en su opinión. Una dote lo suficientemente grande significaba que un matrimonio ventajoso era una certeza, pero no garantizaba la felicidad.

Apretó los labios mientras una ira inesperada la invadía.

La felicidad siempre era efímera y nunca debía darse por sentada.

Pero una lágrima aún se deslizó por la mejilla de Rebecca al pensar que la felicidad se le había escapado.

Se la secó mientras miraba el vientre en expansión de la nueva Duquesa de Stapleton. Ahora no era el momento de detenerse en lo que no podía cambiarse. Su Excelencia tenía suerte de haber encontrado una nueva vida llena de amor. Rebecca probablemente nunca tendría tanta suerte.

Ella solo atraía a borrachos inútiles.

CAPÍTULO CINCO

Uno de los pasatiempos favoritos de Adam en Londres era frecuentar a los artesanos que vendían sus productos a una clientela exclusiva. Su sastre favorito estaba en Old Bond Street y era muy solicitado por la alta sociedad. Weston's era un lugar de moda para pasar unas horas, y a veces también se encontraba con amigos allí. Aquí en el campo, un caballero debe confiar en los comerciantes locales para mantener las apariencias. Pero al menos aquí, los sastres visitaban a los caballeros en sus hogares.

Adam giró la cabeza y sonrió al ver la expresión de confusión en el rostro de su amigo parcialmente vestido. A Whitfield le estaban tomando medidas para un nuevo traje hoy y no parecía particularmente entusiasmado con la experiencia. Como su amigo estaba a punto de casarse, Adam esperaba ver esa expresión a menudo. —Dijiste que a ella le gustabas de azul —le recordó Adam.

—Sí, pero ¿qué azul? —murmuró Whitfield con tono desconcertado, mirando las muestras de tela esparcidas por todas partes.

El sastre sostuvo dos muestras de azul en tonos ligeramente diferentes. —¿Cuál de estas prefiere, señor?

Whitfield entrecerró los ojos ante los colores casi idénticos.

Adam se rio. —Si no puedes elegir entre ellos, ¿por qué no hacerte ambos? Un hombre nunca puede tener demasiados chalecos.

—Sí, hagamos eso. Uno de cada color, señor Hutchinson. —Whitfield dejó escapar un suspiro contenido y miró a Adam—. ¿Cómo está la cabeza hoy?

—Perfecta —aseguró Adam. Todavía tenía los puntos, pero ya no le dolía la cabeza. Rechazó con un gesto la oferta de vino cuando Whitfield señaló una botella y un par de copas colocadas a un lado—. No, gracias.

Whitfield volvió a concentrarse en quedarse quieto mientras el sastre le prendía telas azules en el pecho.

Adam se había propuesto el desafío de no beber licores hasta la hora de la cena y limitarse a beber solo durante la comida. Adam no se negaría el placer de besar a Rebecca al menos una vez en su vida, y como a ella no le gustaba que bebiera, particularmente por el olor, lo dejaría durante los próximos días.

Adam reemplazó a Whitfield frente al espejo y consideró su propia apariencia. El chaleco de hoy era uno de sus favoritos... seda azul claro atravesada por rayas moradas oscuras. Adam pensaba que le quedaba muy bien, pero mientras jugaba con el ajuste, recordó que Rebecca no estaría de acuerdo. Lo había llamado pavo real presumido después del accidente. No es que le

importara exactamente su crítica, pero mientras se alejaba de su reflejo para estudiar las telas esparcidas sobre la cama de Whitfield, decidió que otro cambio podría aumentar su atractivo para ella.

Se dirigió al sastre. —Tengo un encargo para usted también, señor, cuando termine de vestir a Whitfield.

Los ojos del sastre se iluminaron de alegría ante la noticia. —Si lo hubiera sabido, habría traído una gama diferente de telas, milord. Las más atrevidas las dejé en mi taller.

Adam estudió las telas sencillas y sensatas que tenía delante, colores que Whitfield solía usar, y tomó aire antes de hablar. —Algo de lo que tiene servirá. Necesito que me haga unos cuantos chalecos con urgencia. Uno gris paloma, otro azul cáscara de huevo y otro amarillo pálido.

Whitfield se rio. —¿Qué, sin rayas ni estampados?

Desafortunadamente no, si quería impresionar a la fácilmente descontenta Rebecca Warner. —No.

—¿Y los botones? Tengo unos elegantes botones de oro y perla en mi tienda. Debería haber pensado en traerlos conmigo.

Normalmente, Adam elegiría cualquiera de los dos en un instante, pero negó con la cabeza. —Botones forrados.

—¿Forrados con qué, milord?

—Con la tela del chaleco. —Señaló el atuendo actual de su amigo—. Hágalos como los de Whitfield.

—Pero... —El sastre comenzó a protestar, pero Adam negó con la cabeza.

—Me niego a eclipsar al novio el día de su boda.

Whitfield se rio y le dio una palmada en el hombro. —Eso nunca sucederá, milord.

Adam permitió que Whitfield mantuviera sus ilusiones mientras finalizaban sus respectivos pedidos.

Cuando el sastre se dirigía de vuelta a su taller, Whitfield se volvió hacia él. —¿Estás seguro de que estás bien?

—Por supuesto que sí. Ahora, ¿cómo lo estás llevando tú? ¿Nervioso?

Whitfield le lanzó una mirada de disgusto. —Ni un poco.

—Bien. Odiaría tener que arrastrarte al altar pataleando y gritando que eres demasiado joven para casarte.

Whitfield negó con la cabeza. —No hay posibilidad de eso, pero *sí* estoy deseando que todo este alboroto termine.

—El matrimonio significa mucho para las mujeres —murmuró Adam—. La ceremonia, los brindis, la noche de bodas y después. Todo se les queda grabado en la cabeza. Ten cuidado, señor, luego le dan vueltas y lo usan en nuestra contra.

Whitfield se rio. —¿Estás sugiriendo que los hombres no hacen lo mismo?

Adam recordaba vívidamente su matrimonio: los buenos y los malos momentos. Los placeres y el dolor de la pérdida. Los aspectos negativos del matrimonio siempre lo habían hecho mirar hacia otro lado. Whitfield no tenía idea de lo que le esperaba, realmente. El matrimonio era un ajuste en muchos sentidos.

—Quizás nosotros también lo hagamos.

Whitfield se dirigió hacia la puerta. —Me esperan de vuelta en Stapleton.

—Ciertamente te esperan, pero te acompañaré. —Cogió su sombrero y sus guantes y se apresuró tras su amigo.

Se dirigieron al exterior, a un jardín iluminado por el sol y agitado por una ligera brisa. Adam

miró al cielo. Ni una sola nube que estropeara la vista. La señora Warner estaría tan decepcionada. Sonrió ligeramente. —¿Cuánto tiempo crees que se quedará la señora Warner en la mansión después de la boda?

—No ha dicho nada. ¿Por qué quieres saberlo?

¿Por qué, en efecto? —Solo era una pregunta casual.

—Sea cual sea el tiempo que se quede, estoy agradecido de que apruebe mi matrimonio con Jessica.

—Bueno, *yo* me alegro de que haya venido sola este año —murmuró Adam—. Esas mujeres que llama amigas parlotean tanto que me dan dolor de cabeza.

Whitfield caminó unos pasos en silencio antes de volver a hablar. —No debería mencionarlo, no me gusta cotillear sobre la familia, pero creo que debe de haber habido una separación hace unos meses.

—Nada serio, espero.

—No estoy seguro. Rebecca no ha mencionado a ninguna de sus compañías habituales cuando he estado cerca, y Jessica dice que no tiene planes de verlas pronto. Eso es inusual.

—¿Por qué?

—Porque en años anteriores, se deleitaba contándole a todo el mundo sus planes de viaje —señaló Whitfield.

—Rebecca disfruta de la vida social. Muchas viudas lo hacen.

Whitfield se encogió de hombros.

—Jessica solía comentar sobre sus salidas y a menudo contaba los días hasta que se iba de nuevo.

Adam hizo una mueca.

—Pensé que eran cercanas.

—Lo suficientemente cercanas. Las hermanas no siempre están de acuerdo entre sí, ¿verdad? Rebecca era un poco implacable con la preparación de Jessica para su temporada, siempre mencionando cómo tenía que hacer la elección correcta de marido.

Adam sonrió con suficiencia.

—¿Te eligió a ti en su lugar?

—Sorprendentemente, a Rebecca no parece importarle que no tenga título ni sea terriblemente rico.

—¿Era realmente tan importante un título? Rebecca se casó con un hombre sin uno.

—Parecía serlo en su momento —Whitfield se encogió de hombros.

Al menos Adam tendría la ventaja de tener un título y ser lo suficientemente rico como para elegir a cualquier novia que le gustara. No tendría que preocuparse de no ser un pretendiente aceptable si hacía esos pocos cambios de los que Rebecca ya le había advertido.

Para entonces habían llegado a la mansión y entraron juntos al interior más fresco. Adam se dirigió a la habitación que había ocupado la noche anterior. Había dejado su libro allí por error y estaba ansioso por recuperarlo. Encontraría a un sirviente para que lo devolviera a su habitación cuando fuera a almorzar más tarde.

En lugar de una habitación vacía, Adam descubrió a Rebecca encorvada sobre su escritorio, con docenas de papeles esparcidos a su alrededor en un círculo. Parecía no notar su llegada, así que se aclaró la garganta.

—¿No tienes otro lugar donde estar, milord? —se quejó ella.

—No particularmente —Se acercó—. Es casi hora del almuerzo.

—Soy muy consciente de la hora.

Como no levantó la cabeza, más interesada en su escritura que en conversar con él, Adam tuvo tiempo de estudiar a la mujer. Sus dedos estaban manchados de tinta, y un largo mechón de su cabello se había caído, solo para ser colocado detrás de su oreja.

—¿Qué estás haciendo?

—Considerando el plan de asientos para el desayuno de bodas de mi hermana una vez más.

Él echó un vistazo por encima de su hombro y sus ojos se abrieron de par en par.

—Esa es mucha gente para acomodar.

—Menos de lo que podría haber sido —murmuró ella suavemente—. Mi padre tenía muchos amigos a los que quería invitar al principio.

Se inclinó un poco más cerca y estudió los arreglos que estaba haciendo. Sentar a los invitados y organizar fiestas eran asuntos mejor manejados por las esposas. Sin embargo, no creía haber visto nunca notas tan detalladas antes. Estaba impresionado por la meticulosa atención al detalle de Rebecca.

Había una página de notas para cada sirviente. Un horario para la novia y la familia. Nada se iba a dejar al azar, al parecer. Cuando vio su propio nombre en una página asignada a un sirviente en particular, acercó la hoja hacia él. En ella, Rebecca había hecho una nota sobre sus preferencias para ciertos tipos de bebidas a diferentes horas del día.

No sabía que era tan predecible. Era preciso, o lo había sido hasta hoy.

—Estás organizando absolutamente a todos.

Ella se tensó.

—Estoy asombrado por tu previsión —le aseguró.

—¿En serio?

Como esa única palabra estaba empapada de tonos sarcásticos, se apresuró a explicar.

—De verdad. No hay nada peor que sufrir la compañía de alguien con quien habitualmente no estás de acuerdo.

—Yo tampoco quiero sentarme a tu lado.

Adam se rió, pero señaló un nombre diferente en su tabla. Se inclinó cerca para susurrarle al oído:

—Lord Farrington me aburre hasta la muerte, y lo has puesto allá lejos. ¡No puedo agradecerte lo suficiente!

—De nada.

—Realmente eres una anfitriona talentosa —Se echó hacia atrás y puso sus manos en el respaldo de la silla—. ¿Alguna vez has considerado manejar tu propia familia?

—Ya lo hago.

Él se rió. La mujer era imposible.

—Me refiero a si has considerado hacerte cargo de un nuevo hogar. Un marido.

Ella levantó la cabeza, con la barbilla sobresaliendo.

—No.

—Qué lástima —murmuró él. Estaba decepcionado—. Estoy seguro de que un hombre podría acostumbrarse a la idea de ser tan bien manejado si hubiera otras compensaciones.

Su frente se arrugó, aunque mantuvo los ojos en sus papeles.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

Adam frunció los labios y luego se inclinó más cerca de nuevo.

—Sexo, Becca. Sexo caliente y sudoroso que dura hasta el amanecer. Seguramente recuerdas lo bien que se sentía.

Sus labios se separaron y ella se puso de pie de un salto. Estaban entonces cara a cara, pero

Rebecca estaba atrapada entre él y la mesa. Parecía sin palabras.

¿O acaso no tenía idea de que el sexo podía ser tan bueno? Después de todo, se había casado con un hombre mayor, un hombre bien pasado de su mejor momento, así que tal vez no lo sabía.

—No deberías hablarme así —dijo finalmente, con las mejillas tornándose de un rojo ardiente. Excitación o enojo, Adam aún no podía decirlo.

—Qué puedo decir, sacas el diablo en mí. Averiguar lo que quieres, lo que deseas, va a ser un desafío —Sonrió.

—Deseo que encuentres a otra persona a quien atormentar.

—Pero me gustas —confesó Adam, y vio que sus ojos se abrían de par en par por la sorpresa ante sus palabras. Era cierto. Ella lo fascinaba—. Invítame a tu alcoba esta noche y descubre si puedo cumplir con tus altos estándares bajo las sábanas.

Sus labios se comprimieron en una línea apretada brevemente y luego frunció el ceño.

—Jamás invitaría a un sinvergüenza a mi alcoba.

Adam descubrió entonces que los ceños fruncidos podían ser atractivos en el rostro adecuado. Rebecca Warner no era una viuda tímida y dócil, ansiosa por impresionarlo —un conde acaudalado. Tenía un feroz fuego interior que rara vez salía a la luz, pero cuando lo hacía, él quedaba cautivado por su vitalidad. Cuando ella se dio la vuelta, él se inclinó para susurrar:

—¿Quién necesita un dormitorio? Cualquier pared sirve cuando surge el impulso. Una noche de estas, deberías darme la oportunidad de hacerte feliz. Después de las diez, cualquier noche me vendría muy bien. Estaré esperando con ansiosa anticipación tu señal. Mientras tanto, te haré compañía.

El duque había dicho que la proximidad era importante.

Adam recogió su libro, se acomodó en la misma silla que había ocupado la noche anterior y comenzó a leer. Si no era Rebecca, entonces alguna otra dama se encariñaría con él eventualmente. Por ahora, practicaría con la dama más atractiva a su alcance.

Mientras leía, podía jurar que la señora Warner continuaba mirándolo con enojo durante varios minutos.

Se negó a levantar la vista. Había lanzado el guante. En términos precisos, para que ella no tuviera dudas sobre lo que inicialmente esperaba.

Todavía estaba esperando una invitación media hora después, cuando hubo un golpe en la puerta.

—Sí, ¿qué sucede, señor Brown? —preguntó la señora Warner antes de que él pudiera hacerlo.

—Una entrega especial para Lord Rafferty, señora.

Adam se puso de pie.

—Hágala pasar, Brown.

—¿Ella? —inquirió la señora Warner.

Él arrojó su libro a un lado.

—Mi hija.

La luz de la vida de Adam, Ava, entró corriendo a la habitación. Él gruñó ante el impacto de su pequeño cuerpo contra el suyo, pero la levantó en sus brazos con bastante facilidad.

—¿Recibiste mi mensaje?

—Sí —la niña besó su mejilla ruidosamente y envolvió sus brazos con fuerza alrededor de su cuello—. Pensé que vendrías a casa ayer.

—Tuve un pequeño percance —le dijo, dándole palmaditas en la espalda—. Nada de qué preocuparse.

Ella se apartó, frunciendo el ceño. Ava tenía sus ojos pero la complexión más delgada de su madre, gracias al cielo. Hoy, su largo cabello había sido recogido hacia atrás, pero luego notó lo que llevaba puesto y frunció el ceño.

—¿Qué te dije sobre usar esos pantalones fuera de la finca? Son solo para las lecciones de esgrima.

—Lo siento, papá. No te enfades —parecía tan honestamente angustiada que él contuvo la lengua para escuchar primero su excusa—. Tuve que tomar mis lecciones antes de irme, pero luego el carruaje estaba listo y mi equipaje cargado. Ya estaba en el carruaje cuando me di cuenta de que había olvidado cambiarme.

Su hija podía ser distraída a veces, un torbellino de emoción. Él hubiera preferido que no pareciera una chica alocada, pero no había forma de fingir que no lo era ocasionalmente.

Miró de mala gana más allá de Ava, esperando ver desaprobación. Rebecca y el mayordomo los observaban. El mayordomo trataba de no sonreír. La expresión de Rebecca se había vuelto completamente ilegible, sin embargo.

Bajó a su hija al suelo con renuencia y la giró para enfrentar al tipo de mujer que Ava podría tener que impresionar algún día, preparándose para la peor presentación posible.

—Señora Warner, no creo que haya conocido a mi hija, Lady Ava Croft de Gable Park. Ava, permíteme presentarte a la señora Rebecca Warner, una de las hijas del Duque de Stapleton.

—Oh —chilló Ava mientras se alejaba de su alcance.

Rebecca se acercó, sus ojos recorriendo a su niña de pies a cabeza, pero luego una repentina sonrisa estalló en su rostro mientras hacía una reverencia.

—Un placer, mi lady.

—Un placer, en efecto, señora —respondió Ava antes de hacer una reverencia que tembló un poco.

La sonrisa de Rebecca disminuyó muy lentamente.

—Confío en que disfrutó su lección, mi lady.

—¡Oh, sí! —le dijo Ava con entusiasmo desinhibido.

—¿Practica el deporte a menudo?

Desconcertado por el tono suave de Rebecca, Adam levantó los ojos rápidamente. Parecía no desaprobar, al menos no todavía.

Ava asintió con entusiasmo a la otra mujer.

—Sí, señora. Todos los días. Es un ejercicio vigorizante.

Las cejas de Rebecca se elevaron un poco.

—En efecto lo es. ¿Alguna vez ha practicado esgrima contra un oponente real?

—Solo con papá, y solo una vez porque lo corté.

—Un corte superficial —se apresuró a añadir Adam. Ava se había alterado lo suficiente por el incidente.

Rebecca chasqueó la lengua.

—Debería saber que no se debe practicar esgrima con armas reales sin la protección adecuada, milord.

—Lo sé ahora. En ese momento, no me había dado cuenta de lo rápido que mi niña podía mover la espada. Un error que no he vuelto a cometer.

El rostro de Ava decayó.

—Ahora solo puedo usar espadas de madera.

—No es lo mismo, ¿verdad?

Ava negó con la cabeza solemnemente.

—No es lo mismo en absoluto, señora.

Una suave risa escapó de los labios de Rebecca repentinamente.

—Los errores nos enseñan a usar mejor juicio.

Adam se aclaró la garganta.

—Su Gracia me permitió mandar a buscar a mi hija. Se quedará para la boda.

—Desearía que me hubiera informado antes. Disculpen —la señora Warner se alejó para sentarse en su mesa nuevamente antes de que Adam pudiera decidir si estaba molesta o no porque su hija fuera una adición tardía a la fiesta. Acercó hacia sí varias hojas de papel y las estudió cuidadosamente.

Ava se acercó más a él, deslizando su pequeña mano en la suya más grande.

—¿Sucede algo malo, papá?

—Nada está mal, querida —respondió la señora Warner por Adam—. Solo necesito decidir dónde ubicarte mejor en la casa. Con todos los invitados que vienen para la boda, es un poco complicado.

—Ella podría tener mis aposentos.

—Eso no será necesario, milord. Además, entonces tendría que encontrar otro lugar para ubicarlo a usted —Rebecca hizo algunas anotaciones en una página—. Ahí está. Brown, ¿podría ubicar a Lady Ava en la habitación Primrose? La habitación contigua a la mía.

Adam dio un paso adelante. Si su hija dormía en la habitación contigua a la de Rebecca Warner, cualquier intento de seducción fracasaría antes de que pudiera realmente comenzar.

—Ava debería estar en el cuarto de los niños.

—El cuarto de los niños actualmente está vacío de ocupantes, y cuando lleguen los gemelos de mi hermano, lo más probable es que la tenga que mover de todos modos por cuestiones de seguridad.

—¿Entonces es cierto lo que dicen de los chicos? ¡Mocosos del demonio!

—Adoro a mi familia —advirtió Rebecca.

Adam se mordió la lengua. Él tampoco tenía una hija perfecta, pero agradecía que Rebecca pensara en proteger a Ava de sus bulliciosos sobrinos. —Si crees que es lo mejor.

—Así es —comenzó Rebecca—. Ahora, vamos a instalarte arriba, milady.

—Iré con ustedes —dijo Adam rápidamente. Mientras estuviera en esa parte de la casa, quizás podría determinar si su esperanza de visitar la alcoba de la señora Warner una noche estaba bien y verdaderamente perdida.

Rebecca pareció muy suspicaz ante su sugerencia, pero asintió. —Muy bien, si debe hacerlo.

—Oh, debo hacerlo. —Cuando Ava se adelantó saltando hacia la puerta, Adam acercó a Rebecca para susurrarle—: Sigo esperando esa invitación.

Ella lo miró fijamente. —¿No está olvidando algo, milord?

Adam parpadeó.

—¿Su libro? Odiaría que lo devolvieran por error a la vasta biblioteca de mi padre.

Como Adam aún no había terminado de leerlo, él también lo odiaría. Se dio la vuelta para ir a buscarlo y cuando se volvió de nuevo, Rebecca y su hija se habían ido sin él.

Tenía que reconocerlo, Rebecca estaba resultando ser una digna contrincante. Se apresuró para alcanzarlas.

CAPÍTULO SEIS

Durante la semana siguiente, Lord Rafferty demostró ser un padre sorprendentemente bueno para Lady Ava. Era cariñoso, la consentía de vez en cuando, y la niña obedecía. La mayor parte del tiempo.

En este momento, Lady Ava estaba lanzando palos al arroyo, como solían hacer los niños, y observando cómo flotaban. Lord Rafferty la estaba ayudando.

A decir verdad, Rebecca ya no sabía qué pensar del conde.

Ya no coqueteaba con ella, pero seguía sus pasos cada vez que salía de la mansión. Se había comportado como un perfecto caballero en todos los aspectos, lo cual le resultaba confuso. Había empezado a pensar que se había imaginado su interés. —Debo volver pronto a la mansión.

—Oh, no, solo uno más —exclamó Lady Ava, y corrió hacia el bosque cercano para buscar más ramas caídas.

—Siempre es solo uno más —se quejó Rafferty.

—Usted es quien le permite aprovecharse —observó Rebecca.

—No tiene a nadie más de quien aprovecharse —declaró Lord Rafferty mientras se unía a ella.

—No puede compensar la falta de una madre malcriando a la niña o dejándola correr sin control por esos bosques —le advirtió mientras se giraba para ver a la niña corretear entre los árboles más cercanos.

—Intento no hacerlo —murmuró Rafferty.

Había llovido la noche anterior, y el dobladillo del vestido de Lady Ava se había humedecido hacía tiempo. La niña necesitaría cambiarse a un vestido más fresco cuando regresaran a la mansión. Rebecca había asignado a su propia doncella para que cuidara de la niña, ya que la convocatoria de Lord Rafferty no había traído a una propia. Rebecca solo había escuchado cosas buenas sobre Lady Ava Croft de parte de Nancy, lo que confirmaba sus propias conclusiones de que la niña tenía excelentes modales a pesar de tener tal padre.

Rebecca sintió un leve roce en el dorso de su mano y la levantó bruscamente hacia su pecho, temiendo que un insecto hubiera aterrizado en ella. Pero no había nada en su guante cuando miró, y dejó escapar el aliento que había contenido.

—Hermoso día —murmuró Lord Rafferty, inhalando profundamente.

—Lluvia en el horizonte —señaló ella con el ceño fruncido, esperando que las nubes oscuras y pesadas pasaran de largo la finca. Parte de las celebraciones debían realizarse al aire libre.

Lord Rafferty comenzó a reír.

—¿Qué?

—Sabía que ibas a decir eso —aseguró—. Nunca he conocido a una mujer tan dispuesta a señalar los peligros a su alrededor.

Ella puso las manos en las caderas para aclarar las cosas. —Si llueve, los caminos se empaparán más y retrasarán a los invitados de la boda.

—¿Por qué es eso un problema? A la novia y al novio solo les importa dar el sí.

—Aún estamos esperando la licencia especial que mi padre le prometió a Jessica.

—Ah. —Levantó las manos en señal de rendición—. Justo.

—Quiero que mi hermana se case.

—Por supuesto que sí —dijo en tono tranquilizador. Luego sopló en dirección a las nubes de lluvia—. Váyanse, nubes.

Rebecca negó con la cabeza y apartó la mirada cuando Lady Ava salió de entre los árboles, arrastrando una gran rama detrás de ella. Parecía pesada, pero los ojos de Ava estaban fijos en el arroyo cercano. Rebecca chasqueó la lengua en señal de desaprobación. —Preferiría que no tirara los árboles, milord.

—Yo también. —Se alejó a grandes zancadas, detuvo los planes de su hija y luego se echó la rama al hombro, devolviendo el grueso miembro al bosque.

Lady Ava se acercó saltando, sonriendo. —Padre dijo que debía quedarme contigo.

—¿Ah, sí?

—Dijo que podrías enseñarme a ser una dama. Si escuchaba con atención.

—Así es como se hace con cualquier esfuerzo. —La niña era dulce. Rebecca miró a Lady Ava, sintiendo una punzada de pesar. Disfrutaba de la compañía de la niña, pero el deber llamaba —. Realmente debo volver a la mansión.

—Iremos contigo —decidió Lord Rafferty al regresar, sacudiéndose las manos.

—¡Hurra! —exclamó la niña—. Podemos tomar el té juntos.

Ava se adelantó, zigzagueando de un lado a otro mientras exploraba el jardín. Aunque Rebecca esperaba que Lord Rafferty avanzara con su hija, él se puso a caminar a su lado.

—Gracias por un paseo encantador —murmuró.

Rebecca inclinó la cabeza.

Hubo otro suave roce en el dorso de su mano. Ella miró hacia abajo, y Lord Rafferty le hizo un gesto con los dedos. —Me atrapaste.

Ella se detuvo para mirarlo fijamente. —¿Qué está haciendo?

—Se llama coquetear. ¿Quizás lo hayas experimentado antes?

—Me está atormentando. Molestando. Eso definitivamente no era coquetear.

—Cada uno tiene su propia opinión. ¿Qué hizo el viejo Warner para ganarse tu admiración?

Rebecca pensó en ello solo por un momento. —Nos conocimos y me propuso matrimonio.

Rafferty se quedó boquiabierto. —¿Y eso fue suficiente para ti?

—Sí, por supuesto que lo fue.

—Esa es la historia de cortejo más trágica que he escuchado jamás —murmuró—. Toda mujer merece que la cortejen. Warner ciertamente te engañó.

Enojada por el comentario, Rebecca lo fulminó con la mirada. —Gracias, milord, por el recordatorio. Tengo conocimiento de primera mano de la infidelidad de mi esposo, ya que lo sorprendí en el acto. No necesito que me lo restriegue en la cara.

Mortificada por lo que acababa de revelar, Rebecca se dirigió hacia la mansión a un paso más rápido.

—Espera —la llamó Rafferty—. No quise decir...

Pero Rebecca no se detuvo. Estaba enojada de nuevo, de una manera que no lo había estado

en mucho tiempo. Toda su charla y falso coqueteo eran crueles. Había salido a caminar sola bastante feliz hasta que Lord Rafferty y su hija se unieron a ella. Rebecca incluso había disfrutado el tiempo que habían pasado juntos hasta ese momento. Habría sido mejor quedarse dentro.

Rebecca oyó gritos y se detuvo.

Lord Rafferty estaba repentinamente a su lado. —¿Qué demonios fue eso?

Cuando los gritos se reanudaron, Rebecca sonrió ampliamente. —Nada de qué preocuparse, estoy segura —echó un vistazo a Lady Ava y lamentó que debieran separarse ahora—. No permita que arruine su salida con su padre, Lady Ava. Con su permiso.

Recogió sus faldas y apresuró aún más sus pasos.

Al doblar la esquina de la casa, vio un carruaje de viaje familiar en la entrada y negó con la cabeza ante la caótica escena que se desarrollaba frente a sus ojos. Su hermano menor Samuel estaba de pie junto al carruaje, sujetando a sus hijos gemelos por los cuellos de las camisas.

Los niños luchaban por liberarse de la restricción y se quejaban en voz muy alta.

También repetían su nombre una y otra vez.

—¿A qué se debe este alboroto? —les gritó.

—Tía Becca —los niños, repentinamente liberados, corrieron hacia ella.

Rebecca se agachó cuando los niños le echaron los brazos al cuello, casi derribándola al suelo con su entusiasmo. —Mis queridos niños. Por fin han venido.

Rebecca los abrazó fuertemente a ambos y besó la parte superior de sus cabezas rubias. Rebecca había ayudado a criar a este par de pilluelos durante algunos años después de su nacimiento antes de que la inquietud llevara a Samuel a abandonar Londres con los niños a cuestas.

Levantaron sus pequeños rostros hacia ella. —Estuvimos en... —comenzó el gemelo uno.

—Lulworth Cove —terminó el gemelo dos.

Ella acunó sus pequeños rostros bronceados. Se desenvolvían mejor al aire libre, con pocas reglas y espacio para correr. Encerrarlos solo sacaba lo peor de sus naturalezas. —¿Me trajeron conchas marinas esta vez?

—Te trajimos... —comenzó el gemelo dos.

—...algo mucho mejor —terminó el gemelo uno, acurrucándose más cerca.

—Te trajimos rocas de Dorset —les dijo Samuel mientras se acercaba a ellos con una sonrisa —. Unas con pequeñas hojas atrapadas en su interior.

Ella parpadeó.

Los niños hurgaron en sus bolsillos y le presentaron dos rocas muy opacas y de lados planos, pero cuando Rebecca entrecerró los ojos, pudo distinguir la forma de algún tipo de hoja de helecho allí. Casi podía imaginar que habían sido dibujadas, esbozadas. —¿Hojas en rocas? Bueno, eso es inesperado.

—Ambos están fascinados con nuestros hallazgos y no podían esperar para mostrarte sus tesoros.

Rebecca asintió, pasando sus manos por el cabello desordenado de los niños. Siempre estaban excitados, y estaban creciendo tan rápido. —Juro que han crecido centímetros desde la última vez que los vi.

—¿Nos medirás?

Ella les revolvió el cabello de nuevo con cariño. —Después de la cena esta noche, ciertamente lo haré.

—¡Tía Jessie! —gritaron ambos de repente.

El par salió disparado hacia su otra tía, que había aparecido desde el césped sombreado al otro lado del jardín. Eran un torbellino de emoción cada vez que llegaban a algún lugar. Más tarde, cuando la novedad de las caras nuevas hubiera disminuido, ignorarían a todos y se meterían en los peores líos.

Rebecca se enderezó, sabiendo que volverían a ella eventualmente en busca de afecto, y estudió a su hermano cuidadosamente.

Samuel, dos años menor que ella, seguía sonriendo. —¿Yo también recibo una bienvenida, Becca?

Cuando extendió sus brazos, Rebecca abrazó a su hermano pequeño rápidamente. —Tú también te ves muy bien —susurró mientras los brazos de su hermano se apretaban firmemente alrededor de sus costillas. Él besó el lado de su cabeza antes de soltarla y dar un paso atrás.

El rostro de Samuel estaba tan bronceado como el de los niños, y su cabello, antes corto, había crecido más largo y desordenado de lo que solía ser. Pero era la tranquilidad en su expresión, la falta de descontento en él, lo que más complacía a Rebecca. Samuel había perdido a su esposa cuando nacieron los gemelos y nunca pareció feliz desde entonces. Hoy, sin embargo, sus ojos brillaban de emoción, como cuando era un niño y se metía en tantas travesuras como los gemelos.

—Unos meses junto al mar nos han sentado bien a todos —confesó—. Conocimos a muchos tipos raros escalando los desprendimientos de rocas en busca de tesoros prehistóricos. Me sentí como en casa allí entre los carroñeros.

—Me alegro. Yo...

—¿No vas a darme la bienvenida también, hermana? —preguntó una voz inesperada.

Rebecca miró más allá de los anchos hombros de su hermano y vio a su hermana Fanny acechando detrás de él. Lady Fanny Rivers se abanicaba lánguidamente, pero no parecía en absoluto desaliñada después del viaje con los gemelos. Rebecca siempre terminaba muy arrugada.

Frunció el ceño. —¿Vinieron juntos?

—Teníamos que ponernos al día —Fanny hizo un gesto a los gemelos para que se acercaran —. Niños, vengan adentro conmigo ahora. Debemos encontrar a sus excelencias.

—Padre no está aquí —dijo Jessica mientras se unía a ellos—. Él y la duquesa salieron en el carruaje más temprano hoy.

—No los esperamos de vuelta por muchas horas —murmuró Rebecca.

—Ah —dijo Fanny, pareciendo decepcionada. Fanny había sido casi imposible de tratar al enterarse de que su padre se había enamorado de nuevo. Fanny había llamado a Gillian Thorpe su amiga antes que nada.

—Quizás algunos refrigerios —sugirió Rebecca—. Debería haber té, sándwiches y demás en el salón de la mañana.

—Eso sería encantador hasta que regresen —Fanny sonrió con suficiencia, los niños ahora sosteniendo sus manos—. Todos estaremos refrescados para entonces, ¿verdad? La duquesa y yo tenemos mucho de qué ponernos al día. Vamos, niños. Salgamos de este calor espantoso.

Los niños arrastraron a su tía de movimientos lentos por las escaleras más rápido de lo que ella quería ir. Jessica los siguió, ocultando una risa detrás de su mano. Finalmente llegaron a la parte superior de las escaleras y desaparecieron en el interior.

Rebecca se volvió hacia su hermano y levantó una ceja. —¿Qué les compró esta vez?

—Un caballo a cada uno —respondió él con un movimiento de cabeza hacia el carruaje. Un par de monturas sin ensillar estaban siendo sujetadas por mozos cerca del carruaje. Los caballos

eran bastante altos y obviamente de buena cría, pero piafaban con impaciencia. Los niños eran demasiado jóvenes para apreciar tales nobles bestias.

Rebecca gimió internamente. Fanny tenía demasiado dinero y a menudo lo usaba para conseguir lo que quería. Aparentemente, ahora quería ser la tía favorita. —Supongo que ese pequeño soborno podría hacerlos comportarse mejor durante unas horas.

—Solo podemos tener esperanza. Aunque todavía quieren más a su tía Becca —prometió Samuel mientras le ofrecía su brazo para que lo tomara.

Los niños no necesitaban más posesiones. Necesitaban el amor incondicional y la atención de su familia. Rebecca rio suavemente.

—Apuesto a que nos dices eso a todas.

Samuel soltó una risita.

—No, lo digo en serio. Te han echado de menos más que a nadie. Primero fuimos a la casa de la ciudad en Londres, pero nos dijeron que te habías marchado al campo con bastante prisa. Espero que no pasara nada malo, ¿o es que la casa estaba demasiado silenciosa sin nosotros?

—Siempre lo está —Rebecca no le contó a Samuel por qué había huido de Londres cuando lo hizo ni por qué había planeado quedarse tanto tiempo en el campo. Como todos en su familia, Samuel se ofrecería a solucionar sus problemas económicos, y eso sería vergonzoso.

Samuel se dio la vuelta y observó el jardín vacío detrás de ellos.

—¿Era Lord Rafferty el que vi contigo cuando llegamos?

—Sí, él y su hija están aquí para la boda.

Él le lanzó una sonrisa pícara.

—¿Lo has perdonado entonces, o todavía puedo esperar tensiones entre ustedes?

—¿Perdonarlo?

—Por meterse en tu cama aquella vez.

—Por última vez, se metió en una cama vacía, antes de que me ofrecieran la habitación, así que difícilmente podía ser mi cama para empezar —Rebecca se encogió de hombros, restándole importancia al chisme—. Te aseguro que la historia es mucho más escandalosa que lo que realmente ocurrió.

Samuel sonrió con suficiencia.

—Una lástima. Te vendría bien un poco de emoción en tu vida.

—Mi vida ya es bastante emocionante tal como está.

Los ojos de Samuel brillaron con diversión.

—Oh, ¿estás diciendo que tienes otro admirador además de Rafferty?

—Has estado demasiado tiempo al sol, hermano.

Samuel se rio entonces.

—Bueno, si no otra cosa, el rumor de que Lord Rafferty fue rechazado probablemente ha hecho que todos los demás sinvergüenzas reconsideren acercarse a ti. El rumor se exagera más cada vez que alguien habla de aquella noche.

Sí, tenía cierta reputación de mojigata gracias a ese rumor sobre Rafferty. No le importaba si eso mantenía a los sinvergüenzas a raya, sin embargo, cualquier hombre con intenciones honorables no tenía motivos de preocupación, aunque no había notado que ninguno anduviera por ahí.

Subieron las escaleras del brazo y entraron en el vestíbulo, donde Samuel saludó al mayordomo como si fuera un viejo amigo. Rebecca se quedó atrás, encantada por el intercambio porque había temido no volver a ver a su hermano así. Nunca era apropiado, rara vez consideraba su reputación o posición en la sociedad y, como los hijos que estaba criando casi solo, tenía una

energía inagotable. Parecía haber encontrado finalmente algo de paz después de sus muchos viajes.

Mientras se adentraban en la mansión, oyeron gritos más adelante, voces familiares que no se callaban. Instintivamente, Rebecca aceleró el paso. Los gemelos habían ido a la sala de estar con Fanny. Deberían haber estado lo suficientemente distraídos con las opciones del aparador. Sin embargo, los gemelos no estaban comiendo nada: estaban esgrimiendo con muslos de pollo alrededor de Fanny, que no hacía nada para detenerlos.

Samuel se apresuró hacia adelante, quejándose igual de fuerte, tratando de poner fin a sus travesuras, pero los niños simplemente esquivaban sus brazos extendidos, continuando el juego.

Gritar a los gemelos nunca funcionaba realmente y obviamente habían estado encerrados en un carruaje durante demasiado tiempo. Rebecca se quedó de pie tranquilamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, y esperó a que la notaran.

Cuando por fin la miraron, susurró los nombres de los gemelos con su voz más firme.

Ambos niños se quedaron helados y corrieron hacia ella apresuradamente.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Para qué son las sillas de su abuelo?

—Para sentarse —respondieron con una sonrisa.

Ella arqueó una ceja y de repente se hundieron en el borde de la misma silla.

—Mucho mejor. Ahora, ¿dónde se colocarán las sillas en las que *sí* pueden subirse?

—En el jardín, para no lastimarnos cuando inevitablemente nos caigamos —respondieron al unísono.

—Exactamente. No empecemos esta visita con uno o ambos confinados en la cama con un hueso roto.

Ambos niños intercambiaron una larga mirada silenciosa de horror.

—Ahora, permítanme recordarles que los muebles de la mansión deben cuidarse adecuadamente. Lo que está afuera, en su área del jardín, es para jugar —continuó, notando que Fanny se había sentado en una silla, la más cercana a la puerta—. Quiero que coman hasta saciarse de este excelente almuerzo mientras yo hago los arreglos para que se instalen sus diversiones afuera —les lanzó una mirada severa—. Nada de peleas con espadas de muslos de pollo en esta habitación mientras no estoy. ¿Entienden?

Asintieron muy rápidamente, mirando de reojo la ventana cercana.

—Sí, tía Becca.

—Niños —dijo su padre con severidad, y sus cabezas giraron bruscamente.

—Lo sentimos mucho, tías. Padre.

—Así está mejor —insistió Samuel—. Ahora coman para que tengan energía para jugar más tarde.

Los niños se abalanzaron sobre la comida como si estuvieran muertos de hambre. Mantenerlos a raya era una ocupación a tiempo completo. Con la boda y los invitados esperados, su padre no podría pasar cada momento despierto con ellos. Ella tampoco. Eran almas tan inquietas, mucho más que cualquier niño del que hubiera oído hablar.

Salió cuando notó que su doncella estaba esperando. Nancy había estado alrededor de los niños antes y parecía imperturbable ante sus travesuras.

—Nancy, ¿puedes asegurarte de que el ama de llaves sepa que los gemelos están aquí y que necesitan que se instalen sus diversiones tan pronto como sea posible?

—¿Podemos ayudar también? —ofreció el menor de los gemelos, apareciendo de repente junto al codo de Rebecca.

—Por supuesto que pueden y lo harán, Tommy. Pero aún no.

Rebecca llevó al niño de vuelta a la habitación y lo instó a sentarse y comer de nuevo junto a su hermano. Luego se volvió hacia Fanny, que se había desplomado en una silla lateral.

—Debes estar fatigada por el viaje.

—En efecto —Fanny estaba observando a los niños con una expresión cautelosa—. Creo que aprovecharé la tranquilidad para cambiarme antes de que nos encontremos con el duque y la duquesa.

—Por supuesto —Rebecca estuvo completamente de acuerdo—. Haré que te envíen una doncella lo antes posible.

Samuel se cubrió la boca y soltó una risita tan pronto como Fanny se fue.

Rebecca trató de no reírse también. —¿Cómo sobrevivió el viaje con ellos?

—Nunca la dejé sola con ellos e hice que los caballos flanquearan el carruaje. Los chicos pasaron la mayor parte del viaje con la cabeza fuera de la puerta abierta o con la cara pegada al cristal.

—Ay, Dios. —Rebecca frunció el ceño, recordando el comentario anterior de Fanny sobre por qué había viajado con Samuel—. ¿Y qué te compró *ella* esta vez?

—Nada que yo aceptara.

Aunque tenía curiosidad, Rebecca no insistió.

Cuando los niños parecieron haber terminado de picotear la comida, Rebecca los entregó felizmente a un par de jardineros de carácter fuerte que podían soportar los gritos. —Diviértanse, mis queridos. Saldré a reunirme con ustedes pronto.

Se paró junto a la ventana y los despidió con la mano.

Samuel se unió a ella, aún masticando un sándwich. —Ya no tienes que ser su madre, ¿sabes? Me dicen que ahora son todos unos adultos.

—¿Adultos a los seis años? Jamás. Siempre disfruto cuidarlos —le dijo con un toque de nostalgia.

Alguien se aclaró la garganta detrás de ellos. —Lord Samuel. Señora Warner. ¿Los estamos molestando?

Rebecca se dio la vuelta. ¡Lord Rafferty de nuevo! Su hija estaba con él, así que tuvo que sonreír. —En absoluto. Pasen, por favor. ¿Les apetece un té? ¿Un sándwich?

—Nada para mí, gracias —dijo Lord Rafferty, pero Lady Ava pidió té. Cuando Samuel y Rafferty salieron de la habitación, Rebecca ayudó a Lady Ava a elegir un pequeño trozo de pastel del aparador también.

Rebecca sirvió té para ambas y se sentó mientras la niña comía hasta saciarse.

Lady Ava la miró tímidamente. —¿Puedo quedarme contigo esta tarde?

—Me temo que encontrarías mi tarde muy aburrida.

Cuando el rostro de Lady Ava se entristeció, sonrió amablemente. —En realidad, estoy esperando a una visita muy pronto. Alguien de tu edad, además. ¿Conoces a la señorita Olivia Hawthorne?

Ava negó con la cabeza.

—Su padre es un caballero y viven cerca de aquí. Su madre es una buena amiga de la duquesa. Es una de seis hermanas, y la he invitado especialmente para que te conozca.

Rafferty volvió a la habitación, sonriendo. —Fue muy amable de su parte arreglar eso. Gracias.

Rebecca consideró a la niña un momento más. Lady Ava se había cambiado a un hermoso vestido después de su paseo. Sin embargo, no era un vestido para jugar. —¿Por qué no subes a tu

habitación y te cambias a ese vestido de muselina azul con lunares que trajiste? Nancy estará encantada de ayudarte a cambiarte si tocas la campana para llamarla. Te mandaré a buscar tan pronto como lleguen los Hawthorne.

Llena de emoción ahora, Lady Ava la abrazó impulsivamente y luego salió corriendo por la puerta sin decir una palabra de despedida a su padre.

Rebecca encontró su mirada, un poco avergonzada por haber manejado a la niña sin su permiso. —Me disculpo. Debería haber preguntado primero si le molestaba la conexión, mi lord.

—Realmente piensa en todo. —Ocupó el lugar de Ava en la mesa—. Yo también debería disculparme. Mi comentario sobre su difunto esposo fue desconsiderado y lamento si la lastimé.

—Aceptado —susurró, deseando que lo dejara así y se fuera.

Rafferty se quedó. —He estado estrujándome el cerebro toda la mañana tratando de pensar en formas de entretener a Ava en los próximos días. No me molesta la conexión, pero solo conozco a la mayor de las Hawthorne de vista. Natalia, ¿no es así?

—Sí. La señorita Natalia es la mayor de las seis niñas. La señorita Olivia Hawthorne tiene más o menos la edad de Lady Ava, es la tercera hija y tiene tendencias intelectuales. —Rebecca sonrió rápidamente—. No será una mala influencia para su hija.

—Bien.

Rafferty capturó su mirada y la sostuvo tanto tiempo que ella se sintió acalorada por completo. Rebecca sintió que su cuerpo respondía a esa mirada a pesar de sus mejores intenciones. Resistió el impulso de cambiar de posición en su silla. No le daría la satisfacción de saber que su coqueteo la afectaba. Solo lo alentaría a volverse más atrevido. —¿Adónde fue Samuel?

—No dijo adónde, solo que regresaría para la hora de la cena.

Rebecca frunció el ceño ante la noticia. Había esperado pasar más tiempo con su hermano. No lo había visto en mucho tiempo. —Muy bien.

Los labios de Rafferty se crisparon. —¿Qué hará el resto del día, señora?

—Muchas cosas.

Él sonrió ampliamente, sin desanimarse por su falta de claridad. —¿Le importa si le hago compañía?

—Sí me importa. Solo me distraerá.

—Ese era todo el punto —dijo, y luego se rió suavemente—. Pero para compensar por haberla molestado antes, la dejaré en paz hasta la cena para que no tenga más razones para estar enfadada conmigo hoy.

—Gracias —dijo ella, aliviada de que se fuera tan fácilmente y de que se hubiera disculpado.

CAPÍTULO SIETE

Los hijos gemelos de Lord Samuel pasaron corriendo junto a Adam al día siguiente. Un minuto después, ambos corrieron en la dirección opuesta. Y así continuó durante la siguiente media hora hasta que Adam deseó no haber abandonado la bebida. Le costaba seguir el ritmo de las idas y venidas de los niños.

No ayudaba el hecho de que parecían idénticos en todos los aspectos: apariencia, vestimenta, incluso el corte de pelo era el mismo. Adam dio gracias por tener solo una descendiente a la que vigilar, y que ella estuviera ocupada en otro lugar en ese momento.

Los invitados deambulaban por el césped, disfrutando de la agradable tarde y de las bebidas dispuestas en una mesa cercana. Entre los invitados se encontraba Lady Morgan, la esposa de un vizconde a quien conocía desde hace muchos años. Ella le llamó la atención con la mirada. Adam la saludó, y se acercaron para hablar.

—Lady Morgan.

—Lord Rafferty. Qué agradable sorpresa encontrarlo aquí.

Él besó su mano extendida. Lady Morgan era unos años más joven que él. Estaba bien conectada y era muy agradable a la vista. Consideraba a su esposo un excelente amigo.

—No podía perderme una ocasión como esta. Whitfield finalmente cediendo y renunciando a su soltería. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Ninguna dama que alguna vez intentó llamar su atención —respondió ella con una suave risa—. Ha frustrado a muchas de mis amigas a lo largo de los años. Al igual que usted, milord.

—¿Yo? Yo estaba casado.

—Pero ya no lo está.

Los gemelos de Lord Samuel se abalanzaron hacia ellos, y Adam se movió para proteger a Lady Morgan. Los niños se separaron y corrieron alrededor de ellos, dirigiéndose hacia el otro lado del jardín. Él se apartó de Lady Morgan tan pronto como pasó el peligro.

—Este año está un poco agitado.

—Ya lo veo —la mujer se estremeció—. Ahora, ¿qué estaba diciendo? Ah, sí. Ya es hora de que se case de nuevo. Recuerde que necesita un heredero.

Él se encogió de hombros. A Adam le gustaría tener un hijo, pero esperaba que fuera más tranquilo que el par que ahora daba vueltas por el césped.

—Vamos. No es propio de usted ser tímido cuando se trata de mujeres.

—Me estoy tomando unas vacaciones —echó un vistazo a la reunión y notó una ausencia evidente—. ¿Dónde se ha escondido su esposo? No creo haberlo visto desde el primer desayuno.

Lady Morgan se encogió de hombros.

—Sospecho que ha ido a los establos otra vez para admirar ese par de jóvenes castrados que Lord Samuel trajo consigo ayer. Creo que tiene la intención de hacer una oferta, aunque me temo que es una misión inútil.

—Nunca lo sabremos hasta que lo intente —sugirió. Pero Adam apostaría a que Lord Samuel no vendería caballos que habían sido un regalo para sus hijos de parte de su tía—. ¿Cómo están sus hijos?

La mirada de Adam se posó en los gemelos de Lord Samuel mientras se servían ponche.

—Bendecidamente en casa bajo la atenta mirada de la viuda. Oh, mire el desastre que están haciendo —se quejó Lady Morgan.

—Sí —dijo él—. Mi hija está aquí este año.

—Sí, la vi antes en el pasillo con la señora Warner —Lady Morgan se inclinó más cerca—. Debe ser elogiado, milord. Su hija es un encanto. Me recuerda tanto a su difunta esposa. Tan entusiasta.

Adam trató de no hacer una mueca.

—Aún es joven.

—Cierto —Lady Morgan frunció los labios—. ¿Ha pensado en emplear a una acompañante o institutriz para guiar su educación en los próximos años?

—Tiene suficientes sirvientes en casa.

—Las criadas del campo no saben cómo preparar a una niña para conseguir un marido.

Adam miró a Lady Morgan alarmado.

—Apenas tiene diez años.

—Nunca hay tiempo suficiente en la vida de una niña para aprender todo lo que necesita antes de convertirse en mujer. Las responsabilidades de dirigir un hogar y apoyar a su cónyuge en sus actividades pueden ser abrumadoras para mujeres de cualquier edad.

—Supongo.

En ese momento, Rebecca apareció en el césped a cierta distancia. Estaba sola. Adam no había visto mucho más que la parte posterior de su cabeza durante todo el día. Había estado inclinada sobre su escritorio más temprano esa mañana, y Adam se había detenido en la puerta, dudando en interrumpir su trabajo. Le complacía saber que había pasado un poco de tiempo con su hija. Eso era lo que él había esperado.

Lo que no le agradaba darse cuenta era que Rebecca apenas pasaba tiempo disfrutando de sí misma o de la fiesta. Por más que lo intentara, no podía recordar si en el pasado ella había sido de otra manera. Pero el resto de la familia se había estado divirtiendo sin ella, paseando por los jardines y riendo sin cesar.

Rebecca miró una vez en dirección a Adam, pero continuó su camino sin detenerse a hablar. Cuando desapareció entre los arbustos más allá de la reunión, Adam se sintió intrigado. ¿Acaso no tenía la intención de pasar ni un momento sin hacer nada?

Adam se disculpó con Lady Morgan y siguió a Rebecca.

Al principio casi la pierde de vista. Rebecca se había metido en un hueco en un seto.

Él retrocedió y la miró fijamente.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Shh —siseó ella—. Lo arruinarás todo.

Desconcertado por su declaración, apartó la mirada brevemente y vio a los gemelos de Lord Samuel corriendo en su dirección. No parecía que fueran a detenerse, así que contuvo la respiración y levantó los brazos. Pasaron a su alrededor como la marea, disculpándose, pero siguieron corriendo sin parar. Bajó los brazos lentamente, temiendo que regresaran en cualquier

momento.

Una suave risa llegó a sus oídos y se volvió. Rebecca salió con cuidado de los arbustos, sacudiéndose ramitas y demás de los hombros y el cabello, pero sonriendo.

—Creo que tu presencia los distrajo, Rafferty. ¡Bien hecho!

—¿Estás jugando al escondite?

Ella asintió.

—Segunda vez hoy. ¿Nunca juegas con Ava?

—Fiestas de té —confesó lentamente—. Es un poco vergonzoso.

—No para ella. Un poco de tontería de vez en cuando es buena para el alma.

Se sacudió las manos y se volvió hacia la mansión.

—¿Adónde vas ahora?

—Vuelvo adentro.

—Eso es hacer trampa. Entrar es hacer trampa —protestó Adam.

—Bueno, no. No exactamente. Jugamos con reglas diferentes a las de otros. A los gemelos se les da una oportunidad de notarme, pero si no me ven la primera vez que pasan, se me permite moverme a un lugar más cómodo. Saben que eventualmente volveré a mi salón.

Un juego extraño, pero con dos niños activos, concluyó que podría ser difícil jugar con las reglas ordinarias. —Si sabe que la encontrarán, ¿por qué no quedarse afuera y disfrutar del día de verano con todos los demás?

Ella negó con la cabeza. —Todavía tengo mil cosas por hacer, milord.

Él frunció el ceño. —No está disfrutando de la fiesta que ha organizado, casi por sí sola, según parece.

—Su gracia necesita descansar lo más posible, pero por favor, no le diga a mi padre que dije eso.

—Él se preocupa —Adam negó con la cabeza—. Pensé que me estaba evitando.

—¿Por qué haría eso?

—Usted sabe por qué —le lanzó una mirada dura y se acercó más. La mujer manejaba a todos muy bien, pero apenas pensaba en sus propias necesidades. Ningún miembro de su familia parecía preocupado por que ella se estuviera perdiendo la fiesta, pero él ciertamente lo estaba. Estudió su tez. Clara y hermosa. Tal vez no le gustaba estar al aire libre—. Vuelva conmigo. Le traeré un vaso de lo que quiera y le buscaré una silla a la sombra si lo prefiere.

—Preferiría que no.

—Un paseo entonces.

Ella iba a negarse, pero él la interrumpió rápidamente. —¿No hay algo más afuera que deba revisar?

Ella pensó un momento. —Quería saber cómo iban las reparaciones del carruaje.

—Bueno, ahí tiene. Podemos caminar juntos hasta los establos y usted puede tachar otro elemento de esas interminables listas suyas. Podemos hablar de camino allí y de vuelta.

—¿Hablar de qué?

Él buscó rápidamente un tema inofensivo y la instó a avanzar hacia los establos. —De Ava.

Su ceja se alzó con sorpresa, pero se puso a caminar.

—Se me sugirió que debería emplear una dama de compañía para la niña.

—Puede hacerlo, por supuesto. Aunque... —Rebecca pensó un momento—. Todavía es un poco joven para una dama de compañía. Una institutriz con experiencia sería una mejor opción.

—¿En qué exactamente debería tener experiencia la institutriz?

Ella lo miró sorprendida. —¿Realmente me está pidiendo consejo sobre cómo criar a su hija?

—Bueno, usted ha estado en el mercado matrimonial antes. Sin duda ha aconsejado a docenas de jóvenes. Sabe lo que se espera durante la temporada.

Ella parpadeó y luego frunció el ceño. —¿Está diciendo que soy vieja, milord?

Él ladeó la cabeza. —Usted entendió perfectamente mi intención, señora. No finja ofenderse porque noté que es un poco mayor e infinitamente más sabia que una tímida debutante.

Una suave risa escapó de sus labios. El rostro de Rebecca se iluminó por completo mientras asimilaba su descripción de ella. Debería reír más a menudo, decidió. Adam rara vez había oído reír a Rebecca, o le había dado razones para hacerlo, ahora que lo pensaba. Parecía una mujer completamente diferente cuando estaba feliz.

Ahora tenía que retrasar su regreso a la casa a toda costa. —¿Y bien?

—La próxima primavera es lo más pronto que recomendaría contratar una nueva institutriz. Déjela disfrutar un año más sin pensar en el futuro. Luego, una institutriz y un instructor de baile son esenciales antes de que siquiera considere en qué año lanzarla a la sociedad.

—Bien. Bien. Entonces tengo mucho tiempo.

—Sin embargo, no es prudente ser complaciente con su educación.

—¡No lo soy! —protestó él.

—No sabe nada de francés —Rebecca le lanzó una mirada severa—. Tampoco tiene amigas de su edad.

—Tiene amigas en casa —protestó—. Y usted le consiguió otra ayer.

—¿Amigas cuyos padres tienen título y no son arrendatarios de su finca?

—Ah, bueno, no. Tiene razón en eso entonces. Yo solo tenía a los niños de la finca cuando crecía.

—Yo tenía a mis hermanas y hermanos e hice amigos a través de esas conexiones. Pero una hija única, una niña, sin hermanos ni madre, necesita una conexión más amplia con miembros de la aristocracia.

—Parece llevarse bien con usted.

La expresión de Rebecca se volvió divertida. —Si no va a tomar mis sugerencias en serio, milord, me iré sola.

—Oh, no lo hará. La acompañaré a los establos —Llegaron a los establos poco después. El vasto y extenso edificio bullía de actividad a esta hora del día—. Espere aquí mientras busco a alguien para usted.

Se adelantó, notando que Rebecca no había discrepado con él por una vez. Encontró al caballerizo y lo llevó de vuelta con Rebecca para que lo interrogara. Parecía que el carruaje no estaría listo pronto. —Lo siento, señora. Aún queda mucho trabajo por hacer.

—No es culpa suya, señor. Gracias.

Se volvieron hacia la mansión, pero Rebecca parecía perdida en sus pensamientos.

—¿Qué sucede?

—Nada —dijo rápidamente—. Tengo que volver a mi trabajo.

Él la tomó del brazo. —Se está convirtiendo en esclava de su familia.

Ella lo miró boquiabierta en un silencio atónito. Tragó saliva. —No es así.

—Creo que sí. Está actuando en nombre de la duquesa en todo. Esta es la casa de su padre, y él tiene una esposa que debería estar organizando esta fiesta de bodas.

—Ha estado muy enferma.

—Bueno, hoy no lo está —señaló en dirección a los invitados que había dejado atrás—. Su gracia está allí, tomando el sol y riendo junto con el resto de su familia. También están sus hermanas.

Rebecca apartó la mirada.

—Todos están disfrutando de un evento por el que usted ha trabajado como esclava durante casi una semana —se acercó un poco más pero bajó la voz—. ¿No cree que merece más que convertirse en una sirvienta de su propia familia?

Su mandíbula se tensó, pero no discutió con él. Rebecca parecía empeñada en hacerse indispensable para el duque y la duquesa por alguna razón que él no lograba comprender. La mujer tenía su propia vida. También podría tener un marido e hijos si se lo propusiera. Estaba destinada a algo más que esto.

—Veo cómo es usted con su familia. Los ama, eso es obvio, pero ¿la aman ellos tanto a usted? ¿Dónde está el límite entre hacer lo que cree que es su deber y disfrutar de un poco de independencia? ¿Cuándo va a ponerse usted en primer lugar?

Ella liberó su brazo de su agarre.

—Usted no sabe nada de mi vida.

—Bueno, estoy intentándolo, maldita sea —Se acercó más—. Es usted la moza más irritante que he tenido la desgracia de encontrar atractiva. La seduciría aquí mismo en el jardín si no pensara que se culparía a sí misma por disfrutar un momento de consuelo en mis brazos.

Su ceño se frunció mientras apretaba la mandíbula. Adam esperaba que lo pusiera en su lugar en cualquier momento. Sin duda había dado en el clavo. Rebecca Warner pertenecía al centro de atención, no a las sombras.

Ella asintió, pero luego negó con la cabeza.

—Le ruego me disculpe, milord. Tengo un juego al que volver, y eso no es un deber, se lo aseguro.

—Todo excepto el placer es un deber. Oh, qué demonios. Puede que nunca vuelva a encontrarla sola —susurró.

Tomó su rostro entre sus dedos, levantó su barbilla y plantó un beso prolongado en sus labios allí mismo en el jardín. Se retiró lentamente, vio la sorpresa en sus ojos y luego la besó de nuevo para asegurarse.

Ella lo miró fijamente, con los labios entreabiertos y húmedos, durante un minuto completo en silencio después. Él pasó su pulgar por su boca mientras la soltaba.

—Ahora sabe lo que podría ser suyo si tan solo dijera la palabra.

Cuando ella aún no la pronunció, Adam ejecutó una elaborada reverencia, giró sobre sus talones y regresó a la fiesta.

Rebecca Warner no había respondido como él quería. Quizás nunca lo haría, pero una cosa *sí* sabía: Rebecca Warner estaba destinada a ser infeliz, y no había una maldita cosa más que él pudiera hacer al respecto.

CAPÍTULO OCHO

Rebecca tragó saliva mientras Lord Rafferty se alejaba enfadado.

¡Dios mío, qué beso!

Levantó los dedos temblorosos hacia sus labios, dolorosamente consciente de la sensación desconocida de deseo que aún corría por sus venas. Ciertamente había pasado bastante tiempo desde que la habían besado, y aún estaba en shock. No había estado preparada. No había sabido cómo responder a Rafferty en absoluto.

Rebecca nunca se había involucrado en intimidades hasta después de casarse. Warner nunca la había besado en ningún lugar que no fuera su propia cama. Después de su muerte, no había vuelto a ser cortejada ni siquiera había recibido un flirteo serio, hasta que Rafferty la distinguió tan repentinamente.

Sintiéndose confundida, Rebecca corrió de vuelta a la seguridad de su pequeño rincón en Stapleton Manor y cerró la puerta tras de sí. Luego, encontró una silla y puso la cabeza entre las manos.

¿Qué iba a hacer ahora con Rafferty? Ella no había pedido ser besada, nunca lo había alentado y había hecho todo lo posible por ignorar sus atrevidos coqueteos.

Pero después de ese beso, no podía entender por qué lo había hecho.

Admitidamente, Rafferty no era un hombre del que ella aprobara en general. Era demasiado ruidoso, demasiado borracho con demasiada frecuencia. Aunque, había notado que había consumido menos licores de lo habitual.

Pero, ¿por qué demonios intentaría seducirla ahora?

Mientras estaba sentada allí, presa de la indecisión, oyó un sonido extraño. El roce de algo que se arrastraba por el suelo detrás de su silla era demasiado claro.

Levantó la cabeza lentamente y se giró.

Lady Ava, en el proceso de arrastrarse por el suelo de parquet, se quedó congelada a medio camino de la puerta. La chica visiblemente se encogió ante ella. —Hola —susurró.

Rebecca se sentó más erguida. —Hola.

La chica se lamió los labios. —Por favor, no le diga a mi papá que me vio aquí.

Rebecca se puso de pie cuando la chica se dirigió de nuevo hacia la puerta. —Detente. Levántate.

Lady Ava se puso de pie, con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos.

Rebecca se acercó a ella lentamente. —Nunca dejes que te vuelva a pillar haciendo eso.

—No lo estaba haciendo. Solo... me escondí cuando usted entró.

Bueno, obviamente. —¿Y estabas intentando escabullirte de mí sin que lo notara a gatas?

La chica asintió. —Sí.

Suspiró. —Siempre serás notada. Eres la hija de un conde. Ven aquí y déjame ver tu vestido.

La chica miró a Rebecca con resignación y se movió para pararse frente a ella.

Rebecca rápidamente sacudió las faldas de la chica. —Ahí está, eso está mejor.

—¿Va a decírselo a mi papá?

—No lo he decidido. —Puso las manos sobre los hombros de la chica y la hizo sentarse en el sofá—. ¿Por qué no estás arriba con tus estudios?

—Todos están afuera menos yo —dijo la chica en voz baja.

—Ah —dijo Rebecca lentamente. Recordaba lo que era quedarse fuera de los juegos que jugaban sus hermanos. Pero ella siempre había tenido a sus hermanas para hacerle compañía—. ¿Qué haces normalmente en casa durante el día?

—Nunca tengo que quedarme en mi habitación todo el día si no quiero. Tengo un poni para montar, y practico con mi espada. —Lo último lo dijo muy quedamente.

—Yo hacía algo muy parecido cuando era niña —confesó.

La chica la miró con una expresión de asombro. —¿Usted también practica esgrima?

—Lo hice una vez, pero lo dejé. Mis hermanos me enseñaron un poco, y aprendí el resto observándolos.

La chica se removió hacia adelante en su silla. —A papá no le gusta mucho que hable de esto, pero ¿me enseñaría?

Rebecca consideró a la chica y asintió lentamente. —Tengo algo de tiempo libre después del almuerzo.

Lady Ava rebotó en su silla. —¡Gracias! No sé cómo podré esperar. No se olvidará de mí, ¿verdad?

Rebecca se preguntó con qué frecuencia otros habían olvidado a esta chica y la habían decepcionado. Extendió la mano y acarició el largo cabello de la chica. Debería estar atado pulcramente para evitarle el dolor de que se le formaran nudos. Necesitaba una madre. Rafferty debería haberse vuelto a casar hace años. —Yo misma te recogeré cuando todo esté listo. Lo prometo.

Rebecca se volvió al oír el sonido de pasos que se apresuraban hacia ellas. A medida que se hacían más fuertes, supo quién venía. Sonrió, y unos momentos después los gemelos abrieron la puerta de un tirón, escanearon la habitación y luego corrieron para ser los primeros en tocarla.

—¡Te encontramos, te encontramos! —cantaron. Luego, el par le agarró las manos e intentó alejarla de Ava.

Rebecca se resistió.

—Vamos, tía Becca. Queremos jugar otra vez.

—Con cuidado —les recordó—. Mis queridos niños.

Pero estos no eran sus hijos. Solo podía quererlos hasta que fuera el momento de devolverlos. Aunque necesitaban desesperadamente una madre, Rebecca no era la indicada. Eran responsabilidad de Samuel, y algún día debería volver a casarse. Esperaba que lo hiciera pronto. Entonces no estaría solo.

No como ella estaba destinada a estar.

Rebecca tuvo problemas para respirar por un momento cuando la verdad la golpeó con fuerza.

Rafferty tenía razón. Las decisiones que había estado tomando con su vida asegurarían que siempre estaría sola.

Rebecca dependía de sí misma y solo de sí misma. Había disfrutado de su independencia

desde que se convirtió en viuda. Rebecca podía ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa y decir casi cualquier cosa sin tener que dar cuenta de sus acciones.

Pero podía ser una vida muy solitaria. Había hecho amigos, pero a veces los amigos no eran suficientes. Tenía buenas razones para desconfiar de los caballeros, pero al hacerlo también se estaba negando la vida para la que había nacido.

Rebecca aspiró bruscamente. No podía permitir que eso sucediera, y no había ninguna buena razón por la que debiera permanecer sola el resto de su vida.

Los niños la miraban con expresión preocupada, así que sonrió a los gemelos y luego alisó su cabello desordenado una vez más. —¿Por qué no vais a buscar a vuestro padre y le pedís que juegue con vosotros?

—¡Pero te queremos a ti!

—Hoy no, mis amores. —Miró a Lady Ava, sin madre y solitaria, igual que ella. Podían ser amigas, como Lord Rafferty sugirió, pero eso no era suficiente para ninguna de las dos. Era hora de dejar de esconderse del riesgo de ser herida.

Los invitados pronto irían a almorzar, y Rebecca se reuniría con la fiesta. Disfrutaría, y vería si el conde estaba realmente interesado en ella. —Tengo que ir a un sitio pronto.

El más joven de los dos se acomodó en su regazo, haciendo pucheros. —¿Estás cansada de nosotros como la tía Fanny?

—Oh, nunca crean que podría cansarme de ustedes, par de pilluelos —Rebecca los atrajo hacia sí y los abrazó con fuerza—. Siempre los amaré a los dos. Nunca lo duden.

Los soltó, pero tomó sus manitas. —¿Qué les parece si vamos juntos a buscar a su padre? Tal vez podamos convencerlo de llevarlos a nadar. Todavía les gusta mojarse, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Sí!

Hizo un gesto a la hija de Lord Rafferty. —Lady Ava, ¿le gustaría salir con nosotros?

—Sí, pero ¿qué dirá papá si me ve?

Sonrió. —Estoy segura de que a Rafferty no le importará solo por esta vez.

Tardaron solo unos momentos en regresar al jardín y, como había previsto, los invitados se estaban moviendo, listos para volver a la mansión para el almuerzo. Con los gemelos a su lado y Lady Ava siguiéndola de cerca, Rebecca se abrió paso entre la multitud hasta que encontró a Samuel. Estaba hablando con Lady Morgan, y ella esperó hasta tener su atención antes de hablar. —Los niños están ansiosos por visitar el lago para chapotear.

Samuel intercambió una sonrisa irónica con Lady Morgan. —No tiene que decirme a dónde los lleva, señora Warner. Confío en usted con ellos, siempre.

Rebecca negó con la cabeza firmemente. —Sería mejor si *usted* fuera con ellos.

Lady Morgan se acercó a Samuel, abanicándose lánguidamente. —Un chapuzón en el lago suena muy tentador, milord. Hace tanto calor hoy.

¿La vizcondesa pretendía unirse a ellos? Eso no era lo que quería oír. Lady Morgan estaba casada. —Tal vez podría pedirle a su esposo que la lleve más tarde.

—Pero por supuesto que puede venir con nosotros —accedió Samuel.

La sonrisa en el rostro de Lady Morgan desapareció de repente.

Rebecca casi se ríe del cambio de expresión de la mujer. Su hermano realmente debería tener más cuidado con las mujeres casadas con maridos mayores. Muchas se aburrían de las elecciones que habían hecho en sus vidas y buscaban la atención de otros.

Samuel sonrió. —Cuantos más, mejor, siempre digo.

Rebecca se apartó mientras los niños bombardeaban a su padre con preguntas sobre la visita al lago y quedó bastante claro que su viaje era inminente. Les deseó una tarde agradable juntos y

se dirigió hacia la mansión.

La mano de Lady Ava se deslizó en la suya. —¿Qué puedo hacer esta tarde?

—Bueno —comenzó, pero se detuvo cuando vio a Lord Rafferty viniendo desde la dirección de la casa. Pareció molesto al verla, pero luego la expresión desapareció cuando notó a su hija. Rebecca se acercó a Rafferty lentamente, un poco insegura de qué decirle ahora. No podía ser grosera con el primer hombre que había querido besarla desde la muerte de su esposo.

La mano de Lady Ava se soltó de la suya cuando llegaron a él.

Él miró fijamente a su hija. —¿Qué estás haciendo afuera?

—Perdóneme, milord —interrumpió Rebecca antes de que la niña pudiera responder—. Pensé que a Lady Ava le gustaría disfrutar de la fiesta, así que la saqué de sus estudios.

Su ceja se arqueó con sorpresa. —¿Es eso cierto?

—Sí, en efecto —mintió.

Rafferty pareció poco convencido, pero se encogió de hombros. —¿Todavía está jugando con los gemelos?

—Oh, no. Ahora no. Los niños se han llevado a su padre al lago, y lo más probable es que chapotearán en las aguas poco profundas hasta que se ponga el sol.

Rafferty miró más allá de ella. —¿No la invitaron a ir con ellos?

Ella miró a Rafferty a los ojos. —Fue idea mía que fueran sin mí. Pensé que ya era hora de que me uniera a los demás.

Los labios de Rafferty se crisparon. —¿Ya terminó de organizarnos a todos?

—Esa es una tarea que podría no tener fin, milord.

—Cierto —Se volvió hacia su hija—. De vuelta a la habitación de los niños, mi niña. Tu almuerzo te está esperando.

—Sí, papá —prometió—. Gracias por pensar en mí, señora Warner.

Lady Ava hizo una reverencia y desapareció adentro.

Sintiéndose repentinamente incómoda, Rebecca bajó la mirada. No era una sensación agradable estar insegura de qué decir. Rebecca no tenía experiencia coqueteando con un caballero.

Rafferty, sin embargo, parecía impermeable a la incertidumbre. —¿Entramos juntos?

Ella levantó la mirada rápidamente. —Me gustaría eso.

—Sé que acaba de mentirme para proteger a Ava —murmuró después de unos pasos—. Mi hija escapó por sí sola, ¿no es así?

—No se enoje con ella. Estaba sola y podía ver a los gemelos jugando afuera. Técnicamente, nunca salió de la casa hasta que la llevé afuera conmigo.

Rafferty gruñó. —Por esto es que aún no tengo otra esposa. Siempre sospeché que conspiraría contra mí en cualquier escenario que involucrara las travesuras de mi hija.

Ella quería reír, pero no se atrevió. —Las esposas y las hijas tienden a mantenerse unidas.

—¿Recuerda a su madre?

Se sorprendió por la pregunta. —Algunas cosas, pero no lo suficiente, en realidad.

—Ava no recuerda a su madre en absoluto —admitió.

—Era muy joven cuando su esposa falleció —Rebecca se humedeció los labios—. Tal vez debería casarse para que ella pueda tener una madre de nuevo.

Rafferty se atragantó y luego tosió. —Lo he considerado, pero... estas cosas no pueden apresurarse.

—Cierto —estuvo de acuerdo—. Es una decisión trascendental contraer un segundo matrimonio.

—En efecto.

Entraron juntos al comedor. Muchos ya estaban reunidos alrededor del aparador y no se percataron de su llegada. —Hoy es un almuerzo tipo buffet, milord, y puede sentarse donde guste —le dijo a Rafferty.

—Excelente —murmuró antes de dirigirse hacia el aparador y los sirvientes ansiosos por atender sus deseos.

Rebecca echó un vistazo a la reunión, notó que todo estaba en orden, y luego siguió a Rafferty, esperando su turno para ser servida. Él no la reconoció y se volvió hacia la mesa del comedor. Rebecca eligió solo un poco de la comida ofrecida, y luego se volvió hacia la mesa también.

Lord Rafferty había decidido sentarse en la única silla vacía entre Lady Morgan y el señor Whitfield. Decepcionada de no poder sentarse junto a él y continuar su conversación, Rebecca se movió al extremo opuesto de la mesa, donde había espacio para ella.

Aunque la comida era excelente, Rebecca picoteaba su plato. La risa de Lady Morgan llegó a sus oídos, y levantó la mirada. Lord Rafferty se inclinaba hacia la vizcondesa, claramente disfrutando de lo que ella le estaba contando.

Un poco decepcionada por el interés de Lord Rafferty en Lady Morgan, una mujer casada, Rebecca apartó la mirada. ¿Qué debería haber esperado?

Por un momento había empezado a sentir simpatía por Lord Rafferty, pero él era un sinvergüenza, y los sinvergüenzas tenían gustos amplios cuando se trataba de mujeres. Ella no le había dado ningún tipo de aliento. No del tipo que él debía recibir habitualmente después de un beso, así que rápidamente había encontrado a alguien más a quien halagar.

Una nube de perfume envolvió repentinamente a Rebecca cuando Fanny se acomodó en la silla contigua.

—Ah, aquí está, señora Warner.

—Lady Rivers —dijo a modo de saludo a su hermana. No estaba de humor para discutir con Fanny hoy. Fanny era popular, especialmente entre los caballeros solteros.

Se sentaron una al lado de la otra, sin hablar durante varios minutos antes de que Fanny se inclinara cerca.

—¿Es eso un escándalo que veo formándose?

Rebecca siguió la dirección de la mirada de Fanny hacia el otro extremo de la mesa. El único escándalo posible sería si Lord Rafferty intentara seducir a una mujer casada y lo lograra.

—No veo nada.

—Por supuesto que sí. Creo que el matrimonio ha empezado finalmente a aburrir a Lady Morgan. Qué emocionante para ella.

Los ojos de Rebecca se abrieron con alarma.

—No digas eso.

Fanny se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Oh, sé que desapruebas que las mujeres tengan aventuras discretas, pero no todas nosotras despreciamos a los hombres como pareces hacerlo tú.

Rebecca miró a su hermana con sorpresa.

—No desprecio a los caballeros.

Fanny sorbió su vino, pero su expresión era evaluadora.

—Querida, tu ceño fruncido te delata cada vez que algún pobre hombre es amable contigo.

Las mejillas de Rebecca se encendieron de vergüenza y rápidamente miró a su alrededor.

—No frunzo el ceño tanto. Estoy pensando —insistió.

Fanny se rio suavemente.

—Siempre fuiste tan seria cuando éramos jóvenes. Esperaba que eso pudiera cambiar. Al menos nunca competiremos por el afecto del mismo caballero otra vez.

—¿Qué?

—Oh, vamos. Ya no hay necesidad de fingir. Sé que querías a River como tu esposo desde el momento en que lo conociste.

Rebecca se quedó boquiabierta.

—Eso no es cierto.

—Rebecca, querida, era obvio para todos que estabas destrozada cuando me propuso matrimonio a mí en lugar de a ti. Las cosas no han sido las mismas entre nosotras desde entonces.

Rebecca dejó su tenedor.

—¿Cómo puedes creer eso? Yo quería que *tú* te casaras con él.

—¿Es por eso que te asegurabas de bailar con él en cada baile? No lo creo.

Rebecca se giró en su silla y agarró el brazo de su hermana con urgencia.

—Sí, puede que haya bailado con él a menudo, pero era para poder decidir si me agradaba lo suficiente como para considerarlo una inclusión digna en la familia. Si no fuera un hombre decente, digno de casarse contigo, se lo habría informado a padre de inmediato.

Fanny pareció escéptica, pero luego chasqueó la lengua.

—Nadie te ha pedido jamás que te entrometas en nuestras vidas. ¿Y acaso te impedimos casarte con tu elección? No, no lo hicimos.

Rebecca contuvo la respiración con sorpresa cuando vio a Lady Ava asomándose por la puerta al otro lado de la habitación. La niña se escondió rápidamente, pero Rebecca estaba segura de que aún estaba allí escondida. Miró alrededor de la mesa, pero nadie se había dado cuenta, y menos aún su padre. Pero él todavía estaba ocupado coqueteando con Lady Morgan.

—Ya no me importa lo que hagas —dijo Rebecca distraídamente, vigilando a la niña.

Su padre no estaría contento de que ella lo hubiera desobedecido por segunda vez ese día.

Fanny suspiró.

—Oh, no te enfades.

Ava asomó la cabeza de nuevo, y cuando movió las cejas, Rebecca se atragantó con una risa.

Todos en la mesa miraron a Rebecca pero, para su alivio, Ava ya se había escabullido de la vista.

Rebecca se había reído porque la niña se parecía tanto a su padre que la había tomado por sorpresa. Miró hacia él y lo sorprendió apartando la mirada de ella.

Fanny le dio un codazo.

—¿Qué fue tan divertido?

—Oh, nada importante.

Esa niña iba a meterlas a ambas en problemas. Rebecca realmente no quería que Rafferty le gritara a Ava hoy, así que rápidamente se despidió de su hermana y fue a buscarla.

Una vez fuera del comedor, buscó a la niña por todas partes. Finalmente, un sirviente le preguntó si podía ayudarla.

—Parece que he perdido de vista a la hija de Lord Rafferty. Estaba justo aquí hace un momento.

El sirviente tragó saliva sospechosamente.

—¿Dónde se está escondiendo?

Él señaló detrás de ella, hacia la escalera de servicio.

Rebecca entró en la escalera, dejó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad y encontró a la niña apoyada contra la pared opuesta. Extendió su mano para que la niña la tomara.

—Si no vas a hacer lo que se te dice, vendrás conmigo.

Llevó a la niña a los cuartos de servicio. Las grandes cocinas bullían de actividad, y ella no las distrajo haciendo ninguna petición. Encontró las llaves de la bodega por sí misma, recogió una vela y abrió la puerta. Se deslizó dentro, arrastrando a la niña con ella.

—Aquí estamos.

—No me gusta aquí —dijo Ava inmediatamente.

La habitación era fría, cavernosa y cada paso que daban resonaba. Rebecca no había estado aquí en años.

Ava casi se aferraba a las faldas de Rebecca mientras esta buscaba sus posesiones almacenadas en los rincones oscuros, pero finalmente encontró lo que quería: una larga caja de madera escondida bajo un montón de sacos desechados. Abrió la caja y sonrió.

—Creo que esto podría hacerte cambiar de opinión. Mira.

Sacó un chaleco acolchado, uno que se usaba para protección, y le mostró a la niña lo que había debajo.

—¿Esto es tuyo?

—Sí, tenía más o menos tu edad la última vez que usé este chaleco. Padre insistía en que necesitaba protección de mis hermanos —Lo tomó de vuelta y ayudó a Lady Ava a ponerse la prenda, abrochando las correas firmemente—. ¿Qué te parece?

La niña giró en un círculo como si llevara un vestido nuevo y bonito.

—Es perfecto.

Entonces Rebecca deslizó sus dedos alrededor de la empuñadura de una pequeña espada descolorida y se la mostró a la niña también.

—¡No está hecha de madera. ¡Es justo de mi tamaño! —exclamó Lady Ava.

Rebecca asintió.

—Es solo para practicar.

Le entregó a Ava el arma por la empuñadura.

—Ella lleva protección, pero usted no, señora Warner —advirtió Lord Rafferty desde la puerta abierta—. ¿Está segura de que eso es prudente?

—¡Papá, mírame!

—Estoy buscando —mientras Lord Rafferty y su hija admiraban su acolchado, Rebecca encontró el viejo muñeco de práctica apoyado contra una esquina de la habitación y lo arrastró hasta el centro del espacio abierto.

Ava se apresuró a unirse a ella. —¿Para qué es eso?

—Los muñecos de práctica no sangran como tu padre o yo lo haríamos.

Ava se acercó al muñeco y lo golpeó una vez, torpemente. —¿Así?

—No. Déjame mostrarte cómo lo hacemos en Stapleton.

Rebecca tomó posesión del arma, recordando las instrucciones que le habían dado de niña. Al principio manejó la pequeña espada con cierta torpeza, pero pronto volvió a sentir la hoja. Avanzó hacia el muñeco y luego danzó a su alrededor, golpeando tan a menudo como pudo.

Lady Ava tenía razón. La esgrima era vigorizante, a cualquier edad.

Cuando se detuvo, Lord Rafferty aplaudió. —Esa fue una actuación por la que habría pagado por ver.

Un poco azorada por el cumplido, Rebecca le entregó el arma a la niña. En su renovada alegría por el deporte, había olvidado que tenía público. —Requerirá práctica, pero si te aplicas,

algún día podrías ser lo suficientemente competente como para enfrentarte a un oponente real.

—Esperemos que no —murmuró Lord Rafferty.

Ella miró en su dirección y notó una extraña sonrisa en su rostro.

Ese hombre. Quizás era por su tamaño, pero no podía apartar la mirada. Tenía el pecho ancho, más corpulento que la mayoría de los hombres en cualquier habitación. Tenía rasgos atractivos, no era guapo, pero parecía seguro. Confiado. Tal vez eso era lo que más notaba de él.

Él se acercó. —Uno de estos días, usted y yo tendremos que practicar esgrima.

—¿Cree que no tengo la habilidad para tomar su espada, milord? —preguntó ella.

Él se atragantó, y Rebecca de repente se dio cuenta de que lo que realmente había dicho tenía un escandaloso segundo significado. Cerró los ojos brevemente, y cuando los abrió de nuevo, la expresión de Lord Rafferty era de absoluto deleite.

Él avanzó un paso para susurrar: —Sé que puede tomarme. —Sus labios se curvaron—. Pero nunca sabremos qué tan bien encajamos hasta que me invite a su habitación. ¿Esta noche?

—¿Me viste, papá?

Rebecca se giró bruscamente, horrorizada de haber olvidado que la niña podía estar escuchando. —Estuviste maravillosa —prometió rápidamente.

—Sí, maravillosa —coincidió Lord Rafferty, pasando junto a Rebecca con un suspiro—. ¿Qué tal si le das a tu papá un turno con esa cosita?

Rebecca se encogió en las sombras, pero mantuvo su mirada en Rafferty mientras se movía.

Él seguía interesado en ella, pero tenía mucho que perder si lo descubrían en su alcoba o lo veían salir más tarde. El respeto de su familia era importante para ella. No podía desechar su moral simplemente por una noche en los brazos de Lord Rafferty sin considerar el futuro. Pero Rebecca no podía negar que la tentaba.

CAPÍTULO NUEVE

Adam levantó la mirada cuando la puerta de su alcoba se entreabrió con un crujido, y quedó completamente atónito al ver a Rebecca Warner entrar sigilosamente. La puerta se cerró en silencio tras ella, y él permaneció inmóvil por la impresión. ¿Qué demonios hacía Rebecca deambulando por la mansión en camisón o entrando en su habitación a estas horas de la noche?

Algo debía ir mal. —¿Qué ocurre? ¿Está bien Ava?

—Tu hija ya está profundamente dormida —le aseguró en un susurro—. Me cercioré de ello antes de decidir venir a verte.

Él se acercó, notando que Rebecca parecía ansiosa, retorciéndose las manos frente a ella. Estaba vestida para el dormitorio, con el cabello atado en una trenza suelta que le caía por delante del hombro hasta la cintura. —Si no es Ava, ¿entonces qué sucede?

—Nada va mal, mi señor.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Rebecca permaneció un momento junto a la puerta, con los ojos grandes y fijos en los de él, pero luego dio un solo paso en su dirección. —Pensé... Tú ofreciste... —comenzó, y luego apretó los labios.

Él había ofrecido compartir su cama, pero ella no lo había invitado. Había formulado su oferta de muchas maneras diferentes, y definitivamente había sido entendido. La había besado y tampoco había recibido reacción alguna. Seguro de que había fracasado, había hecho un último intento esa tarde, pero Ava había hablado, y no había vuelto a estar a solas con Rebecca desde entonces.

¿Se había equivocado completamente sobre sus posibilidades? ¿Rebecca había estado pensando en su sugerencia todo este tiempo y solo ahora había encontrado el valor?

Adam recorrió de nuevo a la mujer con la mirada, gustándole mucho lo que veía. Su cuerpo estaba oculto bajo metros de suave muselina blanca y encaje, pero eso no disminuía su atractivo. Apenas podía creer que la recatada y correcta mujer hubiera venido a su alcoba vestida así, o con el propósito que él esperaba. —¿Estás aquí por *mí*?

Su cabeza se inclinó rápidamente en un asentimiento.

Había subestimado a la mujer; podría sentirse tan sola como él, pero no estaba segura de lo que estaba haciendo. Eso era evidente en sus gestos nerviosos ahora.

—Bienvenida entonces —murmuró, y luego avanzó lentamente hacia ella.

Rebecca se mantuvo firme, pero él podía ver claramente su pánico. Estaba respirando demasiado rápido y no lo miraba a los ojos como solía hacer. Preferiría no tener a Rebecca en su cama si iba a arrepentirse después. —Sé que lo que te dije fue impactante. Soy un hombre

directo y te deseo. No esperaba que corrieras tal riesgo con tu reputación viniendo a mí de esta manera.

—Prefiero que sea así —susurró, y luego levantó la mirada—. No habrá malentendidos entre nosotros después.

—¿Te das cuenta de que no podrás alegar que no me deseabas, verdad?

Ella asintió. —Tú tampoco malinterpretarás mis intenciones. No me posees. Después de esta noche, nunca volveremos a hablar de esto.

Él frunció el ceño ante su petición. De joven, había intentado evitar enredos con amantes que esperaban un compromiso. Pero ahora era mayor y valoraba más a las mujeres de lo que lo hacía antes. ¿Y si quería otra noche con Rebecca? No estaba fuera del reino de lo posible que aún la deseara en su cama por la mañana.

Pero si ella decía que no, entonces era no, y él no discutiría. Si cambiaba de opinión después de esta noche, no se burlaría de ella ni la rechazaría. —Nadie debería poseer a nadie —prometió —. Ven aquí.

Y ella vendría muchas veces durante la noche si él se salía con la suya. Algo sobre la espinosa Rebecca siempre le había calado hondo. Quería hacer cosas indecentes con ella. Necesitaba hacerla gritar, hacerla gemir y suplicar que la deshiciera una y otra vez.

Ella dio un paso hacia él y se detuvo más cerca de lo que normalmente se atrevería en público.

Era pequeña, toda mujer era pequeña comparada con él, pero sus ojos estaban fijos en su pecho, y su brusca inhalación parecía bastante fuerte en la silenciosa habitación. Él observó el juego de emociones en su rostro. Ya había comenzado a desvestirse para la cama. Todo lo que llevaba puesto era su camisa, con las mangas enrolladas hasta los codos, y unos finos calzoncillos que se aferraban a sus caderas.

Se preguntó cuándo habría sido la última vez que ella vio a un hombre sin pantalones. —Apenas puedo creer que estés aquí —susurró, rozando con las yemas de los dedos su cálida mejilla.

Su frente se arrugó. —Si no me quieres aquí, puedo irme.

—Me gusta que hayas venido a mí de esta manera, pero nunca esperé que lo hicieras. Parecías... casi impermeable a la seducción. He pasado mucho tiempo tratando de descifrarte.

—Cuando no estabas provocando deliberadamente mi temperamento —acusó Rebecca.

Él sonrió, agradecido de haber renunciado a los licores para la fiesta en la casa. —Tienes un buen temperamento. Muy fácil de provocar. Pero te garantizo que no te daré motivos para quejarte de mí esta noche.

Ella suspiró. —¿Siempre tienes que hablar de lo que quieres?

—Sí. Si fuera un hombre más callado, más propenso a la introspección que a la acción, no habrías venido a mí.

Alcanzó su cabello trenzado y desató la cinta que lo mantenía tan pulcramente recogido. Cuando la tuvo, Adam la ondeó frente a Rebecca en señal de triunfo.

Sus ojos se ensancharon ligeramente. —Dame eso.

—No —dijo mientras lanzaba la cinta lejos. Trabajó rápidamente para liberar su cabello—. Ahora no es momento de ser pulcra ni ordenada, señora.

Siempre había habido tensión entre ellos. Esta noche esa tensión se convertiría en una pasión abrasadora, esperaba Adam.

Lentamente bajó la mirada por su cuerpo, tomándose su tiempo para examinar su atuendo, y encontró otro lazo para tirar. Rebecca Warner llegaba envuelta como un regalo solo para él.

Capturó el extremo del pequeño lazo y lo aflojó también.

La respiración de Rebecca se aceleró, resaltando sus pechos, y él se alegró de su reacción a lo que estaba haciendo. Lentamente, apartó los lados de su bata, exponiendo el recatado camisón que llevaba debajo. Otro ejemplo más de la vestimenta apropiada de una dama. Era modesta, dentro y fuera de la cama. Rebecca estaba destinada a ser esposa algún día, sin duda alguna.

Colocó su mano en la parte baja de su espalda y la acercó más. Rebecca se balanceó, pero se resistió un poco. Él los movió, girando para ponerse entre ella y la puerta, y luego, cuando estuvo seguro de tener toda su atención, comenzó a empujarla sutilmente hacia atrás, en dirección a la cama. Hacia el lugar donde finalmente descubriría si la lengua afilada de Rebecca servía para algo más que despellejar a un hombre.

En el momento en que chocó con la cama, ella le dio la espalda e intentó subirse al vasto colchón. Pero antes de que se alejara demasiado, él atrapó su bata y suavemente la deslizó por sus brazos hasta quitársela.

Rebecca se movió sobre la cama vistiendo solo su camisón; sus zapatillas aparentemente ya habían sido descartadas en algún momento del camino, porque sus pies ya estaban desnudos.

Cuando ella estuvo sentada en su cama, con los ojos fijos en él, Adam se quitó la camisa lentamente. Extendió una mano para que ella la tomara y luego la llevó a su rostro.

La mano de Rebecca estaba cálida mientras acariciaba su piel con vacilación.

Adam también acarició su rostro y movió sus dedos hacia el borde de su boca. Su mandíbula se suavizó, su rostro se relajó mientras él jugaba con su labio inferior, instando a sus labios a separarse.

Se inclinó lentamente y, por fin, presionó sus labios contra los de ella apropiadamente.

Rebecca cedió con un pequeño gemido, recostándose y atrayéndolo sobre ella.

Adam estaba más que feliz de complacerla, pero no se apresuraría. Rebecca tenía labios suaves, por supuesto, y pronto se dejó llevar por la sensación de su boca moviéndose bajo la suya. Sin embargo, estos no eran besos tímidos y recatados. Rebecca no se contenía en absoluto.

Ella deslizó su lengua en su boca primero, tomándolo por sorpresa, haciéndole reconsiderar el ritmo lento que había creído que debía establecer con ella.

Acunó la parte posterior de su cabeza con su mano, llenando su palma con su suave cabello, y lentamente cubrió su cuerpo con el suyo. Ella lo miraba con una intensidad inquebrantable, sin ofrecer palabras de aliento en absoluto. Pero sus manos rozaban su pecho, girando sobre su piel con una suavidad enloquecedora.

Era tan bueno estar en una cama con ella que Adam perdonó su falta de conversación. Ella lo deseaba, y eso era todo el aliento que necesitaba para hacerle el amor esta noche.

Ella lo atrajo hacia abajo para más besos, dudando solo lo suficiente para reacomodar su camisón más arriba y separar sus piernas. Lo instó a colocarse entre sus muslos, y luego sus rodillas acunaron sus caderas. Adam presionó su cuerpo contra el de ella, sintiendo el calor de su piel calentar la suya. La necesidad, la insistencia de sus besos lo inflamaron. Puso su mano entre ellos, encontró el cordón de sus calzoncillos y, una vez lo suficientemente sueltos, los empujó más allá de sus caderas.

En el momento en que sintió sus manos deslizarse por su espalda, supo que no habría demoras, ni más conversaciones, ni vacilaciones tampoco.

Pasó sus manos por sus suaves muslos, encontró su camino debajo del borde de su camisón y movió sus dedos a lo largo de su cuerpo. Cerró sus dedos sobre la curva redondeada de su trasero y apretó.

La señora Warner gimió contra su boca mientras él amasaba su carne, pero no dejó de

besarlo; presionó su sexo contra su erección con impaciencia.

La mujer no era nada como él había imaginado en la cama. Se estaba deshaciendo bastante rápidamente, y no había forma de que arriesgara decepcionarla al no darle lo que parecía desear más.

Encontró su sexo con sus dedos, se deslizó a través de sus rizos y encontró humedad. Ella levantó sus caderas hacia su toque ansiosamente. Adam presionó dos dedos en su cuerpo apretado, y ella se retorció contra él, forzándolos más profundamente con cada movimiento. Adam colocó su pulgar suavemente en su clítoris y ejerció un poco de presión.

Rebecca jadeó suavemente, y sus ojos se cerraron con fuerza mientras se mecía de adelante hacia atrás.

Era el cielo estar con una mujer que iba directamente al corazón de lo que quería en la cama. Rebecca estaba muy húmeda, y sus dedos se deslizaban suavemente a través de sus pliegues resbaladizos. ¿Habría estado pensando en él desde su primera invitación o incluso antes? Le encantaría averiguarlo algún día.

Introdujo sus dedos dentro de ella una y otra vez, elevando su pasión, pero no era suficiente para él. Anhelaba sentir su cuerpo cerrarse alrededor de su miembro. Hacerla deshacerse a su alrededor. Reemplazó sus dedos con su miembro, pero empujó lentamente, deleitándose con una repentina explosión de gritos contenidos de aliento de su amante. Su espalda se arqueó cuando se hundió completamente dentro, y entonces se perdió en el acto de hacer el amor a una mujer que pedía tan poco.

Amó a Rebecca con fuerza, rapidez y mucho más tiempo del que creía posible mientras ella clavaba sus uñas en su espalda y envolvía sus piernas alrededor de sus caderas, espoleándolo en silencio. Ella volvió su rostro hacia su hombro.

Todo lo que quedaba era que ella se rindiera.

Pero no así.

Adam atrapó las manos de Rebecca y las levantó por encima de su cabeza. Entrelazó sus dedos mientras ralentizaba sus embestidas. Sus ojos se elevaron hacia los suyos, y pensó que nunca había visto una mujer más hermosa. El cabello de Rebecca estaba enredado a su alrededor en hermosas ondas interminables. Sus labios estaban rosados, enrojecidos por sus besos, pero eran sus ojos los que lo cautivaban. Brillaban con tanta pasión que casi le quitaba el aliento.

Clavada en la cama, Rebecca era absolutamente hechizante de contemplar, y toda suya por una gloriosa noche.

Trabajó en su cuerpo, decidido a mantener un ritmo constante hasta que por fin ella encontrara su liberación. Sus ojos se cerraron con fuerza, y su cuerpo se arqueó hacia el suyo con una agilidad deliciosa. Rebecca era exquisita, más apasionada de lo que había contado, más dispuesta de lo que jamás había asumido. Rebecca era una contradicción tal, que momentáneamente se vio abrumado por tiernas emociones que nunca esperó volver a sentir.

Aflojó su agarre en las manos de ella y se inclinó hasta que los pechos aún cubiertos de Rebecca rozaron su pecho. Atrapó su boca con la suya y la besó profundamente, luego se retiró para rendirse al placer por su propia mano.

Adam ahogó su gemido contra el cabello de ella, y luego se desplomó mientras los brazos de Rebecca se envolvían con fuerza alrededor de su cuello, manteniéndolo cerca. Él también saboreó los largos momentos en que Rebecca lo abrazó. El afecto después había sido inesperado.

Antes de lo que realmente deseaba, se dio la vuelta, limpió su mano pegajosa en su camisa descartada y la arrojó lejos.

Se dejó caer de nuevo en la cama y atrajo a Rebecca hacia él, rodeando con un brazo su

cuerpo acalorado. Disfrutó la sensación de un suave envoltorio de gentil calidez contra su piel, un bálsamo para sus sentidos solitarios. Otro placer inesperado.

Rebecca también parecía lo suficientemente feliz de permanecer con él por más tiempo. Suspiró profundamente, se acurrucó cerca y luego se quedó quieta. Pasaron los minutos, y aún no se decían nada sobre lo que habían hecho. Pero su mente daba vueltas con planes para un futuro que no incluía nunca volver a hablar sobre hacer el amor con Rebecca.

La había complacido. Estaba seguro de eso. No había razón para no volver a hacer el amor con ella si ambos querían más.

Bajó la mirada hacia su rostro. En reposo, parecía tan seria como siempre. Pero nunca volvería a pensar en ella de esa manera. Sí, era seria, pero hacía el amor como un ángel travieso.

¿Podría esperar más, esta noche o cualquier otra noche por venir? La última fiesta en la casa que el duque había organizado había durado semanas, y sería delicioso estar juntos tantas veces como quisieran.

Podía ser discreto. Podía fingir que nada había cambiado entre ellos frente a los demás durante el tiempo que fuera necesario. Deslizó sus dedos por la columna de Rebecca y de vuelta hacia arriba. Sí, otra noche con esta mujer era lo que más deseaba.

Rebecca se movió de repente, y él se llenó de pánico pensando que podría irse ya. Pero ella levantó su rostro hacia él, y vio una pregunta en sus ojos.

—Quédate —suplicó suavemente. Adam casi no reconoció su propia voz. Nunca había deseado a una mujer más de lo que deseaba a Rebecca en este momento.

—Me gustaría eso —susurró ella. Se acomodó de nuevo en los brazos de Adam, pero su mano aterrizó en su estómago.

Su suave toque se deslizó lentamente sobre su pecho y luego comenzó a vagar mucho más abajo. Rodeó su ombligo varias veces antes de que Adam se moviera de lado para enfrentarla.

Su miembro se estaba engrosando de nuevo gracias a sus manos errantes, pero ignoró sus propias necesidades para despertar las de ella otra vez. Alcanzó los botones en la parte superior de su camisón y desabrochó algunos.

Rebecca contuvo el aliento sorprendida cuando Adam movió su mano hasta que se posó sobre su pecho desnudo. Definitivamente un puñado perfecto. —Eres tan hermosa —le dijo antes de presionar un beso en su frente, y luego otro en su sien.

—Shh —susurró ella en respuesta—. Hablas demasiado.

—No cuando es la verdad. Eres una mujer hermosa y emocionante.

Sus dedos viajaron lentamente hacia abajo y rozaron su miembro que se engrosaba. Ella miró hacia abajo y lo capturó. Él gimió, y Rebecca rió suavemente. —¿Eres realmente tan insaciable como pareces?

—Oh, mucho peor. Voy a hacerte el amor una y otra y otra vez. Hasta que el amanecer nos despierte.

Sus labios encontraron los suyos entonces, y ella presionó su cuerpo contra el de él con urgencia. Adam la envolvió con sus brazos, decidido a cumplir su promesa.

CAPÍTULO DIEZ

Rebecca se apresuró hacia el despacho del duque al día siguiente, ansiosa por responder a la inesperada llamada. Había estado inmersa en una conversación con la duquesa sobre algunos arreglos de última hora que había hecho para el día de la boda de Jessica, entregando felizmente todas las responsabilidades restantes para la próxima ceremonia. La duquesa le había asegurado a Rebecca que estaba lo suficientemente bien para hacerse cargo. Había estado tan agradecida y había hecho una demostración embarazosa tratando de agradecerle a Rebecca. Los agradecimientos no habían sido necesarios. Lo que había hecho era por amor a su familia.

Tocó la puerta del despacho de su padre, entrando ante su invitación a pasar.

Su padre estaba solo, de pie junto a una ventana leyendo una carta.

—¿Me mandaste llamar?

—Sí, pasa, Rebecca —dijo lentamente. Dobló la carta y la estudió con el ceño fruncido.

Rebecca se detuvo frente a él. No le gustaba la forma en que la miraba. Temía que de alguna manera supiera sobre ella y Rafferty. —¿Ocurre algo malo?

—Sí. Tengo una carta tuya.

Ella sonrió aliviada. —¿Una carta mía?

Él levantó la mano. —En cualquier otra circunstancia, me disculparía por mi error de abrir una carta dirigida a ti, pero hoy no puedo. ¿Por qué no acudiste a mí?

—¿Sobre qué?

El padre le entregó la carta. —La carta es de tu abogado. ¿Cuánto tiempo ha estado ocurriendo esto?

Rebecca escaneó la carta rápidamente. Era su esperado informe trimestral. Una contabilidad de los fondos disponibles de su pensión de viudedad y también de los ingresos por inversiones recibidos. Pero había una nota mencionando un gasto que ella había cuestionado el trimestre pasado, que era lo que preocupaba a su padre. El Sr. Barclay informaba que el problema estaba resuelto. —No está ocurriendo nada.

—Las personas que administran tu dinero no deberían cometer errores.

Rebecca dobló la carta, notando que el papel llevaba el aroma del horrible rapé de Barclay. Padre era lo suficientemente rico como para contratar a una docena de hombres para mantener registros precisos. Los fondos de Rebecca no llegaban tan lejos. —Fue solo un simple error. Le escribí inmediatamente y como acaba de leer, ha hecho la corrección.

—Maldita negligencia —se quejó el padre y luego entrecerró los ojos hacia ella—. ¿Qué más no me has contado?

Rebecca suspiró. Había muchas razones por las que no se había confiado a su padre: su

matrimonio inesperado, la primera temporada de su hermana, la distancia que siempre había existido entre ellos. Levantó la barbilla. —Nada, lo juro.

—Le escribiré a mi secretario en Londres y haré que te localice un empleado competente para mantener tus cuentas en orden.

—Prefiero tratar con mi abogado yo misma.

—Maldita sea, niña, podrías enfrentarte a la ruina financiera si esto continúa.

Rebecca miró a su padre a los ojos. Se estaba comportando exactamente como siempre lo hacía. Exagerando un problema hasta proporciones desastrosas cuando no era nada de eso. —Es una situación incómoda cuando se comete un error, pero no temo por mis fondos.

Discutir con el padre rara vez resolvía algo a satisfacción de Rebecca. Quizás debería regresar a Londres brevemente pronto y consultar con Barclay antes de que el padre se tomara la libertad de interferir en su vida.

El padre se había cruzado de brazos. No era una buena señal. —Ya que estás tan preocupado, regresaré a Londres después de la boda de Jessica y organizaré una reunión con el Sr. Barclay.

El padre extendió una mano para silenciarla. —Iré contigo.

Rebecca negó con la cabeza firmemente. —Te necesitan aquí. Por el bien de tu esposa, no aceptaré tu compañía. No deberías dejar a la mujer que dices amar cuando está llevando a tu hijo. No puedes abandonar a Gillian.

Su padre frunció el ceño entonces, y ella vio que por fin había encontrado una forma lógica de frenar su intromisión. Él afirmaba amar a la duquesa y la vacilación demostraba que era cierto. Esperó su asentimiento reluctante y ocultó su sonrisa cuando lo dio.

—Eso está arreglado entonces —dijo con brusquedad, con la intención de retirarse.

—Si solo Warner estuviera vivo, él se encargaría de este asunto por ti —exclamó el padre—. Eras demasiado joven para quedarte viuda.

Joven quizás, pero ya no estaba de luto. No podía llorar por alguien que nunca la había amado realmente. Se volvió. —Si Warner todavía estuviera vivo... —reflexionó, y luego negó con la cabeza—. Habría asumido que la deuda era mía y que yo estaba mintiendo al respecto.

El padre pareció conmocionado por eso. —Seguramente no si tuviera los hechos.

Rebecca negó con la cabeza. —Mi matrimonio no era así. Siempre tenía que justificar cada centavo gastado y regatear por todo lo que necesitaba.

El padre dio un paso adelante. —Nunca dijiste que eras infeliz.

—No lo era. No en los primeros días del matrimonio. Pero Warner me traicionó, y luego se fue. Soy independiente por primera vez en mi vida, pero me ha llevado mucho tiempo volver a sentirme cómoda. Incluso ahora, gastar dinero es difícil para mí. Por él, he guardado cada factura, registrado la ubicación de cada compra que he hecho desde que me convertí en viuda.

El padre se acercó. —Deberías habérmelo dicho.

Ella sonrió por su bien. —No quería preocuparte.

—Niña, me he preocupado por ti desde el día en que naciste —prometió, atrayéndola inesperadamente a sus brazos y abrazándola—. Es una tontería de tu parte pensar que podría dejar de hacerlo ahora.

Rebecca le devolvió el abrazo y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando él besó la parte superior de su cabeza. El padre no era tan afectuoso con ella como lo era con sus hermanas, pero ella siempre creyó que tenía su amor. Cuando la soltó, Rebecca se alejó de él rápidamente. —Puedo cuidarme sola ahora.

El padre suspiró. —Veo que no hay forma de detenerte, pero si llegas a tener algún problema en el futuro, quiero tu palabra de que al menos me dirás lo que está pasando. Te creeré, sin

importar qué.

Ella no lo mandaría llamar. —Sí, padre. Gracias.

Impulsivamente, besó su mejilla y luego huyó de su presencia.

La finca de Stapleton estaba ahora de nuevo en manos de su legítima dueña, así que sin nada más que hacer, Rebecca cogió su sombrero y salió a dar un paseo sola bajo el sol.

Rebecca no había tenido mucho tiempo para sí misma últimamente. Apenas se había divertido, excepto con los niños y el encuentro con Lord Rafferty la noche anterior. Un paseo hasta el lago y de vuelta le despejaría la mente, y luego regresaría para disfrutar lo que quedaba de la fiesta.

La finca de su padre estaba bien cuidada, como debían estarlo todas las propiedades ducales. Los sirvientes en los jardines se quitaban las gorras cuando ella pasaba, pero no se detuvo hasta que pudo ver el lago frente a ella.

Sus ojos se posaron inmediatamente en Lord Rafferty. El conde estaba de espaldas a ella, contemplando la misma vista.

Había disfrutado enormemente sorprendiéndolo anoche y había apreciado las habilidades en la cama de las que tanto se había jactado últimamente. Se sentía satisfecha con su encuentro, complacida de que se hubiera comportado como un caballero en la cama. No hubo momentos incómodos entre ellos ni falta de atención hacia ella. Había sido completamente saciada durante la noche y había alcanzado la satisfacción en ambas ocasiones. De hecho, Rafferty podría haber querido un tercer encuentro esta mañana. Sin embargo, el amanecer se acercaba y ella estaba ansiosa por regresar a su propia cama sin ser notada.

No habían hablado desde entonces.

Rebecca se aclaró la garganta y descendió la corta pendiente para encontrarse con él.

—Buenos días, milord.

Lord Rafferty se dio la vuelta, sus ojos se ensancharon un poco cuando la vio acercarse, y rápidamente se quitó el sombrero.

—Buenos días, señora Warner. Qué placer inesperado verla aquí.

No parecía haber ningún tono de seducción en su saludo, simplemente una cortesía educada intercambiada entre conocidos. Rebecca dio los pasos restantes hacia él y luego hizo una pequeña reverencia.

—Lo mismo digo.

Su sonrisa creció.

—¿Qué hace paseando sola en un día tan glorioso?

Ella permitió que sus ojos recorrieran su gran figura durante unos momentos antes de hablar. Una vez más, Rafferty llevaba uno de sus terribles chalecos. Era demasiado esperar que cambiara, pero Rebecca tenía que admitir que después de la noche anterior, podría preferirlo sin ropa en absoluto. Tragó rápidamente su escandaloso pensamiento.

—Estaba tomando un poco de aire fresco y haciendo ejercicio.

—Sí, el salón parecía bastante sofocante esta mañana. No te perdiste nada de importancia. Solo un montón de charlatanes cotilleando sobre gente que creen conocer.

Fanny había estado presidiendo el salón.

—Una buena razón para estar afuera. ¿Dónde está Ava hoy?

Él sonrió.

—Ava ha sido invitada a visitar a los Hawthorne, y yo gentilmente le he permitido ir sin mí. Confío en que se comportará.

Rebecca había visto a las dos chicas juntas y estaba complacida con sus similitudes.

—Creo que evitaremos un desastre. ¿Qué hace usted aquí solo?

—Reflexionando sobre mejoras. ¿Le gustaría acompañarme en mi paseo por la finca?

Le gustó que no hubiera incomodidad entre ellos y asintió.

—Me encantaría.

Lord Rafferty le ofreció su brazo para que lo tomara, pero ella lo rechazó.

—Soy perfectamente capaz de caminar por terreno irregular sin ayuda.

—Solo intentaba ser un caballero —prometió con una risa—. En realidad, no esperaba que tomara mi brazo, pero lo ofrecí de todos modos por el bien de los buenos modales.

Ella frunció el ceño.

—Se está burlando de mí.

—¿Pensaste que no buscaría formas de provocarte solo porque pasamos la noche juntos? —Se inclinó un poco más cerca—. Si acaso, creo que puedes estar segura de un aumento en las bromas después de una noche tan emocionante.

Ella se sonrojó.

—¿Es realmente necesario hablar de anoche?

—Sí, pero solo cuando estemos solos —prometió—. Si la inclinación te lleva, estaría muy feliz de tener tu compañía en mi cama nuevamente.

Rebecca intentó ocultar su sonrisa. Podría visitarlo de nuevo, pero no le daría aviso previo.

—No asumiría que tal visita esté garantizada.

—No puedes culparme por intentar persuadirte para que vuelvas a mi cama. Prefiero mucho más besar esa bonita boca tuya en lugar de ser azotado por ella. No es que me desagraden nuestras discusiones exactamente —prometió—. Un poco de esgrima verbal puede ser bastante estimulante en el entorno adecuado.

—¿Es así?

Pero entonces Rafferty maldijo suavemente.

—Me temo que tendremos que continuar esto en otro momento. Tus hermanas vienen hacia aquí.

—Maldición —murmuró Rebecca también entre dientes. Había estado evitando a Fanny durante años, y había hecho suficiente por Jessica para toda una vida. Esperaba no tener que hablar de la boda de nuevo hasta que llegara el día.

Rebecca sonrió cuando sus hermanas se acercaron, pero preferiría que se fueran. Se había sentido muy bien desde que se despertó esta mañana. No quería que su familia arruinara su placer en el día o su tiempo a solas con Rafferty.

—Buenos días, Lady Rivers. Lady Jessica.

—Señora Warner. Lord Rafferty —Fanny le ofreció a Lord Rafferty una sonrisa mientras Jessica enlazaba su brazo con el de Rebecca—. Qué sorpresa encontrarlos aquí juntos.

—Simplemente estirando las piernas —Rafferty señaló hacia adelante, donde otra pareja caminaba junta—. Parece que todos han tenido la misma idea esta mañana.

—Debemos unirnos a ellos —insistió Fanny. Extendió su mano hacia Rafferty, y él le ofreció su brazo.

La pareja caminó por delante.

Jessica llevó a Rebecca detrás, pero a un ritmo más lento.

—Pensamos en salvarte —susurró Jessica.

—¿Salvarme? ¿De qué?

—Todo el mundo sabe que tú y Rafferty no se llevan bien.

Rebecca apretó los labios. Le desagradaba Rafferty cuando estaba borracho y desordenado,

lo cual no había sido el caso hoy ni durante la última semana. Parecía haberse suavizado a pesar de su sugerencia de que no podía cambiar por ninguna razón.

Lord y Lady Morgan los saludaron con gran entusiasmo, especialmente a Rafferty. Los Morgan no eran sus amigos en particular, pero notó que la pareja parecía ansiosa por monopolizar la conversación. Hablaron de fiestas a las que todos habían asistido recientemente y hicieron planes para encontrarse en diversiones a las que Rebecca normalmente no sería invitada.

Sintiéndose disgustada por eso, se humedeció los labios y esbozó una sonrisa fingida.

Pero entonces Lord Rafferty la miró y le ofreció una pequeña sonrisa propia.

Una breve y pequeña oleada de placer recorrió su piel, provocándole un sonrojo. —Creo que es hora de que regrese a la mansión —murmuró rápidamente antes de que alguien notara su reacción ante el conde—. Disfruta tu paseo.

—Sí, hasta luego —asintió Lord Rafferty.

Pero de repente, Rafferty estaba a su lado, caminando a su ritmo.

Ella tragó saliva. —¿Qué haces siguiéndome?

—No te estoy siguiendo —argumentó él—. Estoy continuando mi paseo. Solo resulta que vamos en la misma dirección por una vez. —Rió y luego señaló hacia adelante—. Pero primero, hay algo allí sobre lo que necesito preguntarte. Date prisa. Prometo que solo tomará un momento de tu tiempo.

—Está bien —accedió ella de mala gana. Rafferty había dicho que estaba considerando mejoras que podría hacer en su finca. Lo siguió hasta un pasillo cubierto de enredaderas—. ¿Qué es? ¿Esto?

—No, esto. —Se dio la vuelta de repente, miró a su alrededor y rápidamente capturó su rostro con su gran mano—. Voy a besarte.

Inclinó la cabeza y le dio un dulce beso en los labios.

Rafferty se echó hacia atrás y arqueó las cejas como lo había hecho Ava justo ayer. —Solo una muestra de lo que podría ser tuyo de nuevo esta noche.

A pesar de su molestia por el engaño para quedar a solas con ella, se rió. —Usted, mi lord, tiene una mente unidireccional.

Él asintió y se acercó más. —Te acostumbrarás a mí. Soy un gusto adquirido.

Le robó otro beso que hizo que Rebecca se tambaleara. —Deja de hacer eso —le regañó—. O me iré.

Su respuesta fue una sonrisa descarada. —Eso me recuerda, he estado queriendo preguntar qué te trae al campo tan temprano este año.

Ella lo miró sorprendida. —Siempre me quedo en la casa de mi padre durante el verano.

—Pero nunca llegas en mayo —dijo él—. Normalmente te quedas en Londres o asistes a una fiesta en casa hasta junio al menos. Siempre traes a esa mujer rubia contigo, también.

Ella no quería hablar de su desacuerdo con Charlotte. —Este año no.

—Entonces, ¿cuándo y dónde será el primer evento al que asistirás después de la boda de tu hermana?

Rebecca frunció el ceño. —No he aceptado ninguno. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que en el próximo no me echarán de tu alcoba.

Rebecca se dio la vuelta. El conde estaba dejando muy claro que quería más de lo que ella jamás había considerado darle, pero un amorío o una serie de encuentros discretos con un caballero nunca había sido lo que ella había anticipado para su vida. Quería más que eso. Respetabilidad. Un lugar en la sociedad.

Nada de lo cual Rafferty parecía estar dispuesto a ofrecerle.

—Estabas borracho —le recordó, volviéndose hacia él—. No hablemos del futuro hoy.

Él le acarició los brazos enérgicamente. —Como desees, pero no creas que dejaré de intentar atraerte de nuevo a mis brazos.

Ella vio a unos invitados que se acercaban en su dirección y dio un paso atrás. Señaló la estructura sobre ellos. —Así que, el arco del jardín tiene unos quince años —le dijo a Rafferty en una voz segura de que se escucharía bien por todo el jardín—. Las enredaderas se plantaron la primavera siguiente a su construcción.

—Es hermoso —asintió él, medio riendo—. Tengo uno igual en casa, pero no es tan antiguo como este. Ya verás a qué me refiero cuando lo visites.

¿Visitar? Rebecca forzó una sonrisa, pero su felicidad de estar con Lord Rafferty disminuyó. Los amantes eran temporales, y nunca, jamás debían confundirse con tener intenciones honorables. Hasta ese momento, realmente no había pensado que su aventura pudiera ser algo más, pero de repente deseaba una nueva vida. Una con un marido e hijos propios.

Se despidió de Rafferty y regresó al interior.

CAPÍTULO ONCE

—¿No estás bebiendo otra vez, Rafferty? —preguntó Lord Samuel Westfall al aparecer junto al codo de Adam.

Adam consideró los restos del whisky que había sostenido durante la última hora y decidió que no quería más. No estaba de humor para el alcohol. No cuando había cosas mucho más emocionantes que hacer por las noches, principalmente, encontrar la manera de acercarse nuevamente a su amante de la noche anterior.

—No tengo ganas —murmuró Adam, ofreciendo una sonrisa pero manteniendo un ojo atento a los movimientos de Rebecca por el salón. En ese momento, parecía concentrada en organizar a su familia una vez más.

Adam se había fascinado observando a Rebecca revolotear por el salón, persuadiendo a todos para que se divirtieran. Era buena haciendo que la gente hiciera lo que ella quería sin que se dieran cuenta. Rebecca tenía un talento para la organización; para unir a las personas también.

—Tendré que beber lo mejor que tiene Stapleton yo solo a este paso —se quejó Samuel—. Puede que padre se haya suavizado por su matrimonio, pero se ha superado a sí mismo con esta fiesta en la casa.

Adam miró a Lord Samuel con sorpresa.

—Deberías haber dirigido ese cumplido a tu propia hermana. La señora Warner es la responsable del éxito de la fiesta. Ha estado trabajando incansablemente durante más de una semana.

La mirada de Samuel fue evaluadora.

—¿Es así? Nunca lo mencionó.

—Es su manera de ser, ¿no?

Samuel rió suavemente.

—Empezamos a llamarla "la general" después de que madre muriera.

Adam asintió. Así que sus habilidades de gestión se remontaban a ese punto de su vida. Adam levantó su copa a los labios y contempló a su inesperada amante. Con la hermana menor, Lady Jessica, Rebecca se mostraba abiertamente afectuosa. Pero con su otra hermana, Lady Fanny Rivers, Rebecca parecía mantenerse distante. Había poca calidez o aprobación cuando se miraban. Incluso con el Duque de Stapleton, Rebecca era mucho más reservada que los demás. Parecía estar más cercana a Samuel y a sus hijos gemelos.

Adam no había tenido una buena razón para contemplar a los Westfall en detalle antes, pero después de los últimos días en compañía de Rebecca, estaba ansioso por conocerla mejor. ¿Quién mejor para preguntar que su hermano favorito?

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Stapleton? —le preguntó al hombre.

—No mucho. Nunca lo hago. Los chicos son almas inquietas —advirtió Lord Samuel con un asentimiento.

Los gemelos de Samuel eran un par de bribones con todos, excepto con su tía Rebecca, quien parecía convertirlos en ángeles absolutos con solo una mirada. Hacían lo que ella les decía. Guardaban silencio por ella. Buscaban su aprobación. El amor que les profesaba era conmovedor y también triste de alguna manera. Rebecca los mimaba de una forma que hizo que Adam la imaginara con su propio hijo.

—Tus hijos parecen muy encariñados con su tía.

—Oh, sí. Apenas puedo mantenerlos separados cuando estamos en la misma casa. Justo esta mañana se escaparon temprano de la guardería para despertarla y darle los buenos días. Es tan buena con ellos.

—Debería tener su propia familia para perseguir —reflexionó Adam.

—De acuerdo —Samuel asintió sabiamente—. Pero temo el día en que se case de nuevo.

—¿Por qué es eso?

La mandíbula de Samuel se tensó.

—Es tan fácil para los chicos agotar nuestra bienvenida. Warner nunca quiso realmente a ninguno de nosotros cerca.

—Oh, ya veo —dijo. La familia era importante para Rebecca. Querría que su hermano y los gemelos la visitaran en cualquier hogar en el que viviera. A Adam ya le agradaba Lord Samuel y los chicos, bueno, se acostumbraría a ellos con el tiempo—. Estoy seguro de que no tienes nada que temer.

—Tu hija ha impresionado a mis hermanas con sus lindos modales. Te la robarían si pudieran —le dijo Samuel con una risa.

—Me alegro, pero te aseguro que mi hija es querida en casa. No pueden quedársela —Sin embargo, no se oponía a compartir los afectos de su hija. Rebecca ya le había dado buenos consejos, y esperaba escuchar más pronto.

Cuando miró alrededor, Adam vio a Rebecca de pie en la puerta del pasillo con su hija a su lado. Ava parecía inusualmente agitada, y Rebecca trataba de calmarla. Ava debería haber estado en la cama a esta hora.

—Discúlpeme.

Se acercó para encontrarse con ellas.

—¿Qué haces abajo, jovencita?

—¡Tengo una carta! —exclamó Ava, agitando un trozo de pergamino—. ¡Mi primera carta de una amiga! Mira, está dirigida a Lady Ava Croft de la señorita Olivia Hawthorne.

—Está muy emocionada —explicó Rebecca—. El lacayo debería habérsela entregado a usted primero. Ya he hablado con él.

—Déjame ver eso —Hizo un alarde de inspeccionar la carta, leyó el agradecimiento bellamente redactado por la visita de la niña Hawthorne y sonrió—. Veo que causaste una buena impresión.

Ava sonrió radiante.

—¿Puedo invitarla a visitarnos justo después de la boda?

Adam miró hacia Rebecca y captó su pequeño asentimiento alentando la idea. Sin embargo, volver a casa no estaba en los planes inmediatos de Adam.

—Lo pensaré —respondió evasivamente.

—Pero papá —se quejó Ava—, ya le prometí que podría montar mi poni. Ella no tiene uno.

Adam levantó la mano para detener el flujo de palabras.

—Es tarde, Ava, y tendré que consultar mi agenda antes de que puedas responder. Estoy seguro de que la niña puede esperar una respuesta por una noche. Su madre lo entenderá.

El rostro de Ava se arrugó de preocupación.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos en Stapleton?

Miró a Rebecca y sintió que su corazón se aceleraba. Se quedaría tanto tiempo como pudiera. No había terminado con Rebecca Warner.

—Tu padre te ha dado una respuesta razonable, mi lady —le dijo Rebecca a Ava en un tono tranquilizador, haciéndose cargo—. Tu padre es un gran hombre, con muchas responsabilidades.

Adam no pudo evitar sacar pecho un poco ante su elogio.

—Hablaremos de ello pronto —prometió—. Ahora, ¿no deberías estar ya en la cama?

—Sí, papá.

Aunque Ava estuvo de acuerdo, sonaba tan decepcionada que Adam se ablandó.

—¿Quieres que te acompañe arriba?

—La señora Warner ha prometido arroparme esta noche —le dijo Ava, pero luego apareció un gesto de preocupación en su rostro mientras miraba entre él y Rebecca—. ¿Está bien?

—Lo está. Por favor, no dejes que las retrase —murmuró. Cuanto más rápido Ava estuviera segura en la cama, más pronto Adam sería libre para estar a solas con Rebecca. Había mantenido la distancia desde su beso en el jardín, decidido a no delatarlos. Rebecca era bastante particular en mantener la apariencia de decoro en todo momento.

El corazón de Adam se alegró cuando las dos le desearon buenas noches y subieron las escaleras juntas, tomadas de la mano. Rebecca parecía ser una buena influencia para su hija, y Ava parecía apreciarla también. Ava había tenido poco trato con mujeres más allá de su propio hogar y su propia familia, compuesta por viejas tías que le pellizcaban la mejilla y le daban terribles consejos.

Regresó al salón, mezclándose con la familia y los invitados del duque. Pero el rostro que realmente más ansiaba ver, la persona hacia la que se sentía más atraído, era Rebecca Warner. La mujer que actualmente hacía de madre de su hija en el piso de arriba.

Adam suspiró, aceptando que tendría que esperar su turno para obtener un poco de la atención de Rebecca.

Whitfield se acercó y lo llevó aparte. —Me voy a la cama.

Adam sonrió. —El último sueño tranquilo de un hombre soltero.

Whitfield negó con la cabeza. —¿Qué vas a hacer cuando me case, Rafferty? Tendrás que encontrar a alguien nuevo a quien atormentar.

Adam ya había encontrado a alguien. Se había adelantado a la sugerencia de Whitfield. Incluso podría querer quedársela.

Había elegido a una candidata adecuada para casarse sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo. No veía nada que obstaculizara la unión. Ella era la hija de un duque sin marido, y él era un rico conde que necesitaba un heredero.

Sin embargo, encontrar el momento adecuado para abordar el tema podría ser complicado. Si le pedía su mano demasiado pronto, Rebecca diría que no inmediatamente. Si lo hacía demasiado tarde, podría pensar que era un sinvergüenza incorregible.

Adam asintió lentamente. Sí, Rebecca Warner podría ser adecuada como esposa para él y como madre para Ava, si ella quería el trabajo.

Le sonrió rápidamente a Whitfield. —Te despertaré al amanecer, para que no llegues tarde a la ceremonia.

Whitfield se mordió el labio un momento, y luego su piel se tornó rosada. —Quizás sería mejor si yo fuera a buscarte, en su lugar —sugirió Whitfield—. Para evitar cualquier incomodidad.

Adam casi se ríe a carcajadas. Ya había sospechado que la boda era una mera formalidad entre Whitfield y Lady Jessica. Era la forma en que se miraban lo que los delataba. Apostaría a que ya pasaban todas las noches juntos. —Entendido.

Whitfield se alejó, hizo un espectáculo de desearle buenas noches a su futura esposa, antes de aparentar partir de la mansión hacia su finca vecina.

Adam observó atentamente y en menos de cinco minutos, Lady Jessica declaraba que también estaba exhausta.

Se guardó su diversión para sí mismo mientras ella abandonaba la habitación, sin duda con la intención de una cita prenupcial con su prometido, y encontró un lugar apartado para observar a sus conocidos.

La mayoría estaban casados, la mitad felizmente.

Sí, a Adam le gustaría volver a casarse. Que Rebecca organizara una reunión de sus amigos comunes como esta en Gable Park, y cuando todo terminara, pudieran escabullirse juntos.

Sin embargo, no tenía la menor idea de si Rebecca podría considerarlo un posible cónyuge o si incluso querría volver a casarse. Parecía tener una vida plena persiguiendo a su propia familia. Pasaba la mayor parte de su tiempo viviendo en sus casas.

Tendría que elegir muy cuidadosamente el momento de abordar el tema si quería el mejor resultado.

Un escalofrío le recorrió la nuca, y miró a su alrededor de repente, sorprendiendo a la señora Warner observándolo desde el otro lado de la habitación. Aunque trató de ocultar lo que había estado haciendo, Adam se sintió completamente encantado por sus sonrojos.

Decidido a hablar con ella, se dirigió hacia el otro lado de la habitación. Ella lo encontró a mitad de camino.

—¿Confío en que mi hija no le causó problemas? —preguntó inmediatamente.

—En absoluto, Lord Rafferty, aunque todavía estaba muy emocionada por su carta.

—Creo que extenderé una invitación a la joven Hawthorne, pero como sugirió antes, no debería dejar que Ava crea inmediatamente que tendrá todo lo que pide.

Rebecca sonrió radiante. —Muy sabio, milord.

—Sí, eres sabia, querida —murmuró.

Ella asintió pero miró alrededor. —Confío en que haya disfrutado su velada.

—En efecto. Ha sido una fiesta en la casa emocionante hasta ahora. Espero disfrutar de las delicias de Stapleton Manor durante los próximos días.

Su rostro se cerró, y luego sonrió de manera benévola de un modo que él supo instantáneamente que significaba que había dicho algo incorrecto. —Deberíamos esperar un clima muy agradable para la boda mañana.

—¿Y para la noche de bodas también, supongo?

—Sí. —Sus pestañas aletearon y apartó la mirada—. Tendrá que disculparme, milord. Veo que mi doncella intenta llamar mi atención.

Adam adoptó una expresión de preocupación mientras extendía la mano hacia la de ella. —¿Puedo acompañarla hasta ella?

Rebecca le permitió sostener brevemente su mano antes de retirarla y mirar más allá de él. —No creo que sea necesario.

Adam estaba seguro de que nadie en la fiesta tenía la más mínima idea de que él y Rebecca

habían compartido una cama, pero podía notar que Rebecca vivía con el temor de que alguien descubriera su aventura. Si iba a casarse con ella, Adam haría bien en empezar a comportarse como un pretendiente pronto, o Rebecca podría pensar que solo estaba interesado en acostarse con ella.

Ganar su confianza completa podría ser el mayor desafío de su vida.

Ella sería una condesa perfecta, pero él sabía exactamente por qué no había pensado en ella antes. No era dulce. Ni siquiera era particularmente amigable. Era argumentativa, desaprobaba la bebida de Adam. Lenta para cambiar, su padre le había advertido sobre eso.

Sin embargo, Adam encontraba a Rebecca tremendamente atractiva a pesar de todo eso.

Rebecca conocía a todos los que él conocía. Sabía exactamente qué tenedor iba con qué platos, qué platillos servir en una boda lujosa. Era extremadamente organizada. Esas no eran habilidades que compartieran. Adam era espontáneo, optimista y franco.

Ella no era nada de eso, excepto cuando habían estado a solas.

Rebecca una vez se había quejado de que él era un borracho degenerado sin sentido de la decencia. Se había merecido ese regaño porque había tropezado en una alcoba destinada a su uso. Durante años, había usado la bebida para hacerle compañía.

Nunca más la necesitaría si se casaba con ella.

Se inclinó hacia ella y susurró: —¿Bailas conmigo?

Ella pareció tan sorprendida que tuvo que sonreír.

—Baila conmigo mañana en la boda.

—Tú no bailas.

—Solía hacerlo —admitió—. No he sentido la necesidad en años.

Su frente se arrugó con un ceño. —¿Has estado bebiendo de nuevo?

No la culpó por la pregunta. Había estado interpretando al borracho durante tanto tiempo que ella aún no podía ver el cambio que había provocado. —No, y todavía estoy esperando una respuesta, señora.

—No tengo intención de bailar en absoluto mañana por la noche —le dijo—. Lo siento.

—Maldita sea, no se lo pones fácil a un hombre —le dijo, pero pudo ver que su rostro se había vuelto a congelar porque su voz se había elevado. ¿Cómo se suponía que iba a cortejarla si ella se negaba a acceder a una petición tan inofensiva? Los hombres y las mujeres bailaban juntos todo el tiempo y no significaba nada. A nadie le importaba un solo baile. Dos, sin embargo, y la gente podría murmurar—. No te equivoques, volveré mañana por la noche cuando comience el baile para pedirte de nuevo que bailes conmigo.

Le hizo una reverencia y se alejó para calmar su temperamento. En el pasado, se habría dirigido directamente a una botella. Pero aún no volvería a caer en viejos hábitos. Su falta de comodidad cerca de él en público era un pequeño contratiempo. Uno que superaría con ella. Algún día.

Gimió en voz alta, y luego giró sobre sus talones y se fue a la cama. Solo de nuevo y doblemente frustrado. No había nada que ganar permaneciendo en la sala si no podía hablar con ella.

Llevaba solo diez minutos en su habitación cuando la puerta se abrió y se cerró detrás de él.

Rebecca lo había seguido.

—¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Todo, y es tu culpa.

Su frente se arrugó.

—No entiendo. Pensé que habías dicho que estabas disfrutando de tu velada.

—Quería disfrutarla más, contigo a mi lado —se pasó una mano por el pelo mientras su frustración superaba su paciencia—. Estás tan asustada de que alguien nos vea juntos y saque conclusiones precipitadas que constantemente me niegas tu tiempo.

—¿No te importa mi reputación?

—Por supuesto que me importa, pero no iba a seducirte en la sala. Prometer bailar una pieza conmigo no equivale necesariamente a gritar que me has tenido.

—Shh —le advirtió porque su voz se había elevado.

—Sí, soy muy consciente de que vives tu vida esperando lo peor. Yo, sin embargo, no lo hago.

—Tengo mucho que perder —le advirtió.

—Y tanto que ganar si pudieras confiar en mí un poco.

—Una vez confié en un hombre —se quejó amargamente.

Él avanzó hacia ella.

—Yo no soy Warner. Nunca fui infiel en mi matrimonio. No te trataría tan mal.

Ella levantó la mirada entonces, con los ojos llenos de emoción.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Los hombres tienen impulsos.

Adam negó con la cabeza, bastante dispuesto a matar de nuevo a su difunto esposo por lo que el bastardo le había hecho a Rebecca. Parecía segura, confiada, pero estaba plagada de inseguridades.

—Mis impulsos, como tú los llamas, se dirigen únicamente en una dirección. ¿Qué hay de los tuyos, Becca?

Ella levantó la barbilla con orgullo.

—¿Realmente tengo que decirlo?

—Sí, a veces a un caballero le gusta saber lo que una dama siente por él, de sus propios labios —advirtió Adam.

Ella hizo un sonido de disgusto.

—Bueno, no voy a halagarte y decir que anoche fue la mejor noche de toda mi vida. Estoy segura de que pudiste darte cuenta de que lo fue.

—No, no me di cuenta de eso. Dime qué te gustó de anoche. Específicamente.

Rebecca se movió inquieta bajo la mirada de Adam.

—No lo sé —gimió de repente—. No sé cómo decir las cosas que quieres oír. Otras mujeres...

—Me importa un bledo lo que otras mujeres puedan decir o hacer conmigo. Te quiero a *ti* —susurró. Le sujetó la cabeza y empujó su cuerpo contra la pared más cercana, se inclinó hasta que sus labios estaban a centímetros de distancia—. Si no me dices lo que sientes, ¿cómo puedo saber qué quieres de mí? He anhelado poner mis manos sobre ti desde el momento en que nos encontramos junto al lago hoy. Nuestro beso fue demasiado breve para satisfacerme, y cada momento desde que nos separamos ha sido una agonía. Eso es lo que pienso y siento, señora.

Sus ojos se abrieron más que nunca.

—¿Agonía?

—Agonía —insistió—. Tan cerca pero tan fuera de mi alcance. Te anhelo —admitió.

Rebecca se lamió los labios. Lo miró durante un largo tiempo antes de responder.

—Y yo a ti.

De repente, se estiró y presionó sus labios contra los de él. Adam inclinó su cuerpo más grande para ajustarse al de ella, y luego puso sus manos debajo de su dulce trasero. La levantó contra él y, usando la pared para soportar más de su peso, devoró su boca.

Rebecca rodeó su cuello con los brazos y se aferró a él como si no quisiera soltarlo.

Adam rápidamente le subió las faldas hasta que quedaron amontonadas alrededor de sus caderas y le apretó el trasero desnudo, deleitándose con los pequeños gemidos que ella se permitía emitir.

Las manos de Rebecca de repente estaban por todas partes, tirando de su ropa. Adam los mantuvo un poco separados para que ella pudiera desabrochar sus pantalones, y cuando sintió que el último botón saltaba, se bajó la prenda por las piernas.

Se presionó contra ella de nuevo y la besó profundamente.

La sensación de su duro miembro contra su piel desnuda era el cielo. Rebecca temblaba en sus brazos, frotando su cuerpo contra el suyo con urgencia y besándolo más hambrientamente de lo que él creía posible.

Ella se separó de repente.

—Te necesito.

Adam sabía dónde.

Envolvió las piernas de ella firmemente alrededor de sus caderas y llevó una mano entre ellos.

Provocó a Rebecca, y ella jadeó y se estremeció en aparente éxtasis ante su toque.

Adam envolvió su mano alrededor de su miembro y frotó la punta hacia adelante y hacia atrás sobre su clítoris.

—Me encanta cómo te mueves contra mí —susurró en el hueco de su oreja.

Su confesión le valió a Adam otro pequeño estremecimiento y otro gemido ronco de la mujer tranquila. Adam posó sus labios en su cuello y lo mordisqueó, dedicándose a hacerla gemir una y otra vez.

Rebecca aflojó de repente su agarre en su cuello y deslizó su mano entre sus cuerpos. Las puntas de sus dedos rozaron la cabeza de su miembro unas cuantas veces, pero luego lo desalojó por completo.

Adam se apartó para ver lo que estaba haciendo, y su miembro se engrosó aún más. Solo quedaba la mano de Rebecca para provocarse ahora, pero sus muslos todavía estaban firmemente envueltos alrededor de él.

Él se movió para entrar en ella, rozando la cabeza contra su abertura. Luego empujó hasta el fondo, directo y certero, y reclamó su cuerpo como suyo. Los ojos de Rebecca se cerraron y una pequeña sonrisa curvó sus labios. Cuando él se retiró, Rebecca se apresuró a hundirse contra él de nuevo.

Adam no había tenido la intención de que la noche comenzara de esta manera, pero no podía detenerse ahora.

—Por favor —suplicó ella—. Más rápido.

Adam obedeció. Le hizo el amor a Rebecca hasta que los retratos colgados cerca se estremecieron con cada embestida. La amó hasta que estuvo jadeando y desesperado por liberarse. Los dedos de ella se enredaron en su cabello y tiró con fuerza, gimiendo de placer.

Adam mantuvo su atención en su rostro ahora, y disminuyó el ritmo. La luz de la lámpara mostraba todas las emociones que había que ver.

—Quiero verte llegar para mí.

Ella separó los labios, y luego sus dedos revolotearon una vez más sobre su sexo.

Se retorció contra él desesperadamente. Adam mantuvo sus embestidas constantes y esperó a que ella llegara al clímax. De repente, el cuerpo de ella se tensó alrededor de su miembro y un pequeño sollozo escapó de sus labios mientras se estremecía. Su cuerpo se sacudió a su alrededor

una y otra vez, y ella enterró su rostro en el hombro de él mientras los espasmos continuaban recorriendo su cuerpo.

Adam se sintió abrumado por el placer de ella. Embistió con fuerza una vez, dos veces, y luego liberó su semilla dentro de ella.

Jadeando intensamente, permanecieron unidos, respirando al unísono durante varios minutos. El sexo de Rebecca aún palpitaba alrededor de él mientras Adam la abrazaba fuertemente. Apartó el cabello de su rostro húmedo y acarició suavemente sus labios con los suyos.

Se retiró de su cuerpo y luego la tomó en sus brazos. Adam tuvo que arrastrarse hasta la cama porque sus pantalones estaban alrededor de sus tobillos, pero logró depositarla sobre las sábanas sin problemas. La desvistió cuidadosamente en silencio, y luego apagó la vela. Se desnudó y se deslizó en la cama junto a ella en la oscuridad.

Adam atrajo a Rebecca hacia sus brazos.

—Eres una amante increíble —le dijo.

Ella puso su mano sobre el pecho de él y lo miró a la cara.

—Creo que tú también lo eres.

Adam sonrió.

—Por fin un poco de halagos.

El rostro de ella se nubló de remordimiento.

—No pretendo ser fría —susurró—. Es solo que nunca he tenido que hablar de esta manera. No es apropiado.

Él besó rápidamente la parte superior de su cabeza.

—Supongo que siempre sabré cuándo te he complacido y cuándo no. Espero que siempre me digas que estás satisfecha.

—Lo estoy —susurró ella.

Mañana, Adam comenzaría su campaña para convertir ese *lo estoy* en un *acepto* lo antes posible. No había tenido suficiente control sobre sus pasiones y si la dejaba embarazada, su reputación quedaría hecha pedazos. No había sido intencional, pero ella lo odiaría por eso.

Se acurrucó más cerca de ella y los cubrió con una sábana. Era una noche cálida, y Rebecca se quedó dormida en sus brazos muy rápidamente. Poco después, él se alegró mucho de que así fuera. Un grupo de personas pasó frente a su puerta. Si hubiera sido antes, habrían escuchado a Rebecca y a él haciendo el amor. Esa vez no habían sido precisamente silenciosos.

CAPÍTULO DOCE

—Las bodas son ocasiones agridulces, ¿no es así, hermana? —murmuró Fanny mientras ella y Rebecca observaban cómo terminaban de vestir a su hermana menor para su boda. Ya casi era hora de bajar. Gideon Whitfield debía de estar impacientándose.

El acontecimiento más esperado del verano tenía a todos en Stapleton Manor sonriendo. Desde los sirvientes hasta los numerosos invitados, la casa señorial bullía de entusiasmo. El salón, cubierto de flores, ya estaba lleno de visitantes que habían hecho el viaje para estar con la familia.

Cada rincón estaba engalanado con cintas y lazos, y la gran repisa de la chimenea, sobre la que ahora colgaba el retrato de su difunta madre, estaba lista para la ceremonia.

Rebecca estaba satisfecha. Había cumplido con su parte, asegurándose de que el día especial de su hermana fuera lo más memorable posible.

Pero mañana al amanecer, Rebecca partiría hacia Londres.

—Se ve preciosa —murmuró Rebecca, llena de amor por su hermana menor. Jessica se casaba con un hombre que realmente la amaba. Y aunque a veces Jessica estaba un poco excesivamente apegada a Gideon Whitfield, Rebecca creía que su unión era quizás la mejor que había presenciado. Era innegable que Gideon adoraba a Jessica, y eso era todo lo que Rebecca podía pedir.

Fanny abrazó a Rebecca repentinamente. —¿Estás pensando en tu día de boda como yo?

Rebecca no había pensado en su propio día especial con cariño en años. No quería estropear el día de hoy con una introspección que solo podía dejarla sintiéndose amargada. Apartó los recuerdos. —La tuya fue una ocasión tan grandiosa.

Su hermana hizo un pequeño sonido. —Recuerdo haber oído sobre la tuya después de que ocurriera.

—Tú y Lord Rivers estaban en el norte en ese momento —le recordó Rebecca a Fanny—. Habían estado fuera por tanto tiempo.

—Habría regresado para verte así —murmuró Fanny—. Debería haber estado contigo.

Rebecca negó con la cabeza. —Realmente no quiero remover el pasado hoy de todos los días.

Fanny suspiró. —Deberíamos aclarar esto pronto. Tú también eres mi hermana, y no me gusta que ya no hablemos de nada importante. Lo siento por lo que dije ayer. Pensé, asumí incorrectamente que estabas celosa.

Rebecca negó con la cabeza. —Yo solo quería que fueras feliz en tu vida con Rivers.

Fanny suspiró. —Ojalá Rivers hubiera vivido un poco más. Había tantas cosas que

queríamos experimentar juntos. Le tenía tanto cariño a Jessica, y a ti.

—Era un buen hombre —suspiró Rebecca.

—No se podría decir lo mismo de Warner. No era malvado, pero era débil y estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya en todo.

Rebecca cruzó los brazos sobre el pecho. *Tanto por dejar el pasado en el pasado.* Prefería pensar en el presente. El futuro era demasiado incierto como para confiar en él.

—¿Qué opina, señora Warner? ¿Está lista para ser entregada? —preguntó la duquesa a Rebecca mientras se apartaba de la novia.

Fanny se apresuró hacia Jessica y tomó sus manos. —No podría imaginar una novia más hermosa.

Rebecca negó con la cabeza. —Falta algo.

Se acercó a una mesa cercana y abrió un cajón. Había pensado en una sorpresa para Jessica días atrás, y la duquesa lo sabía todo al respecto. Sacó una impresionante peineta del cajón, una incrustada de zafiros y diamantes. Había pertenecido a su madre, pero ahora formaba parte de la colección de joyas de la nueva duquesa. Cada una de ellas la había llevado durante sus propias ceremonias de boda.

Rebecca se acercó a su hermana con ella, sosteniéndola plana en su palma. —Madre habría querido que la usaras hoy.

Los ojos de Jessica se llenaron de lágrimas y colocó sus dedos temblorosos sobre la reliquia familiar. —Pensé que habías olvidado la tradición.

—Nunca, mi querida.

Rebecca se movió detrás de Jessica. Insertó suavemente la preciosa joya en el cabello de Jessica y luego inclinó un poco su cabeza para que pudiera verla en los espejos gemelos frente a los que estaba de pie.

La duquesa sonrió radiante. —¡Ahora eres la novia perfecta! Tu madre estaría tan orgullosa de ti hoy. —La duquesa se secó repentinamente la comisura del ojo—. Estoy segura de que estaría llorando como estoy a punto de hacerlo.

—A nuestra madre le encantaban las bodas —coincidió Rebecca.

Jessica se mordió el labio preocupada. —Tengo miedo de mover la cabeza. La pieza no es demasiado formal, ¿verdad?

—En absoluto —exclamó Fanny—. Honras a nuestra madre llevando sus joyas con orgullo.

Los labios de Jessica temblaron, y Rebecca se apresuró ahora antes de que estallara en lágrimas. La practicidad tenía sus usos. —Déjame verte. Todo lo que necesitas ahora es recoger tus flores y bajar las escaleras con Madre y Padre a tu lado. Después de todo, no podemos confiar en que no corras a los brazos de Gideon.

La duquesa se atragantó con una risa. —Eso es lo que yo también temía.

Jessica se rió con ellas. —No lo avergonzaría a él ni a ninguna de ustedes de esa manera. —Sonrió con picardía—. Pero no pueden impedir que corra hacia él después de que esté casada.

Rebecca rió junto con la duquesa y Fanny. —Vamos, Lady Rivers. Debemos irnos para que Papá pueda robar unos minutos a solas con la novia.

Rebecca abrió la puerta y descubrió a Padre paseando afuera. —Está lista.

—¡Por fin! —exclamó con una sonrisa. Entró, y Rebecca cerró la puerta para darles privacidad. Aunque Fanny intentó quedarse para escuchar, Rebecca no lo permitió y alejó firmemente a su hermana—. Ninguna de las dos necesita oír o ver a nuestro padre romper en llanto de nuevo.

Fanny se quedó boquiabierta. —¿Lloró en tu día de boda?

Rebecca se detuvo en seco y asintió lentamente. —¿No lo hizo contigo también?

Fanny frunció el ceño ahora. —¡No! Me dijo que me amaba y que me extrañaría, y eso fue todo lo que dijo.

Fanny siempre había sido cercana a Padre. Más cercana de lo que Rebecca jamás había sido. Echó un vistazo a la puerta cerrada que acababan de dejar y sus ojos le escocieron. Durante tantos años había asumido que no era su hija favorita, que resultaba desconcertante darse cuenta de que no se había perdido nada del amor de su padre. —Me dijo que no era demasiado tarde para reconsiderarlo.

Fanny la agarró del brazo. —Tienes que contármelo todo. ¿Fue vergonzoso? ¿Alguien más lo vio hacerlo?

Rebecca sonrió rápidamente. —En otro momento. No quiero perderme ni un instante de la ceremonia. Será mejor que nos apresuremos a unirnos a los invitados.

Se deslizaron en la sala abarrotada y se separaron. Fanny fue hacia la derecha y Rebecca hacia la izquierda. Había prometido estar junto a Lady Ava durante la ceremonia.

La chica pareció aliviada al verla. —Te ves hermosa.

—Gracias. Ya falta poco —prometió Rebecca, y luego puso sus manos sobre los hombros de Lady Ava para mantenerla quieta.

Rafferty lo notó y asintió en señal de aprobación. —Me temo que está un poco emocionada.

—Nunca he estado en una boda —confió Ava, mirándola.

Rafferty dio un codazo al novio. —Ya casi es hora.

Whitfield parecía un poco alocado cuando se dio la vuelta para mirar a los asistentes, y la sonrisa de Rebecca se ensanchó. El pobre hombre parecía preocupado cuando no había razón para estarlo. Las partes más difíciles del matrimonio vendrían después.

Lady Ava se retorció para acercarse, y Rebecca la rodeó con un brazo para contenerla. —Quédate quieta ahora. No quiero perderme ni un momento.

Ante alguna señal desde la puerta, Rafferty empujó a Whitfield hacia el vicario.

Cuando Jessica apareció del brazo de Padre en la entrada, un suspiro colectivo recorrió la sala. Los ojos de Padre, afortunadamente, estaban secos, y la sonrisa de Jessica era desenfrenada mientras se acercaba a su futuro esposo.

Cuando Jessica y Whitfield se encontraron frente al vicario, Rafferty retrocedió para ponerse al lado de Rebecca. Ella echó un vistazo a su chaleco, complacida de ver que había elegido usar algo más apropiado hoy.

Ver a Jessica a punto de casarse con el hombre que amaba transportó instantáneamente a Rebecca en el tiempo. Le recordó que su propio día de boda había sido un asunto mucho más tranquilo y sombrío que este. Había sido una novia nerviosa, especialmente después del desbordamiento emocional de su padre. Casi había llorado también, pero el matrimonio había sido lo esperado para ella. Había hecho todo lo posible por asegurar al marido adecuado, pero había fallado.

Jessica era sin duda la afortunada. No estaba nerviosa en absoluto. Viviría cerca de su familia por el resto de su vida.

Sintió un roce en sus dedos, y como nadie podía verlo, permitió que Rafferty le tomara la mano durante la ceremonia porque de repente sintió la necesidad de apoyo. Rebecca se había casado con un hombre severo que había mostrado gran reserva en público. Solo más tarde descubrió sus defectos y el egoísta canalla que realmente había sido. No cometería el mismo error la próxima vez que se casara. Si se casaba con alguien, tendrían que demostrar que podían poner sus necesidades en primer lugar.

Rebecca asintió cuando la feliz pareja completó sus votos.

Y entonces terminó. La última de los Westfall se había casado. Los novios intercambiaron un casto beso y luego se volvieron para enfrentar a sus felicitadores.

De repente, una lluvia de arroz cayó sobre la pareja, y Rebecca disfrutó de la expresión de shock de Whitfield. —Esa fue mi idea —le dijo a Rafferty.

—Me gusta lo aturdido que se ve —admitió él mientras soltaba su mano.

Rebecca esperó impacientemente su turno para felicitar a la pareja. Dirigió sus primeras palabras a Whitfield. Después de todo, era su nuevo hermano mayor. —Felicidades, Gideon, y bienvenido a la familia.

Él se inclinó para besarle la mejilla. —Gracias, Becca. Mi querida hermana.

Ella sonrió, felicitó a Jessica con un beso en la mejilla también, y luego retrocedió para que otros pudieran hablar con la feliz pareja. Chocó con Rafferty casi de inmediato. —Una hermosa ceremonia —murmuró después de disculparse por no haberlo notado.

—Sin duda lo fue. Por un momento pensé que Whitfield realmente podría desmayarse.

—Está hecho de una pasta más dura que eso —prometió Rebecca, sonriendo a Lady Ava, que estaba radiante—. Después de todo, ahora está emparentado con los Westfall. Los Westfall nunca se desmayan.

—Lo tendré en cuenta.

La mano de Rafferty se posó brevemente en la base de su espalda. —¿Adónde vamos ahora?

Ella se estremeció. —Bebidas en el jardín para que puedan preparar las mesas del comedor aquí.

—¿Ayudo a animar a todos a salir? —ofreció él.

Ella asintió, complacida de contar con su ayuda. Tratar con la sociedad era a veces como arrear gatos. —Circularé con Lady Ava y luego la enviaré de vuelta a la guardería, ¿de acuerdo?

—Por favor, hazlo —murmuró Rafferty. Besó la cabeza de su hija—. Vendré por ti justo antes de que comience el desayuno de bodas. Todo lo que te perderás es charla aburrida.

—Está bien —aceptó Lady Ava de mala gana.

Rebecca tomó la mano de la niña para que no se separaran y guió a Ava entre los invitados locales. Presentó a la niña a algunas personas que ya debería conocer pero no conocía. Ava encantó a todos los que conoció y pareció absorber cada palabra que Rebecca decía sobre ella. Cuando llegaron al vestíbulo, Rebecca lamentó mucho que tuvieran que separarse. Entregó a la niña a su propia doncella, que también había bajado a echar un vistazo a la boda. —Déjala con ese vestido, pero refresca su rostro, por favor.

—Sí, señora —prometió Nancy antes de llevarse a la niña.

Un sirviente se apresuró hacia ella, pareciendo bastante agitado. —Disculpe, señora.

—¿Qué sucede?

—Un visitante está esperando para hablar con usted en el Salón Melocotón. Me temo que no está en la lista de invitados.

—¿Un visitante? ¿Ahora? ¿Quién?

—Un tal señor Peter Warner presentó su tarjeta justo cuando comenzaba la ceremonia y exigió verla. Lo entretuve hasta ahora. ¿Qué debo hacer con él?

Rebecca jadeó. Se esperaba que volviera adentro para la fiesta, pero no podía desatender a su cuñado. No había hablado con Peter Warner en más de dos años y no tenía idea de qué podría querer de ella. —Lo veré. ¿Podría informarle a su gracia que he sido retenida por un miembro de la familia de mi difunto esposo? Dígale que regresaré tan pronto como pueda, pero si no aparezco en una hora, que comiencen el desayuno sin mí.

Rebecca había esperado que, ahora que el matrimonio se había llevado a cabo, pudiera disfrutar de los frutos de sus esfuerzos durante el resto de la velada en relativa paz. Pero la familia siempre iba primero. Cuadró los hombros y caminó resueltamente hacia la reunión. El momento de la llegada de Peter no podría haber sido peor.

Peter Warner estaba de pie en el centro de la habitación y sonrió cuando ella se acercó. Siempre había sido un hombre delgado y ambicioso, y desde que heredó su antigua casa y la totalidad de las propiedades de su esposo, exceptuando su dote de viuda, no había cambiado en absoluto. Había discutido sobre su acuerdo matrimonial, alegando que la hija de un duque difícilmente requería ingresos propios. Había asumido que ella volvería a vivir con su propia familia. Peter le recordaba demasiado a su difunto esposo.

—Señor Warner.

—Señora Warner.

Ella hizo una reverencia, y él ofreció un breve asentimiento en lugar de inclinarse. Rebecca pasó por alto el insulto implícito en sus acciones y le rogó que se sentara. —¿Qué le trae a Stapleton, señor?

—Debería preguntarle lo mismo —dijo él mientras tomaba asiento a su lado—. Lo último que supe es que andaba paseando por Londres.

—Mi tiempo fue mejor empleado que eso. Mi hermana hizo su presentación en la corte, y yo estuve allí para apoyarla. —Pero se preguntaba cuándo Peter Warner se había preocupado alguna vez por lo que ella hacía. Después de que la escandalosa infidelidad de su esposo se hiciera ampliamente conocida, él había sido el primero en echarle toda la culpa a ella—. Siempre vuelvo a casa en esta época del año. He estado aquí durante semanas.

Peter Warner parpadeó. —¿Es así?

—Sí, siempre. —Se acercó a él—. ¿Ocurre algo?

—No. Quizás no sea nada. Voy de camino a Londres, así que pensé en pasar a ver si estaba usted aquí.

—Es muy amable de su parte venir, pero desafortunadamente ha llegado en un día trascendental.

Peter se inclinó más cerca mientras su voz bajaba a un susurro. —¿El duque está organizando otra de sus pequeñas fiestas?

Ella asintió. No le gustaba cuando Peter se acercaba demasiado, ni ningún hombre excepto Rafferty, ahora. Tenía demasiada historia con Peter para creer que le hablaba como un hermano o incluso un amigo. —Hoy hubo una boda.

Él la miró con agudeza. —¿De quién?

—Mi hermana menor se ha casado con nuestro vecino, el señor Whitfield, y acaban de convertirse en marido y mujer cuando usted llegó. No falta mucho para que comience el desayuno de bodas.

—Supongo que usted tuvo algo que ver en hacer la pareja —sugirió él, sentándose como si planeara quedarse un rato—. Siempre estuvo tan ansiosa por emparejar a la gente, ¿no es así?

Rebecca se sentó a regañadientes. Una vez había intentado emparejar a Peter con una buena mujer, pero él no había estado interesado en lo que ella tenía que decir. Había oído que se había casado desde que su esposo falleció, pero no había conocido a la mujer. —En absoluto. Mi hermana y el señor Whitfield se dieron cuenta de que su admiración mutua se había convertido en amor y se emparejaron solos, en realidad.

—¿Amor? —Peter se burló de la idea—. ¿O es la unión de dos grandes fortunas?

—El dinero no tuvo nada que ver con la elección de esposo de Jessica. ¿Cómo está todo el

mundo en casa?

Él pareció disgustado por su pregunta, pero se encogió de hombros. —Bastante bien. Nos las arreglamos muy bien sin su interferencia.

Ella se negó a dejar que ese comentario la molestara. También había sido más feliz sin la familia de su esposo en su vida. —Me alegro.

Warner habló entonces de los cultivos florecientes de la finca, la granja familiar en la que una tormenta había causado estragos, campos de cebada cosechados hacía meses, y una docena de pequeñas cosas que poco importaban a Rebecca ahora. En otro tiempo, le habría importado mucho. Habría trabajado día y noche para asegurarse de que todo funcionara sin problemas.

No es que sus esfuerzos hubieran sido alguna vez apreciados. —Ha tenido usted las manos llenas.

—Sí, en efecto. Ha sido un año rentable hasta ahora.

Ella esperaba que se marchara pronto. —Y ahora tiene tiempo libre para viajar de nuevo. Qué maravilloso.

Peter la estudió. —¿Ha tenido algún trato últimamente con el abogado? Supongo que aún mantiene sus asuntos con Barclay.

—Sí, de hecho recibí una carta suya esta semana —dijo ella con entusiasmo—. Goza de excelente salud.

—¿Cuál era la naturaleza de la carta? —preguntó él, inclinándose hacia adelante.

Su repentina pregunta la tomó desprevenida momentáneamente. Rebecca no se sentía cómoda discutiendo nada sobre sus finanzas, y menos aún con Peter.

—Nada importante —dijo con cautela. Aunque compartían el mismo abogado en Londres, lo que sucedía en su vida no era asunto de Peter—. Envió el informe trimestral habitual. Imagino que usted también habrá recibido el suyo recientemente.

—Lo recibí y le cuestionaré sobre el contenido cuando lo vea.

Rebecca tragó saliva. —¿Hay algún problema?

—Posiblemente. —Peter frunció el ceño—. Puede que no sea nada, pero creo que sería en nuestro mejor interés vigilar más de cerca a Barclay y cómo maneja nuestras finanzas. Ha habido demasiados errores para mi gusto.

Rebecca se quedó boquiabierta. —¿Usted también?

Peter asintió, pero luego se puso de pie repentinamente. —Debería despedirme para que pueda ir a la fiesta.

Rebecca también se levantó, sintiendo solo alivio de que se marchara. —Gracias por venir a advertirme, señor Warner.

Él la estudió de nuevo. —Solo estaba cumpliendo con mi deber. Mi hermano habría querido que la cuidara en esto. Buenos días, señora.

Un sirviente estaba esperando justo más allá del umbral y le mostró el camino a la puerta principal.

Una vez que se marchó, Rebecca se dejó caer en una silla y se llevó la mano a la cabeza. Peter jamás la buscaría si tuviera alguna duda sobre sus sospechas. Sería prudente hacerle caso y regresar a Londres lo antes posible. Podría partir al amanecer del día siguiente.

CAPÍTULO TRECE

Adam le dio una palmada en el hombro a Whitfield mientras observaba el grupo de invitados que se esparcía por el césped. Era un grupo alegre, sin duda, pero no podía ver a Rebecca por ningún lado, y empezaba a preguntarse qué la había retrasado. —¿Cómo lo estás llevando, amigo mío?

—Mejor de lo que imaginaba —admitió Whitfield en voz baja.

—Bien. Bien. Creo que tu iniciación en la familia Westfall va muy bien —bromeó.

Whitfield arqueó una ceja. —¿Eso es lo que es esto?

—Me han dicho que una de las primeras reglas de ser miembro de la familia Westfall es nunca desmayarse —admitió Adam.

—Entonces tú fallarías. Escuché todo sobre tu pequeño vahído después del accidente del carruaje del propio Stapleton.

Por supuesto, Stapleton había compartido todo con Whitfield. Apenas se guardaban secretos entre ellos. —La segunda regla es nunca hablar de ningún incumplimiento de la primera regla.

Whitfield se rio. —¿Está escrito eso en algún lado?

—Estoy seguro de que debe estarlo. Becca lo sabrá.

—¿Becca, eh? —Whitfield se giró, y su expresión insinuaba una sonrisa—. No es la primera vez que pronuncias su nombre así. Pensé que solo la familia se atrevía.

—Me gusta vivir peligrosamente. —Adam se encogió de hombros—. Rebecca simplemente no le queda.

—¿Y Becca sí? Dudo que ella esté de acuerdo contigo.

Adam sonrió. —Nunca lo está. Por cierto, ¿dónde está? Espero que la embriaguez de llamarte hermano por primera vez no la haya hecho desmayarse y fallar la primera regla de ser una Westfall.

Whitfield negó con la cabeza, riendo de nuevo. —No es mi culpa. Escuché que su cuñado ha llegado, sin aviso ni invitación, debo añadir. Está con él ahora.

—Espero que no sea nada grave.

—No sabría decirte ni me atrevería a preguntarle. Pero sé que Rebecca no está en los mejores términos con ellos, así que espero que se vaya pronto. Jessica no está contenta con el retraso. Su Gracia ha retrasado el inicio del desayuno de bodas debido a la ausencia de Rebecca.

Adam maldijo por lo bajo. Maldita sea la familia Warner. Estaban impidiendo que Rebecca se divirtiera. Eso no estaba bien. —Eso me recuerda que será mejor que vaya a buscar a mi hija antes de que piense que me he olvidado de ella. Con tu permiso.

Adam dejó a los invitados, pero en lugar de ir directamente a buscar a Ava, merodeó por la mansión, esquivando a los sirvientes que se apresuraban a preparar las habitaciones para la

comida.

Encontró a Rebecca sentada sola con la cabeza entre las manos.

Parecía que el Sr. Warner ya se había ido. Preocupado, entró en la habitación y cerró las puertas tras él.

Rebecca debió haberlo oído porque levantó la cabeza. Su sonrisa era titubeante. —¿Qué haces aquí?

—Iba de camino a buscar a Ava y te vi sentada aquí sola, así que...

Ella arqueó una ceja. —Ava está arriba, al otro extremo de la casa, Rafferty.

Él le guiñó un ojo y luego se inclinó para besar sus hermosos labios con la esperanza de verla sonreír de nuevo. —La duquesa está reteniendo el desayuno de bodas hasta que estés libre para unirte a nosotros.

—Oh, le pedí que no hiciera eso —se quejó Rebecca.

—Por supuesto que lo hiciste. Pero esperamos tu compañía de todos modos. —Acarició su mejilla—. ¿Qué quería Peter Warner contigo que te hace parecer tan triste?

Ella se apartó, frunciendo el ceño. —No estoy triste.

Y aun así, ella lo mantenía al margen. —Nunca le diría a nadie lo que me dijeras en confianza. Me llevaría tus secretos a la tumba.

Ella sonrió rápidamente. —Realmente no hay ningún gran secreto que compartir. Peter está de camino a Londres y vino a saludar. Dijo que sentía que era su deber visitar a la viuda de su hermano. Pasó apenas veinte minutos conmigo, y luego decidió continuar su camino.

—¿Quizás no quería retrasar tu regreso a la fiesta?

—Estoy segura de que fue eso. —Se puso de pie, extendiendo las manos—. Realmente no me importa una interrupción tan breve.

—¿No sois cercanos entonces?

—No hemos hablado en casi dos años. Ni siquiera conozco a la esposa de Peter.

Los hombres no visitaban a mujeres que no les agradaban, a menos que quisieran algo de ellas. Adam estaba perplejo por su relato de la visita. —Suena como un tipo extraño —dijo finalmente, y luego le ofreció su brazo—. La fiesta te espera, señora.

—Sí, es cierto. —Miró su brazo y negó con la cabeza—. Fue amable de tu parte preocuparte por mi paradero, pero ¿no deberías ir a buscar a tu hija ahora?

—Ah, sí. Ava nunca me perdonará si me olvido de ella.

—Yo tampoco te perdonaría —le advirtió.

Adam se rio y robó un beso más. —Entonces iré a buscar a mi hija como ordena mi señora. Nos vemos pronto.

Adam subió corriendo las escaleras hacia la nursería, donde sin duda Ava estaría esperándolo.

En cambio, la encontró de pie en el centro de la gran habitación, agarrando un puñado de papeles y con el brazo extendido. —¡Giren ahora! —gritó, y los niños se apresuraron a obedecer, algunos con consecuencias desastrosas.

Algunos de los niños eran muy pequeños y muy descoordinados. Pronto estaban riendo tanto que la mayoría se cayó. Ava estaba de pie en el centro de todo, con las manos ahora en las caderas. Les ordenó a todos que se levantaran y lo intentaran de nuevo.

Desconcertado por el comportamiento de su hija, Adam observó en silencio durante varios minutos. Ava claramente se había adaptado en esta visita. Los gemelos la rodeaban, pero no parecían representar ningún peligro para ella. Se alegró porque podría estar viendo más a menudo a la pareja muy pronto si él se salía con la suya.

Casi odiaba tener que llevársela al desayuno de bodas, pero había hecho una promesa. —Ava —llamó suavemente.

—Oh, por fin has venido —exclamó Ava. Le entregó sus papeles a una criada cercana y luego corrió a su lado—. ¿Dónde está la señora Warner?

—Esperándonos abajo a los dos —prometió.

Ava se despidió con la mano de los niños que dejaba atrás y lo arrastró hacia la escalera.

—¿Qué estabas haciendo allí atrás?

—Enseñando a todos a bailar. La señora Warner nos ha estado dando lecciones cada día, pero hoy no pudo por la boda.

Él se rio.

—¿La señora Warner te dio una tarea?

—Yo pedí algo para que hiciéramos.

Adam se rio entre dientes. Si, o más bien cuando, se casara con Rebecca, Ava definitivamente adquiriría más y más de sus hábitos de gestión.

Llevó a Ava a su silla y se sentó a su lado justo cuando servían el primer plato. Desafortunadamente, Rebecca se había sentado lejos de él y de Ava. Su hija la saludó con la mano, y Adam hizo lo mismo sin pensarlo realmente.

Rebecca se sonrojó intensamente y devolvió el saludo con un gesto muy pequeño.

La comida era espectacular, la variedad de platos servidos sublime. Si esto era lo que podía ser estar gestionado por Rebecca, Adam estaba ansioso por asegurar tal futuro. Se rio durante los discursos, principalmente porque Whitfield parecía extremadamente incómodo.

Cuando la pareja recién casada finalmente se escabulló de los invitados horas más tarde, Adam descubrió que sentía envidia. No de Whitfield casándose con Lady Jessica, sino del hecho de que su amigo tuviera a alguien a quien amar abiertamente.

Adam no debería quejarse. Había ganado el interés de la dama de su elección, pero estaba incierto sobre lo que el futuro podría traer. Rebecca podría decir que no a su propuesta cuando la hiciera. Ella no había aceptado exactamente la idea de que pudieran continuar después de la fiesta en la casa.

Después de que Ava regresara a la guardería, Adam mantuvo un ojo sobre Rebecca, pero no había encontrado otra oportunidad para atraparla a solas para discutir su futuro. Y quería tener esa discusión con ella. Más que nada, sentía la urgencia de asegurar que su relación continuara mucho más allá de los próximos días de la fiesta en la casa.

De repente vio su oportunidad cuando una sirvienta le hizo señas a Rebecca, y ella se dirigió al pasillo. Él la siguió por una ruta indirecta, pero se detuvo cuando llegó al pasillo. Adam no la vio al principio porque ella había caminado más lejos. Pero escuchó su voz, dando instrucciones para que la despertaran temprano mañana.

Adam la alcanzó justo cuando despedía a la criada.

—Nunca he disfrutado más una velada, señora Warner.

—Me alegro. —Ella miró alrededor—. Siento como si se me hubiera quitado un peso de encima.

—Y ahora la carga de mimar a tu hermana caerá sobre los hombros del pobre Whitfield.

—Estoy segura de que lo manejará —le aseguró ella—. Y probablemente no se quejará.

—Los recién casados rara vez lo hacen —prometió Adam.

—Sí, lo recuerdo. Los hombres guardan sus muestras de petulancia para más tarde.

Adam captó su tono de desaprobación y la miró fijamente.

—No disfrutaste estar casada, ¿verdad?

—Nunca dije eso —dijo ella en voz baja.

Adam estaba aprendiendo a leer entre líneas para escuchar lo que ella no decía. Podía entenderlo: había sido traicionada y humillada. Podría llevar algo de trabajo ganarse su confianza y acuerdo para casarse. Adam era optimista de que eventualmente podría probarse digno.

—A mí me gustó —confesó—. Era reconfortante saber que al final del día, tendría a alguien con quien meterme en la cama.

—Prefiero dormir sola.

—Toda la evidencia indica lo contrario. Usted acapara las sábanas, señora —se quejó con una suave risa. Les iba bien juntos en la cama. Fuera de ella quizás requería un poco más de tiempo para que ella se acostumbrara a la idea de tenerlo siempre alrededor. Le acarició el cuello con la nariz—. Adoro el aroma de tu piel. Es tan inusual. ¿Qué es?

—Jazmín y alquitrán de hulla —susurró ella.

—¿Alquitrán de hulla?

—Normalmente se usa para problemas de la piel, pero funciona.

—Extraordinario. Tengo ambos en Gable Park, pero nunca pensé que funcionarían tan bien juntos.

—Shh, es un secreto.

Él se rio entre dientes.

—¿Alguna vez deseas ser la señora de una gran propiedad? —preguntó—. ¿No te pican los dedos por decirle a alguien qué hacer y beneficiarte de ello?

—Ya me beneficio de eso. —Cuando sonrió, su corazón dio un vuelco. Si continuaban llevándose bien, se aseguraría de que ella siempre tuviera motivos para hacerlo.

Dio un paso atrás, extendiendo una mano.

—Ven conmigo —susurró, haciendo señas a Rebecca para que lo siguiera a las sombras de una cámara cercana.

Aunque un ceño fruncido inmediatamente arrugó su frente, ella miró por encima de su hombro y luego, para su deleite, lo siguió.

Tan pronto como tuvieron privacidad, la acercó más y luego la hizo girar. Colocó sus manos sobre sus hombros, notando que sus músculos estaban lo suficientemente tensos como para tocar música con un arco. Amasó su carne un momento, ganándose lo que sonó como un gemido muy definido de gratitud, y luego besó su cuello. Ella era encantadora, cuando no estaba enojada con él.

—Has logrado tanto. Debes estar complacida.

—Creo que mi padre está complacido.

Adam reanudó acariciando su cuello con la nariz, deslizando sus manos alrededor de su cuerpo posesivamente.

—No puedo quedarme —susurró ella.

—Un minuto más —suplicó suavemente—. Pensé que esto podría hacerte sentir bien. Has estado corriendo de un lado a otro durante días persiguiendo a tu familia. Tú también necesitas un poco de atención.

—Eres muy bueno en eso, pero...

—¿Volverás y seguirás de servicio hasta el final de todo? —terminó por ella.

—Eso había planeado. Por eso no iba a bailar esta noche.

—Me preguntaba por qué te negaste, pero aún te deseo.

Ella levantó los ojos lentamente.

—No puedo verte esta noche.

Se veía tan triste por ello, que Adam acunó su mejilla y presionó un beso en su frente. Habría mucho tiempo para estar juntos si se salía con la suya.

—Entiendo. No puedes soportar decepcionar a ninguno de ellos, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Vuelve entonces. Aún seré tuyo mañana por la noche —prometió con una sonrisa. No se iría de Stapleton hasta que el duque lo echara.

—Adam, hay algo que debo decirte antes de irme.

Adam rápidamente presionó un dedo sobre sus labios.

—No tienes que decir una palabra. Sé que me extrañarás esta noche.

Aunque asintió, otra arruga se formó en su frente.

—Tengo que irme. Adiós.

—Hasta mañana —Adam permitió que Rebecca se marchara. Pero mañana y los días siguientes, formularía un plan para cortejarla definitivamente.

Regresó paseando hacia los invitados y se encontró con el duque de Stapleton antes de haber ido demasiado lejos. La sonrisa del duque parecía forzada.

—Necesito una copa.

Adam accedió a acompañarlo. Ahora podía beber porque no arriesgaría ofender las delicadas sensibilidades de Rebecca más tarde esa noche. Adam siguió al duque hasta su estudio y aceptó lo que le ofrecieron.

—¡Brindemos por un maravilloso matrimonio que acaba de comenzar! —exclamó.

El duque asintió distraídamente y se bebió su copa de un trago.

Adam dejó su vaso.

—¿Ocurre algo malo?

Stapleton asintió.

—No exactamente, pero mi esposa ha vuelto a enfermar, y no me gusta sentirme dividido.

—Oh, lamento oír eso. Su excelencia parecía estar bien hace una hora cuando hablé con ella por última vez.

—La enfermedad va y viene con más frecuencia de lo que jamás imaginé —el duque miró hacia el techo—. Acabo de enterarme de que mi esposa me ha estado ocultando ese hecho durante semanas. De no ser por la ayuda de Rebecca, ahora sé que la boda quizás nunca se habría celebrado hoy.

—Su hija es una anfitriona hábil —señaló Adam. Pero entonces se dio cuenta de que si la duquesa seguía enferma, Rebecca asumiría de nuevo sus deberes durante lo que quedaba de la fiesta en la casa, y quizás más allá también. Se sintió decepcionado de que Rebecca pudiera tener solo un poco de tiempo para él, y solo por las noches.

—Esperaba ir a Londres —el duque se frotó la cara con la mano y bostezó.

—¿Cuándo?

El duque sacó su reloj de bolsillo.

—En unas horas.

—Es repentino, pero estoy seguro de que sus hijas estarán más que felices de cuidar de su excelencia.

—Estoy seguro de que lo estarían, pero yo estaría más tranquilo si Rebecca se quedara —murmuró el duque antes de darse la vuelta para rellenar un vaso.

Al hacerlo, Stapleton no notó la total conmoción de Adam.

Adam se inclinó hacia el frente de su silla, ansioso por escuchar más.

—Nunca escuché que ella se fuera mañana —comenzó con bastante calma, pero rápidamente

sintió alarma de que su amante hubiera tenido suficiente de él.

—Nadie sabe aún que planea escabullirse al amanecer. Maldita chica, lleva a su pobre padre a beber —se quejó el duque mientras se bebía otro vaso.

Adam se puso de pie y recogió su propio vaso. Bebió lentamente, pero no le ayudó a sentirse mejor.

—¿Por qué va a Londres?

El duque exhaló.

—Un pequeño inconveniente. Nada de qué preocuparse.

Pero Adam estaba inmediatamente preocupado. Primero, su cuñado aparece inesperadamente y Rebecca no le dirá por qué, y ahora ella se apresura a ir a Londres. Definitivamente algo estaba pasando con ella, y él llegaría al fondo del asunto antes de decidir cómo confrontarla, o si siquiera debería hacerlo.

—Me alegro.

Adam terminó su bebida y, después de un momento de consideración, sirvió otra para el duque también, asegurándose de que el vaso del duque estuviera más lleno que el suyo.

Adam bebió lentamente, esperando su momento hasta que el duque sintiera los efectos. Entonces, cuidadosamente planteó las preguntas que le ayudarían a descubrir todo lo que necesitaba saber sobre el repentino viaje de Rebecca a Londres.

CAPÍTULO CATORCE

Lord Rafferty, por fin, salió del carruaje frente a una concurrida posada de diligencias en el camino a Londres y dejó a Rebecca en compañía de su hija y su doncella. Habían estado viajando durante horas desde Stapleton, y Rebecca anhelaba escapar del estrecho confinamiento y la tensa atmósfera, resultado de haber sido casi secuestrada por el conde.

Al parecer, en algún momento durante la noche anterior, Rafferty se había enterado de su viaje a Londres y había obtenido la bendición de su padre para llevarla allí en su propio carruaje.

Rafferty no tenía intención de viajar a Londres hasta ayer por la tarde. Había dado todas las indicaciones de que permanecería en Stapleton Manor muchos días más. Rebecca había esperado completar su encargo en Londres y regresar a Stapleton, y a él, si aún estaba allí esperando.

Pero ahora viajaban juntos, y él no le había preguntado ni una sola vez sobre el motivo de su viaje. Eso era inusual, porque últimamente Rafferty se había dedicado a cuestionar todo lo que ella hacía. Rebecca estaba preocupada de que su padre hubiera dejado escapar algo anoche sobre sus problemas. ¿Por qué otro motivo Rafferty se habría sentido obligado a hacer un viaje que coincidía tan estrechamente con el suyo de repente?

Rebecca se inclinó hacia adelante y ayudó a Ava a ponerse las zapatillas. La niña había dormido la mayor parte del día, afortunadamente, y nunca cuestionó a dónde la llevaba su padre. —Debemos tener cuidado aquí y permanecer juntas —advirtió a la niña. No era necesario decirle a Nancy que las posadas de diligencias eran lugares peligrosos para las mujeres solas. Ava tendría la protección de su padre, por supuesto, pero Ava no siempre hacía lo que se le decía. Se había escapado de la guardería de Stapleton varias veces por su cuenta, y solo fue buena suerte que Rebecca se la hubiera encontrado.

—Vigilaré a la niña —prometió Nancy—. Esta noche también.

Rebecca lo agradeció, pero le preocupaba eso y los otros comentarios astutos que su doncella había pronunciado durante el viaje a Londres. A pesar de que el conde había mantenido la cabeza en un libro mientras estaban en el carruaje, Nancy parecía sospechar que Rebecca estaba involucrada de alguna manera con él. Su sirvienta había mirado entre ellos durante todo el viaje y comenzó a sonreír tan pronto como Rafferty anunció que se detendrían aquí para pasar la noche.

Rebecca miró por la ventanilla del carruaje hacia el polvoriento patio de la posada. Nunca se había detenido en esta posada de diligencias en particular y confiaba en que Rafferty hubiera elegido bien.

Rafferty regresó entonces, luciendo un poco arrugado y cansado, pero sonriente. Hizo que un mozo abriera la puerta de nuevo y bajara los escalones. Extendió su mano hacia Rebecca. —Las habitaciones están arregladas, señora. Entremos.

Rebecca aceptó la ayuda de Rafferty con gusto, pero soltó su mano tan pronto como fue posible. Ansiosa por un momento a solas, se apresuró a entrar en el edificio delante de todos y fue recibida por el posadero.

—Lady Rafferty, bienvenida a nuestro humilde establecimiento —dijo el hombre.

Rebecca casi se atraganta al oír el falso título salir de sus labios. ¿Lady Rafferty, nada menos? Sin embargo, forzó una sonrisa.

El hombre sonrió cálidamente. —Su esposo insistió en que se sirviera el té en el comedor privado tan pronto como se haya refrescado del viaje.

—Gracias —Rebecca pasó junto a él con su sonrisa más regia firmemente en su lugar, pero una vez sola, se llevó la mano a la cabeza. Definitivamente podía sentir que le venía un dolor de cabeza. Rafferty parecía decidido a hacer su vida más difícil de lo que ya era.

Cuando regresó al pasillo después de refrescarse, escuchó a Rafferty riendo junto con otros. La taberna estaba en esa dirección, pensó, pero esperaba que se uniera a ella pronto para poder decirle lo que pensaba, preferiblemente antes de que estuviera demasiado borracho para escuchar lo molesta que estaba con él.

Una criada la dirigió a una agradable habitación lejos de la taberna, y el bendito té ya estaba esperando en la larga mesa. Se sentó, permitió que la criada la sirviera y bebió a sorbos, esperando su momento hasta que Rafferty se uniera a ella.

Cuando Lady Ava y Lord Rafferty entraron juntos, desafortunadamente, todo lo que pudo hacer fue fruncir el ceño hacia él y continuar esperando su oportunidad de hablar con él a solas.

Rafferty hizo una señal a la sirvienta para que llenara dos tazas de té y luego la despidió con un movimiento de sus largos dedos.

—Me sorprende que no estés sosteniendo una jarra —murmuró ella suavemente.

—La gente puede cambiar cuando quiere —murmuró él, y luego tomó un sorbo de su té—. Los pocos viajeros en la taberna informan que el camino por delante está en excelentes condiciones.

Ella resopló ante la noticia y lo miró.

Rafferty había cambiado en las últimas semanas. Tenía que darle crédito por eso. Pero ¿cuánto duraría tal milagro de su sobriedad o su elección de chalecos sobrios para vestir?

Consideró qué hacer. Solo Ava estaba con ellos en ese momento, y tenía la cara pegada al cristal de la ventana, observando el patio de abajo. Ahora podría ser la única oportunidad que tendría para conversar antes de retirarse por la noche.

Captó la mirada de Rafferty para susurrar: —¿Quién crees que creerá esta artimaña que has inventado?

—Todos, a menos que te delates protestando continuamente contra mis decisiones, diseñadas, debo añadir, para proteger tu reputación —dijo Rafferty, sentándose a su lado—. Sonríe. Nadie nos conoce aquí, y Ava entiende la necesidad de un poco de engaño inofensivo.

—Así que todo saldrá bien... hasta que nos encontremos cara a cara con alguien que conocemos —espetó ella—. Le dije a mi padre que no necesito una escolta para ir a Londres. ¿Por qué vas a Londres?

—Tengo mis razones —Rafferty miró más allá de Rebecca—. Ava, aléjate de las ventanas.

—Pero papá, acaba de pasar un carruaje elegante.

El conde se rió suavemente. —Nosotros llegamos en un vehículo así. ¿O es que el nuevo carruaje de papá no es lo suficientemente bueno para ti? Vuelve a la mesa ahora antes de que me acusen de criar a una salvaje. Muéstrale tus mejores modales.

La niña saltó a una silla, con una mirada de vergüenza en su rostro. Pero luego sonrió. —Lo

siento, mamá —dijo con un guiño exagerado.

Rebecca se llevó la mano a la cabeza. Al menos la niña parecía feliz jugando junto con el ridículo engaño de su padre. No tenía idea de los problemas en los que el ardid de su padre podría meterlos.

Levantó la cabeza y entrecerró los ojos mirando a la niña y luego a su padre. Aunque le agradaba Lady Ava, con ella sentada tan cerca ahora, Rebecca ni siquiera podía susurrar sus quejas al oído de Rafferty sin que la niña escuchara cada palabra. Él acababa de maniobrarla hacia el silencio.

Estaba furiosa.

Cuando el té se había consumido en casi silencio, la esposa del posadero regresó con sirvientes que se apresuraron a colocar una serie de platos en el otro extremo de la mesa. Nancy regresó entonces, también, con la seguridad de que las habitaciones que el conde había alquilado para la noche estaban preparadas.

Después de comer, enviaría a Lady Ava con su doncella y luego intercambiaría unas docenas de palabras en privado con el conde. Estaba ansiosa por ello.

El conde le sonrió de repente. —Comamos. Ha sido un día muy largo, y estoy seguro de que las damas querrán retirarse a descansar lo antes posible.

Después de comer y de destrozar verbalmente a Rafferty, Rebecca tenía la intención de dormir sola.

Se trasladaron al otro extremo de la mesa, y aunque Nancy intentó servir, Rafferty la mandó a sentarse. Sirvió primero a Rebecca, luego a su hija y también a la doncella. Había vino en la mesa, pero solo se sirvió un poco para él y para Rebecca. Ava y Nancy tomaron leche.

Rebecca descubrió rápidamente que, después de todo, no tenía mucha hambre. Movió el sorprendentemente buen estofado de carne y patatas por su plato interminablemente y luego lo apartó.

Rafferty notó el plato medio comido, pero no dijo nada al respecto más allá de levantar una ceja con sorpresa. Continuó comiendo y entretuvo a su hija y a Nancy con historias de sus viajes pasados. La niña absorbía las historias, pendiente de las palabras de su padre de una manera dulce que hizo sonreír a Rebecca.

Verlos tan felices juntos hizo que la irritación de Rebecca disminuyera. No sabía mucho sobre los intereses de Rafferty, pero ciertamente contaba bien las historias de su vida. Nunca había tenido motivos para conocerlo mejor hasta ahora, y casi contra su voluntad, se fascinó observándolo hablar. Quizás tenía una buena excusa para estar aquí después de todo.

Rafferty se sacudió las migas del regazo al final de la comida. —Hora de dormir, mi niña.

—Pero papá...

—No. No. Nos levantaremos con el sol mañana para llegar a Londres a tiempo.

La niña se acercó y abrazó fuertemente a su padre por el cuello. Rebecca aprovechó la oportunidad para hacerle un gesto a Nancy para que se fuera con la niña. Nancy sonrió con suficiencia y luego borró rápidamente la expresión cuando Rebecca frunció el ceño.

Ava se acercó a ella con una mirada de incertidumbre en su rostro. —Buenas noches, mamá —dijo suavemente.

Rebecca no iba a seguirle el juego de buena gana. —Buenas noches, Lady Ava. Que tengas dulces sueños.

Ava de repente la abrazó antes de salir corriendo hacia Nancy y escabullirse de la habitación.

Ella centró su atención en Rafferty tan pronto como se cerró la puerta. —¿Qué significa este viaje tuyo?

—¿No puedo decidir viajar a Londres con poca antelación?

—No, no puedes. Tenías la intención de quedarte en Stapleton los próximos días.

—Los planes cambian. Descubrí que tengo asuntos urgentes que atender en Londres.

—¿Qué asuntos podrías tener allí que sean tan urgentes? No llegó ningún mensajero a la finca ayer para ti, y no recibiste ninguna carta en la semana anterior.

Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Ya estás controlándome, Becca.

Ella frunció el ceño de nuevo. Había estado vigilando las idas y venidas de Rafferty, pero no lo admitiría ahora. *Había* mantenido relaciones íntimas con el hombre. No permitiría que su felicidad fuera destruida otra vez porque había juzgado mal su carácter. —Mi nombre es Rebecca Warner. Señora Rebecca Warner.

Él se encogió de hombros. —El nombre no te queda bien.

—Esa no es una decisión que te corresponda tomar. Por favor, dirígete a mí correctamente una vez que salgamos de este establecimiento. No seré partícipe de continuar con una historia tan descabellada y ridícula como la que has inventado para nuestra estancia.

De repente, él se inclinó hacia adelante, tamborileando con los dedos sobre la mesa entre ellos. —¿Y si te dijera que el asunto que me lleva a Londres eres tú?

Ella sintió que su interior daba un pequeño vuelco ante su confesión. —¿Yo?

—Anoche, muy tarde, me enteré de que te ibas de la finca... sin despedirte, debo añadir.

—Intenté decírtelo... —Se interrumpió.

—Deberías haberlo intentado con más ahínco. —Se pasó los dedos por el pelo. —Al principio pensé que te ibas por mi culpa.

—No. —Se sonrojó. —Mi decisión no tenía nada que ver con nuestro affaire.

—Maldita sea, mujer, podrías hacer que un hombre volviera a la bebida. ¿Crees que lo único que me importa es el sexo?

Sintió que su cara se acaloraba. —Hablas mucho de ello.

—Me importas *tú*. —Ahora frunció el ceño. —¿Qué demonios está pasando? ¿Es cierto que estás en apuros económicos?

Rebecca se quedó inmóvil. —¿Te lo dijo mi padre?

—Algo así. No lo culpes ahora. Lo emborraché para descubrir lo que sabía.

Ella frunció el ceño. —Eso no fue muy agradable.

—Stapleton nunca recuerda lo que dice cuando ha bebido, así que dudo que se dé cuenta. Y en su estado de embriaguez, dejó de preocuparse por la delicada salud de su esposa, al menos por un rato. Estaba indeciso sobre dejarte ir sola a resolver esto, así que lo guié hacia la idea de reclutarme para llevarte en mi carruaje. Ahora está felizmente en casa cuidando de su esposa. Ahora cuéntame la verdadera historia. Es imposible creer que tú, de entre todas las mujeres, te hayas quedado sin dinero.

¡Oh, era *muy* astuto! —¿Cómo lo sabes?

—Gastas el dinero como una tacaña y cuentas cada centavo dos veces antes de irte a la cama por la noche.

—¡No es cierto! —Se sintió ofendida por esa descripción. Se irguió. —No tiene nada de malo ser cautelosa.

—Por eso sé que te han engañado. Una vez que tu padre me contó lo poco que sabía, hice mis propios arreglos.

—No necesito ayuda —advirtió. Se levantó rápidamente y se dio la vuelta, caminando hacia la ventana para ocultar su frustración. —Nunca pido ayuda a nadie —dijo.

Rafferty la siguió hasta la ventana, deteniéndose cerca detrás de ella. —No me necesitas,

pero me tendrás.

Ella se volvió para mirarlo, frunciendo el ceño con fastidio. —Eres presuntuoso.

—Oh, lo sé. —Rozó sus dedos por su mejilla. —Hemos empezado algo, tú y yo. Me siento obligado a entenderte. Te niegas a aceptar ayuda de tu padre, el resto de tu familia supongo que no tiene ni idea. Están demasiado absortos en sus propias vidas ocupadas para darse cuenta de que la tuya podría estar en peligro. Guardas tus secretos muy cerca del pecho, pero pensándolo bien, es evidente que estabas preocupada por esto ayer después de que Peter Warner se fuera. Pero en realidad no estoy ofreciendo resolver tus problemas. Sin embargo, estaré a tu lado mientras investigas lo que sea que esto sea.

Algo dentro de Rebecca se ablandó tan repentinamente que dejó escapar un sollozo.

—Estoy aquí, Becca, y ya no estás sola —susurró—. Se necesitará más que unas cuantas palabras duras y ceños fruncidos entre nosotros para alejarme.

Aunque había temido confiar en cualquier hombre, creyendo que debía valerse por sí misma, la promesa de Rafferty la alivió. Incluso en su matrimonio, se había sentido sola.

Rafferty no intentaba ejercer ningún control sobre ella, en realidad. Aunque podría seguirla de cerca, lo suficientemente grande como para intimidar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Reconsideró que él la acompañara. Podría usar a Rafferty en su beneficio *si* cumplía su promesa y se mantenía en segundo plano hasta que fuera necesario. —Gracias.

Sus brazos la rodearon y ella se dejó caer contra él, respirando profundamente. Era un hombre amable, el tipo que una vez imaginó que su esposo podría ser para ella. Le había gustado yacer en sus brazos por la noche, pero esto era aún mejor.

Sus manos recorrieron su espalda de manera reconfortante. —Cuéntamelo todo ahora.

Así lo hizo, y se sintió bien desahogarse por fin. Le contó sobre el hábito de Charlotte de usar las conexiones de Rebecca para asistir a fiestas a las que de otro modo no sería invitada. Convenciendo a Rebecca de pagar una sucesión de pequeñas cosas para las que no tenían dinero en ese momento y nunca devolviéndoselo puntualmente o en absoluto. El aumento de los gastos de sus vacaciones en Bath hace un año y la nueva invitación que acababa de rechazar. —Ahora parece que alguien podría estar acumulando deudas en mi nombre de nuevo —dijo—. Mi abogado también administra mis fondos y me envía un estado de cuentas cada trimestre. Pero uno de los gastos que incluyó en el más reciente no era mío.

Él besó la parte superior de su cabeza. —Hay más. Continúa.

Rebecca suspiró. —Peter Warner realmente llamó para advertirme que había descubierto discrepancias similares en sus finanzas también —susurró—. Ha perdido la fe en Barclay y tiene la intención de enfrentarlo.

—Como debería. —Acunó suavemente su cabeza con una mano grande, y ella presionó su mejilla contra su palma—. Tu padre dijo que tu abogado es prácticamente inútil.

—Esa es su opinión.

—Entonces dime la tuya —pidió.

Ella parpadeó para contener las lágrimas ante su pregunta. —He confiado en Barclay desde que me quedé viuda. Ha habido algunos errores menores, pero la advertencia de Peter me ha hecho preguntarme si me he perdido algo más. Siento que sería prudente evaluar la situación por mí misma, por eso me fui sin avisar a nadie más que a mi padre. Barclay ha trabajado incansablemente para mí durante años. Necesito saber que no he vuelto a confiar en el hombre equivocado.

—Tienes razón en ser cautelosa. Unas pocas palabras discretas con él deberían darte las respuestas que buscas.

Rebecca levantó la mirada rápidamente. —Vas a ser un problema para mí, ¿no es así?

—Sin duda, sí —prometió con una sonrisa—. No me gusta cuando se aprovechan de mis buenos amigos.

¿Buenos amigos? ¿Así era como pensaba en ella? No quería que eso fuera todo lo que eran el uno para el otro. —Nada de violencia.

—Confía en mí —susurró antes de soltarla completamente y dar un paso atrás.

Ella suspiró. —Eso no es fácil para mí.

—Mi querida mujer, he pasado la última semana en estrecha proximidad contigo, interponiéndome en tu camino a propósito. Ahora entiendo lo que más temes.

—¿Qué es eso?

—Depender de alguien para tu felicidad. —Sonrió rápidamente—. Te prometo que apenas notarás que estoy contigo. Sin embargo, si hay problemas, resulta que tengo buenas relaciones con el magistrado de Londres.

—No creo que un magistrado sea necesario para una serie de errores menores cometidos por un empleado a su servicio.

—Siempre debes planificar para lo peor mientras esperas lo mejor —dijo—. Visitaremos al Sr. Barclay juntos.

Rebecca se mordió el labio preocupada.

—¿Qué sucede ahora?

—¿Qué dirá la gente si nos ven juntos?

Él se paró frente a ella, con una expresión grave. —¿Cuándo entenderás que no soy un enemigo para tu reputación? Tendremos a tu doncella y a mi hija acompañándonos como chaperonas en todo momento.

Ella negó con la cabeza. —No sería correcto llevar a Ava con nosotros.

—La doncella viene, quieras o no que escuche lo que está pasando.

—Ella ya lo sabe —admitió Rebecca—. ¿Qué hacemos ahora?

—Bueno, esta noche, mi encantadora esposa desafortunadamente debe dormir sola porque le dije al posadero que ronco terriblemente. —Se encogió de hombros—. Más allá de eso, después de que tus asuntos estén en orden, no lo sé.

Rebecca asintió lentamente, pero su mente daba vueltas con incertidumbre. La permanencia no había sido una consideración cuando se encontró con Rafferty por primera vez. Ahora, sin embargo... bueno, era ciertamente algo que parecía muy atractivo.

CAPÍTULO QUINCE

Adam esperaba impaciente dentro del carruaje mientras presentaban su tarjeta en la puerta de Rebecca al día siguiente de haber llegado a Londres. Se habían separado la tarde anterior sin hacer planes para verse de nuevo. Todos estaban exhaustos, pero Adam no creía que Rebecca hubiera pretendido olvidarlo. Aun así, se había presentado a la hora que consideró adecuada para su salida, medio temeroso de que ella se hubiera ido sin él. No había aldaba en su puerta para anunciar su regreso a la ciudad. Era mejor así, en su opinión. Los acreedores no vendrían a llamar.

De repente, un sirviente de la casa de la calle Upper Brook apareció en la puerta y la abrió de par en par. Rebecca apareció, y luego ella y su doncella Nancy se deslizaron por las escaleras y entraron en su carruaje sin demora.

—Buenos días.

—Buenos días, señora Warner. Nancy.

La doncella de Rebecca sonrió rápidamente y tomó su lugar frente al carruaje mientras su señora se removía inquieta al lado de Adam.

Él la miró de reojo.

—El cochero necesita saber adónde llevarnos primero.

Rebecca sacó un papel de su bolso y leyó una dirección para el cochero que esperaba.

—Tan rápido como pueda —pidió.

Adam se rio entre dientes.

—La última vez que dijiste eso, destruimos un carruaje y tuvieron que coserme la cabeza. Por favor, no apresure el viaje, señor Chapman.

—Sí, milord.

Ella sonrió rápidamente.

—¿Cómo está Lady Ava esta mañana?

—Malhumorada. Ava ya te echa de menos —Miró por la ventana. Ava no había estado contenta de quedarse atrás hoy. Sin embargo, le había prometido que pronto podría organizar una cena elegante para compartir con Rebecca. Llevaba una invitación en el bolsillo con ese propósito expreso que le entregaría más tarde cuando estuvieran a solas—. Suplicó venir a verte.

Rebecca suspiró.

—Pensé que lo entendía.

—Ha disfrutado mucho de tu compañía. Es normal que se apegue a las únicas amigas que ha hecho en su corta vida. ¿Cómo fue tu noche?

Rebecca sonrió.

—Encontré la noche pasada un poco tranquila. ¿Qué hiciste tú?

—Tenía algunos recados que hacer y luego fui al club. Me encontré con un viejo amigo allí. Sir John Culpepper estará más que feliz de prestar cualquier ayuda que podamos necesitar.

La doncella seguía su intercambio con curiosidad desenfrenada, así que no dijo nada más por ahora.

Gracias al cielo, la oficina del abogado estaba a poca distancia.

Se detuvieron frente a un edificio impresionante. Claramente al abogado le iba bien. Adam ayudó a Rebecca a salir del carruaje y esperó hasta que la doncella se unió a ellos. Acompañó a Rebecca por las escaleras y hasta el vestíbulo de entrada. A un lado, oyó voces enfrascadas en un acalorado debate.

—Por aquí —dijo Rebecca mientras avanzaba hacia un alto escritorio lateral y hacía sonar una pequeña campana de bronce. Un joven bien vestido apareció de repente desde el fondo, sonriendo ampliamente—. Bienvenidos a Barclay & Jones. ¿En qué puedo ayudarles?

—Me gustaría hablar con el señor Barclay —explicó Rebecca.

El hombre hizo una mueca.

—Me temo que eso es imposible hoy, señora.

—¿Está aquí? —preguntó Adam rápidamente antes de que Rebecca pudiera identificarse como cliente. Adam pensó que un ataque sorpresa podría ser la mejor manera de obtener las garantías que ella buscaba.

—Sí, por supuesto, señor. Pero me temo que está en una reunión con un cliente muy importante.

Adam le presentó su tarjeta al hombre.

—El asunto es de gran importancia para mí.

Los ojos del empleado se agrandaron.

—Por favor, perdóneme, milord. No lo reconocí.

—Por supuesto, no soy cliente de este establecimiento. No *todavía*, de todos modos —murmuró—. ¿Cuál es su nombre, señor?

—Es Gibbons. Anthony Gibbons, milord —Comenzó a hojear un libro de citas—. El señor Barclay podría verlo en unos días.

—Hoy —insistió Adam.

—Veré qué puedo hacer.

—Bien —Tenía la intención de conseguir una reunión para Rebecca como fuera—. ¿Tiene algún lugar privado donde podamos esperar al señor Barclay?

El hombre se mordió el labio mientras miraba hacia la puerta distante donde Adam había oído voces alzadas en discusión antes. Todo se había quedado en silencio dentro.

Gibbons parecía un tipo inteligente, y lo demostró cuando rápidamente rodeó el escritorio y le hizo un gesto a Adam hacia otra puerta más abajo en el pasillo.

—Por aquí, si me hace el favor, milord.

Adam sonrió mientras conducía a Rebecca a la sala ofrecida y le sostuvo una silla antes de mirar alrededor apropiadamente. El lugar estaba lleno de archivos y papeleo. Era una práctica ocupada. Podía ver cómo podrían cometerse errores.

Adam se aseguró de que la doncella de Rebecca tuviera una silla y se volvió hacia Gibbons.

—No necesitamos nada más que Barclay nos vea. Puede volver a sus tareas, señor.

—Muy bien, señor.

Cuando el hombre se hubo marchado, claramente reacio a hacerlo, Rebecca se volvió hacia Adam para susurrar.

—Solo me he reunido con Barclay en la biblioteca del frente antes. Esta debe ser su oficina privada.

—Yo también pensé que debía serlo.

Rebecca se inclinó hacia él.

—El empleado me habría despedido de no ser por ti.

—Posiblemente —dijo él—. Eso habría sido un error.

Esperaron solo diez minutos antes de que un hombre alto de pelo escaso irrumpiera en la habitación, lleno de disculpas por hacer esperar a Adam.

Y entonces notó a Rebecca sentada a su lado y su sonrisa se desvaneció.

—¿Señora Warner?

—Señor Barclay.

—No tenía idea de que volvería a la ciudad.

—Llegué ayer mismo.

El hombre miró a Adam de nuevo, pero pareció muy confundido. Adam inclinó la cabeza hacia Rebecca y luego cruzó los brazos sobre el pecho. Solo estaba allí para intimidar para que Rebecca pudiera llevar a cabo esta entrevista.

Barclay dirigió su atención rápidamente a Rebecca.

—¿En qué puedo servirle, señora?

—He venido a discutir el estado de cuenta que me envió la semana pasada.

—Desafortunadamente, el asunto aún está bajo investigación.

—¿Qué había que investigar? —intervino Adam—. Claramente, la señora Warner estaba en Suffolk en el momento de la compra.

Rebecca lo hizo callar.

—Esperaba que me permitiera ver la documentación.

—¿Con qué propósito? Usted dice que la factura no era suya para pagar. Me ocuparé del asunto y reprenderé al empleado involucrado si ha cometido un error.

Si. A Adam no le gustaba nada el tono de voz del señor Barclay.

—Pero al principio estaba usted seguro de que era mía. Perdóneme por ser tan meticuloso en este asunto, pero simplemente no puedo quitarme la situación de la cabeza. Ya he revisado todos mis gastos anteriores dos veces.

Cuando el individuo dudó, Adam descruzó los brazos y se aseguró de que pareciera que estaba a punto de intervenir de nuevo. Eso pareció suficiente para que Barclay revolviera el contenido de su escritorio y obtuviera una carpeta marrón muy manoseada. Adam notó que el archivo era bastante pequeño.

Cuando el archivo cambió de manos, se recostó.

Rebecca se familiarizó rápidamente con el contenido de su archivo. Vio una contabilidad de números en varias páginas, pero también papeles sueltos insertados al final. Adam no intentó espiar sus finanzas. No necesitaba que Rebecca tuviera una fortuna para casarse con ella. Esperó pacientemente, observando a Barclay en su lugar.

Barclay le devolvió la sonrisa hasta que de repente una página se deslizó fuera del archivo y cayó al suelo.

Adam se la devolvió rápidamente y luego miró a Barclay de nuevo. El tipo parecía despreocupado mientras Rebecca estudiaba la página devuelta y cuando la reinsertó al final del archivo sin comentarios, sonrió cálidamente a Rebecca.

—Confío en que todo esté en orden.

—Ahora entiendo mejor la situación, señor —Rebecca le devolvió el archivo, pero también

estaba estudiando a Barclay de cerca. La misma mirada que solía poner nerviosos a caballeros de menor rango.

Sin embargo, Barclay no mostró signos de incomodidad y Adam se relajó.

—Lamento que haya venido para nada, señora —dijo Barclay—. Si hubiera esperado, habría tenido una respuesta para usted antes de fin de mes.

Rebecca se puso de pie.

—Gracias, señor Barclay, por recibirme con tan poca antelación. Espero con interés leer su próximo informe trimestral.

—¿Regresa ahora a Suffolk?

Adam miró rápidamente a Rebecca, pero ella lo ignoró y le dedicó una sonrisa al abogado.

—No estoy segura, pero le escribiré para informarle de mis planes de viaje como hago habitualmente.

No habían hablado sobre el futuro, pero Adam lo haría cualquier día de estos.

Adam asintió.

—Buenos días, señor Barclay.

—Lord Rafferty, espero volver a verle pronto.

—Tal vez —dijo sin comprometerse a otra reunión. Acompañó a Rebecca afuera, notando que las puertas de la biblioteca estaban abiertas pero ya no ocupadas.

Oyó a Rebecca pedir que la llevaran a una nueva dirección.

—¿El Emporio de Finos Artículos del señor Garrick? Suena impresionante.

—Dudo mucho que lo sea —le advirtió ella.

—No te preocupes. Me tendrás para protegerte. Me alegro de que me hayas pedido que te acompañe —bromeó Adam.

Notó que la doncella sonreía ante su comentario, pero luego volvió a mirar la vista mientras dejaban la parte de Londres que mejor conocía.

—¿Quién crees que estaba en la biblioteca?

—Era Peter Warner —confesó Rebecca—. Reconocería su voz en cualquier parte.

—No estaba contento.

—No, ciertamente no lo estaba —Rebecca se inclinó más cerca—. Cada vez que me reúno con Barclay, lleva mi archivo a la biblioteca y lo vuelve a traer. Cuando regresó a su oficina después de reunirse con Peter, no tenía nada en las manos.

—¿Crees que ha llevado sus negocios a otra parte?

—Posiblemente —Su frente se arrugó—. Peter no puede tolerar la incompetencia y ya estaba sospechoso la última vez que hablamos.

—Estamos cerca, milord —llamó el señor Chapman.

El carruaje se detuvo por completo, y Adam miró hacia afuera e inmediatamente deseó estar con cualquier otra mujer. No le gustaba el aspecto del vecindario.

—¿No podrías esperar aquí y permitirme ocuparme de este asunto por ti?

Rebecca negó con la cabeza, sonriendo.

—Intenta recordar tu promesa.

El calor de su sonrisa indulgente cautivó a Adam. Puede que Rebecca no lo alentara abiertamente, pero encantaba sin siquiera intentarlo. Anhelaba atraerla contra sí y besar esa boca hasta someterla temporalmente.

—¿Qué hacemos aquí?

Ella frunció el ceño.

—La página que se cayó de mi libro de cuentas era una factura por compras a mi nombre.

—¿Cuán reciente?

—El mismo día que seguí a mi familia a Suffolk. Salí muy temprano ese día, así que las compras no podían ser mías.

—Llegaste a Stapleton Manor antes de lo habitual.

—Exactamente. Escribí para decirle a Barclay que me había ido, después de llegar a la finca de mi padre. Una mujer no podría estar en dos lugares a la vez a menos que hubiera algún tipo de engaño —señaló.

Adam estudió la fachada de la tienda con los ojos entrecerrados, sin que le gustaran las implicaciones.

—Por favor, permíteme entrar primero y echar un vistazo al lugar. Dame unos minutos antes de que me sigáis los dos. Finge que no nos conocemos al principio para que pueda evaluar la reacción del tendero ante tu identidad.

—De acuerdo.

Adam salió del carruaje. Tal como había ordenado antes, el carruaje se había detenido a cierta distancia del negocio. Adam caminó por la acera hasta el Emporio de Finos Artículos del señor Garrick. El exterior seguía sin impresionarle, pero entró y miró alrededor. Se encontró en una pequeña tienda ordenada que desmentía el mezquino exterior.

Un hombre rotundo con gafas de alambre estaba detrás del mostrador y sonrió.

—Bienvenido al emporio, señor.

Adam asintió y luego miró un poco más. Parecía un lugar donde un hombre podía comprar casi cualquier cosa que necesitara para causar una buena impresión. Se movió hacia un lado e inspeccionó una selección de bastones. Estos eran artículos de buena calidad y a precios razonables, también.

Pero antes de que pudiera investigar más, un movimiento en la ventana llamó su atención. Rebecca había llegado, casi demasiado pronto.

Marchó directamente al mostrador y al tendero.

—Buenos días. Señor Garrick, supongo.

—En efecto, lo soy —El tipo sonrió ampliamente.

—Creo que me ha facturado unas compras recientemente. Mi nombre es Rebecca Warner, y le aseguro que nunca nos hemos conocido antes.

Garrick la miró con los ojos entrecerrados, y Rebecca le devolvió la mirada de la manera más poco amistosa posible.

—Usted no es la señora Rebecca Warner —corrigió el tendero.

—Soy a quien usted facturó. Mi tarjeta.

El tipo miró con los ojos entrecerrados la escritura en la tarjeta, y luego Adam notó que probaba la calidad del papel con el pulgar. Apareció un ceño entre sus ojos, pero luego se aclaró y le devolvió la tarjeta.

—¿En qué puedo ayudarla hoy?

—Como puede ver, mi residencia está en Upper Brook Street. Es la dirección a la que supuestamente envió un reloj de bolsillo de caballero. ¿Espera que pague por un artículo que no fue entregado? —exigió ella con impaciencia.

Adam hizo una mueca ante su tono. Rebecca tenía todo el derecho de estar enojada, pero su temperamento interferiría con la investigación.

Adam se acercó al mostrador y se detuvo cuando llegó al lado de Rebecca. —¿Hay algún problema?

Garrick miró entre ellos. —¿Quién es usted?

Adam también presentó su tarjeta. —Adam Croft, sexto Conde de Rafferty. Tal vez podría ayudar a la dama con su consulta.

El pobre hombre temblaba visiblemente. —Tal vez.

—Bueno, la dama y yo somos buenos amigos. —Hizo un gesto hacia Rebecca—. Esta es la honorable señora Rebecca Warner, hija del Duque de Stapleton. Hemos venido para asegurarnos de que nunca más le facture por compras que no ha realizado.

Garrick chilló y corrió alrededor del mostrador. Pensando que el hombre intentaba escapar, Adam se apresuró a bloquear su camino. Pero Garrick solo alcanzó el pestillo y los encerró juntos. Se volvió lentamente, con el rostro pálido. —Debe haber algún error.

—No hay error. Ni siquiera estaba en Londres el día que se compró ese reloj de bolsillo.

Garrick miró a Adam y luego de nuevo a Rebecca. —No quiero problemas.

—No los habrá si responde a mis preguntas con honestidad —le dijo Rebecca.

—Lo que sea. —Se apresuró por la tienda y encontró dos sillas. Le ofreció una a Rebecca y otra a Adam. Adam declinó y le hizo un gesto al hombre mayor para que se sentara en su lugar —. Lo que sea.

—El reloj de bolsillo. ¿Recuerda quién le dio mi nombre?

—Una mujer.

—¿Puede describirla?

Garrick lo hizo. —No tenía razón para creer que estaba mintiendo —le dijo—. Presentó su tarjeta y parecía bastante genuina.

—¿Aún la tiene?

—Lo siento. Creo que la dama se la llevó de vuelta.

Adam cruzó su mirada con Rebecca. —Cualquier tendero podría creer que era usted si se vistiera apropiadamente y el tendero no indagara demasiado.

—Eso no me hace sentir mejor, Rafferty —refunfuñó ella.

Adam puso su mano en el hombro de ella para calmarla mientras se dirigía de nuevo al tendero. —¿Qué más recuerda de ella? Cualquier detalle es importante.

—No mucho realmente. La mujer estaba elegantemente vestida. Hablaba suavemente. Ahora que lo pienso, las he visto entrar y salir de un establecimiento vecino muchas veces.

—¿Las?

—Sí, dijo que iba a casarse. —El hombre de repente sonrió—. ¿Sería mejor si pudieran conocerlas?

—¿Puede arreglar eso? ¿Sabe dónde viven realmente?

El hombre negó con la cabeza. —No, desafortunadamente no tengo su dirección correcta, pero en su última visita a mi tienda, la dama me preguntó si podía conseguir un artículo especial que normalmente no tengo. Algo para endulzar el humor de su esposo, dijo. Creo que es para el aniversario de su primer encuentro. Le prometí que podía y lo tendría mañana. La espero antes de que cierre al mediodía.

Adam sonrió. —Esas son muy buenas noticias. Podemos acechar y con suerte identificar a la mujer y luego la seguiremos hasta su propia casa para conocer a su esposo.

Rebecca se inclinó hacia adelante. —¿Qué es lo que debía conseguir para ella?

—Una tabaquera.

Rebecca se estremeció visiblemente.

—¿Es eso importante?

Rebecca dijo que no, pero Adam no estaba convencido de que no lo fuera. Una vez más se había formado un ceño en el rostro de Rebecca y pidió ir a casa.

Adam se despidió y llevó a Rebecca y a la silenciosa doncella de vuelta a la seguridad del carruaje. Pero observó a Rebecca de cerca durante todo el camino de regreso a Upper Brook Street. Cuando llegaron a su casa de la ciudad, Adam estaba realmente preocupado. —Te acompañaré adentro —murmuró.

Rebecca ni siquiera intentó detenerlo.

Adam la ayudó a bajar, y ella subió corriendo las escaleras por delante de su doncella. Una vez dentro, Rebecca despidió a su doncella y se dirigió a un salón cercano.

Adam siguió a Rebecca al interior.

—¿Podrías cerrar la puerta, por favor? —pidió ella—. Estaré contigo en un momento.

Adam lo hizo y se volvió para encontrar a Rebecca hojeando las páginas de un pequeño libro.

—¿Qué estás buscando?

Ella levantó una mano, continuando pasando su dedo por cada página. —Aquí.

—¿Qué?

Ella levantó los ojos hacia él. —Debo ser la peor juez de carácter que jamás haya existido.

Él negó con la cabeza. —Eso simplemente no es cierto.

Rebecca cruzó la habitación y se dejó caer en el asiento junto a él. —Siempre parece que deposito mi fe en las personas equivocadas solo para salir quemada después.

—Eres una mujer amable —prometió Adam—. Si hay algún defecto en ti, es que te entregas demasiado.

—O intentan tomar lo que es mío.

Adam deslizó su brazo alrededor de su espalda. —Sabes quién visitó esa tienda, ¿no es así?

Rebecca asintió, y luego su rostro se retorció con un dolor insoportable. Emitió un pequeño gemido y se arrojó a los brazos de Adam. Sollozó, bastante amargamente durante un buen rato mientras Adam hacía lo mejor que podía para consolarla. Después de un tiempo, la levantó y la sentó en su regazo. Con Rebecca segura en sus brazos, Adam dejó que llorara todo lo que quisiera contra su abrigo y luego sacó su pañuelo. Lo puso bajo su nariz. —Toma, usa esto.

Ella lo tomó de él pero volvió su rostro hacia su hombro en lugar de mirarlo.

—¿Sabías que la primera regla de mi familia es que un buen llanto está permitido, es más, incluso alentado? Llora todo lo que quieras.

Ella balbuceó. —¿Estás tratando de hacerme sentir mejor?

—¿Está funcionando?

—Sí, lo está. —Se incorporó sobre sus rodillas, secándose el rostro manchado de lágrimas—. Eres un hombre mejor de lo que te di crédito. Fui tan fría contigo durante tanto tiempo. ¿Cómo me soportaste?

Él tomó el pañuelo y secó sus lágrimas con él. —Soy un gusto adquirido. Tú también lo eres. Eres una buena influencia para mí. ¿Me dirás ahora de quién sospechas? Juro que le romperé el cuello si quieres.

—No será necesaria ninguna violencia de tu parte, Adam —le advirtió.

Adam sonrió porque Rebecca finalmente había usado su nombre de pila. Ahora realmente estaban progresando. —Dímelo. No más demoras.

Ella ladeó la cabeza y su expresión se volvió pensativa. —Puede que necesite tu ayuda para probar el asunto.

—Para eso estoy aquí. Para ayudarte.

—Puede que también necesite tu ayuda para encontrar un nuevo abogado pronto.

Adam maldijo extensamente.

—Cuida tu lenguaje, Adam —lo reprendió Rebecca cuando terminó de desahogarse, pero le

sonreía con cariño—. Estás en presencia de una dama.

—Maldita sea que lo estoy. —La besó firmemente y rápidamente hicieron planes para el día siguiente.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—Esto es acogedor —susurró Adam, acariciando con la nariz el cuello de Rebecca.

Rebecca estaba de pie en sus brazos en el almacén del Emporio de Artículos Finos de Garrick al día siguiente. Llevaban una hora escondidos allí, y sus pies ya empezaban a dolerle. Esa era la única razón por la que había permitido que Adam la abrazara.

Él parecía muy bueno sosteniéndola. —¿Y si no vienen?

—Entonces lo atraparemos mañana. Garrick no se quejará.

—Por supuesto que no. No con todo el dinero que estás gastando en su tienda.

—Estoy planeando para el futuro. Cuando Ava sea mayor, necesitaré esos bastones para ahuyentar a sus posibles pretendientes. Cuando esto termine, tú también deberías comprar algo en la tienda. Hay un bonito bastón de señora allí que he estado admirando esta última hora. Creo que te quedaría muy bien.

—Ridículo. Un ceño fruncido es tan buen disuasivo como cualquier otro y ciertamente no necesito un bastón.

—El ceño fruncido funciona para ti, no para mí. Me gusta ser más práctica en mis conversaciones. —Sus grandes manos se alzaron y le cubrieron los pechos.

Para su mortificación, los pezones de Rebecca se endurecieron bajo sus palmas. Había echado de menos su contacto estos últimos días, pero ahora no era el momento para hacer el amor. —Adam, ahora no.

—Pero ¿por qué? Justo empezabas a disfrutarlo —le besó la mejilla pero bajó obedientemente las manos—. ¿Cuándo?

Anoche lo había mandado a casa insatisfecho para que estuviera con su hija. Pero esta noche podría ser diferente. Ella también tenía necesidades, y él era muy bueno prestando atención a ellas. —Eso depende.

La campanilla de la puerta de la tienda tintineó, y ambos miraron a través de la rendija de la puerta. Una mujer entró en el establecimiento, pero tenía el cabello rubio y caminaba irregularmente. No era ella.

Rebecca se recostó contra Adam y suspiró. —No va a venir.

—Paciencia, Becca —instó él—. La gente hará casi cualquier cosa por dinero cuando solo se preocupan por sí mismos —advirtió Rafferty justo cuando la campanilla volvió a sonar y la mujer rubia salió.

Cuando la campanilla sonó de nuevo, Rebecca puso el ojo en la rendija y vio a una mujer con un bonito vestido de muselina de la India entrar en la tienda. Cuando Rebecca vio la cara de la mujer, se le cortó la respiración porque la conocía muy bien. Había esperado estar equivocada

sobre esto.

Rafferty apretó su agarre en su cintura. —Espera. ¿Es quien creo que es?

—En efecto, lo es —confirmó Rebecca en voz baja. Charlotte Benning. Una mujer que Rebecca había considerado una buena amiga hasta hace poco. Charlotte había conocido a Barclay hace exactamente un año en sus oficinas.

—No dejes que te vea todavía —advirtió Adam, apartando un poco más a Rebecca de la rendija de la puerta.

Pero ella vio a Charlotte acercarse al tendero, sonriendo cálidamente. —¿Ha llegado mi pedido?

La campanilla sonó de nuevo y un caballero de buena posición entró en la tienda.

—Ese es Sir John —susurró Adam—. Te lo presentaré más tarde.

—¿Su pedido? Oh, perdóneme —suplicó el Sr. Garrick—. Mi memoria es atroz hoy. ¿Podría recordarme su nombre de nuevo?

La mujer sonrió radiante. —Soy la Sra. Rebecca Warner de Upper Brook Street.

El magistrado, que estaba inspeccionando bastones, claramente oyó a la mujer porque se volvió para mirar a Charlotte frunciendo el ceño.

—Ah, sí. La caja de rapé —dijo Garrick en voz alta—. La tengo aquí mismo. Un momento.

Rebecca estaba tan devastada que se dio la vuelta. Sabía que Charlotte no tenía reparos en pedir baratijas cuando iban de compras. Nunca se imaginó que intentaría hacerse pasar por ella.

—Oh, es justo lo que esperaba —exclamó Charlotte mientras examinaba la pequeña caja—. Por favor, envíe la factura a mi abogado para que la liquide como de costumbre.

Rebecca estaba desconsolada. Charlotte claramente sabía lo que estaba haciendo.

—Todavía no —susurró Adam reteniéndola mientras las campanas de la puerta sonaban de nuevo.

Rebecca se quedó helada. Era su abogado, el Sr. Barclay.

Barclay se dirigió directamente al lado de Charlotte. —Querida, ¿qué haces en esta tienda otra vez? —exigió—. El carruaje está esperando para llevarnos a casa.

Charlotte se volvió, sonriendo. —Oh no, vas a estropear mi sorpresa, mi amor.

—¿Mi amor? —preguntó Adam en voz baja—. ¿Están juntos en esto?

Rebecca entrecerró los ojos mirando a la pareja y no pudo evitar ver la mirada de amor en sus rostros. —Eso parece.

Charlotte volvió rápidamente al mostrador y recogió su botín mal habido mientras otros clientes entraban en la tienda. Llevó su regalo a Barclay, con la caja de rapé descansando orgullosamente en la palma de su mano. —Para ti. Para celebrar el aniversario de nuestro encuentro.

Los ojos de Barclay brillaron. —No deberías haber gastado tu dinero en mí.

—No lo hice —dijo ella con un guiño pícaro—. Es un regalo de la mujer que nos unió.

Barclay suspiró y Rebecca hervía de rabia.

Una vez más, había sido traicionada por personas en las que confiaba. Había considerado a Barclay un caballero íntegro, pero claramente el matrimonio lo había cambiado, y no para mejor.

Sir John inclinó la cabeza hacia la pareja con urgencia.

Rebecca cerró los ojos brevemente y luego empujó la puerta, consciente de que Adam la seguía de cerca. Salió a la tienda y miró con furia.

Al señor Barclay se le pagaba lo suficientemente bien como para no necesitar robar a sus clientes. Estaba furiosa y no se molestó en ocultar sus sentimientos a nadie en el establecimiento.

Barclay palideció cuando notó a Rebecca e hizo un intento de agarrar la mano de Charlotte.

Comenzó a arrastrar a la mujer hacia la puerta, pero los hombres del magistrado estaban allí para bloquear su camino.

Rebecca se acercó a la pareja y negó con la cabeza.

—¿Qué les hice yo a ustedes para que me trataran tan mal? Yo los presenté.

Charlotte fue la primera en recuperar la compostura.

—Becca, querida. No es lo que piensas.

—Los escuché asumir mi identidad para comprarle a este hombre, tu esposo, supongo, una bonita baratija para añadir a su colección de feas cajas de rapé.

Barclay se sonrojó.

—Nunca la he alentado.

—Pero nunca la detuviste, ¿verdad? —Negó con la cabeza—. Deberían avergonzarse ambos por robarme.

—Pero tú tienes tanto —protestó Charlotte—. Estábamos desesperados por casarnos, pero sin una fortuna propia no tenía otra opción.

—Según mis cálculos, tenía justo lo suficiente para durar toda mi vida —argumentó Rebecca —. Pero nunca hubo espacio para la extravagancia.

El magistrado se interpuso entre ellas y Rebecca se alegró. No se podía permitir que Charlotte tuviera la oportunidad de convencer a Rebecca de no procesarla.

—Ambos están bajo arresto por la suplantación indebida de la hija del Duque de Stapleton, robo por engaño, apropiación indebida a sabiendas de fondos pertenecientes a la señora Rebecca Warner y otros, y por desacreditar a la profesión legal —advirtió Sir John—. Llévenselos bajo custodia.

Barclay forcejeó, pero no fue rival para los hombres que Sir John había traído consigo. Charlotte fue más tranquila.

El tendero se unió a Rebecca.

—Es difícil fingir inocencia cuando te atrapan con las manos en la masa.

—En efecto —Rebecca se abrazó a sí misma—. Esto será más duro para la familia de Charlotte.

—Ni se te ocurra sentir lástima por nadie —advirtió Adam, poniendo su brazo alrededor de sus hombros—. Merecen toda la vergüenza por el dolor que te han causado.

—Ciertamente —dijo ella mientras acercaba aún más a Rafferty.

Rebecca suspiró, pero miró al sonriente magistrado.

—Escuché a Barclay decir que han estado de compras hoy. ¿Podrían sus hombres intentar encontrar su carruaje y preguntar al cochero sobre dónde los ha llevado su viaje hoy? Esas facturas tendrán que pagarse, pero de las cuentas apropiadas esta vez.

—Tenía planeado hacer precisamente eso —dijo Sir John antes de hacer una reverencia—. Llevará tiempo evaluar la profundidad de sus robos, pero le informaré del resultado. Por lo que se sabe hasta ahora, Barclay ha estado desfalcando de varias cuentas.

Adam se aclaró la garganta.

—Hice una visita a Peter Warner después de dejarte anoche y lo animé a que acudiera a Sir John lo antes posible y compartiera sus preocupaciones también.

—Le agradezco que lo hiciera porque no fue el único —Sir John le hizo una reverencia—. Ha sido un placer, señora, y espero verla mucho más pronto. Aunque no estoy seguro de que Rafferty la merezca.

—Váyase, hombre —dijo Adam mientras señalaba hacia la puerta—. Tiene más criminales que atrapar ahí fuera.

Rebecca vio marcharse al magistrado. El señor Garrick se apresuró a volver detrás de su mostrador tan pronto como se fueron. Rebecca se giró lentamente en los brazos de Adam. Él había cumplido su palabra y no se había entrometido.

—Gracias —susurró.

—¿Estás feliz ahora?

—Estoy satisfecha —Casi. Había otra preocupación que tenía, pero confiaba en que después de los eventos de hoy, Adam eventualmente sacaría el tema.

—Me alegro —Recogió su par de bastones del señor Garrick y los metió bajo su brazo—. ¿Vamos a casa?

Casa. Pero las ideas de Rebecca sobre el hogar habían cambiado. Se despidió del tendero y luego entrelazó su brazo con el de Adam mientras caminaban hacia su carruaje que esperaba. Sus mozos sonrieron a su regreso. Habían sabido lo que estaba pasando dentro de la tienda y la mayoría había hecho de centinela con los hombres del magistrado. Adam lanzó sus nuevos bastones a uno y luego ayudó a Rebecca a entrar en el carruaje.

Se recostó contra los cojines y suspiró de placer, contenta de estar por fin a solas con Adam.

—Este es un carruaje de ciudad muy cómodo.

—Me alegro de que te guste —dijo él mientras se sentaba a su lado.

El carruaje se puso en marcha, y Rebecca se inclinó un poco hacia él.

—Estoy aliviada de que haya terminado.

—Muy satisfactorio, señora —coincidió Adam—. Nunca había conocido al hombre antes, pero disfruté viendo cómo se retorcía cuando lo confrontaste.

Rebecca negó con la cabeza tristemente.

—Ni siquiera se avergonzó de haber estado robándome. ¿Crees que tomó mucho de sus otros clientes?

—Es difícil decirlo —dijo Rafferty—. Sir John investigará como prometió.

—Nunca imaginé que Charlotte haría algo así.

—Era pobre y vio una manera de mejorar su vida —murmuró Rafferty y se giró. Acarició suavemente su mejilla sonriendo—. Pero no importa. Ahora tienes otra amiga con quien jugar.

Ella miró el rostro de Adam.

—¿Solo amigos?

—Más que eso —prometió—. De hecho, tienes una familia esperando ser reclamada. Esta noche, de hecho, si no es demasiado pronto para ti.

Ella entendió lo que él no estaba diciendo, pero tenía que comprobarlo. —¿Conseguiste una licencia especial para casarte conmigo?

—Efectivamente lo hice. Presuntuoso, lo sé, pero seguí tu ejemplo e hice una lista, con un solo elemento. Tengo a un vicario esperando mi aviso para casarnos en cualquier momento. Podríamos estar casados en unas horas y entonces podrías llevar a tu marido a la cama también.

Rebecca rio suavemente. —¿Es el sexo lo único en lo que piensas?

—Pienso en ti —confesó y luego bajó la mirada—. Pero es difícil no pensar en la intimidad cuando tus dedos están agarrando mi muslo de esa manera. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted hoy, señora?

—Un hijo, Adam —susurró ella—. Quiero una familia.

Rafferty la besó ferozmente y se apartó para mirarla a los ojos. —Un bebé podría tomar un poco más de tiempo que unas pocas horas, pero mientras tanto, te aseguro que Ava está desesperada por llamarte madre.

—Quiero verla ahora mismo —susurró.

Adam golpeó el techo con urgencia. —A la casa de la ciudad lo más rápido que pueda, señor Chapman. Nos vamos a casar.

El carruaje inmediatamente aceleró. —¿No es esa una petición peligrosa cuando estamos solos en un carruaje?

Adam tomó su mano y le besó el dorso. —Lo que importa es que estamos juntos y pronto lo estaremos siempre.

—Y yo a ti —prometió ella—. ¿Quién habría pensado que podríamos formar una pareja?

—Nadie en absoluto. —Rio él—. ¿No será la sorpresa más deliciosa para tu familia cuando regresemos a Suffolk como una familia?

—¿Cuándo será eso?

—Cuando quieras regresar a Stapleton, supongo —prometió con un guiño—. Pretendo ser un marido complaciente. Si necesitas estar en Stapleton, no me quejaré siempre que pueda acompañarte allí.

Los ojos de Rebecca se empañaron de felicidad ante su anuncio. Significaba mucho que él considerara su necesidad de estar con su familia. —Y yo seré una muy buena esposa para ti.

Lentamente, arrastró sus dedos por el pecho de Adam, notando con placer que últimamente había optado por usar chalecos de colores apagados. Supuso que lo había hecho para complacer su sensibilidad, y eso le daba esperanzas para el futuro. Bajó la mano aún más hasta que él gimió.

—Sí, amor. Dime más —susurró él—. Muéstrame.

Un poco de impropiedad no importaría si iban a casarse esta noche. Lo agarró y lo apretó suavemente a través de sus pantalones mientras daban un giro brusco que los hizo deslizarse hacia un lado, uno contra el otro. —Esta vez te tengo —prometió Rebecca.

—Ten cuidado. Nuestro futuro está en tus manos —advirtió Adam, pero sonreía ampliamente —. Te amo por esto y por todas las otras formas en que me cuidarás, Becca.

—Como debe ser, mi lord —susurró ella antes de besarlo profundamente. Tendría las manos llenas con él para siempre, pero esperaba con ansias el desafío. Por supuesto, tendría que reorganizar toda su casa y tomar a Ava bajo su protección lo antes posible.

Si dejaran de amarse, y realmente esperaba que no fuera así, se consolaba con el hecho de que tendría a un conde propio para molestar por el resto de su vida.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

